

EL LIBRO DEL DESTINO



EMMI LEWALD

*Introducción, edición crítica
y traducción de*

Juan Manuel MARTÍN MARTÍN



Ediciones Universidad
Salamanca

EL LIBRO DEL DESTINO

MEMORIA DE MUJER

9

*Colección dirigida
por*

Josefina CUESTA
(Universidad de Salamanca)

&

María José TURRIÓN
(Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca)

Consejo científico

Virginia ÁVILA (UNAM, México)

Dora BARRANCOS (CONICET, Argentina)

Christina VON BRAUN (Universidad Humboldt de Berlín, Alemania)

Nuria CHINCHILLA (IESE, España)

Jean Louis GUEREÑA (Universidad de Tours, Francia)

Araceli MANGAS (Universidad Complutense, España)

Jane MORRICE (Consejo Económico y Social Europeo, UE)

María Jesús PRIETO-LAFFARGUE (Instituto de la Ingeniería de España,
ex-Presidenta de la WFEO)

EMMI LEWALD

EL LIBRO DEL DESTINO

Introducción, edición crítica y traducción de
Juan Manuel MARTÍN MARTÍN



Ediciones Universidad
Salamanca

MEMORIA DE MUJER

9

© de esta edición:
Ediciones Universidad de Salamanca
© de la introducción, edición crítica y traducción:
Juan Manuel Martín Martín

1ª edición: noviembre, 2018

MOTIVO DE CUBIERTA: RETRATO DE EMMI LEWALD, CONRAD KIESEL 1909

ESTE LIBRO SE ENMARCA EN EL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN FINANCIADO POR LA CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN DE LA JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN Y EL FONDO EUROPEO DE DESARROLLO REGIONAL (SA019P17), CON EL TÍTULO “ESCRITORAS INÉDITAS EN ESPAÑOL EN LOS ALBORES DEL S. XX (1880-1920).

RENOVACIÓN PEDAGÓGICA DEL CANON LITERARIO”

DIRIGIDO POR LA PROFESORA MILAGRO MARTÍN CLAVIJO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

ISBN: 978-84-1311-190-2 (PDF)

ISBN: 978-84-1311-191-9 (POD)

Ediciones Universidad de Salamanca
Plaza San Benito s/n
E-37002 Salamanca (España)
<http://www.eusal.es>
eus@usal.es

Impreso en España-Printed in Spain

Maquetación: Sara Velázquez

Realizado:
Cícero, S.L.
Tel. 923 123 226
37007 Salamanca (España)

*Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
Puede reproducirse ni transmitirse
Sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca*

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de
Unión de Editoriales Universitarias Españolas
www.une.es



ÍNDICE

PRIMERA PARTE: INTRODUCCIÓN	9
1. Emmi Lewald: apuntes bio-bibliográficos	16
1.1. Una vida entre dos siglos	16
1.2. La <i>Novelle</i> en la obra de Lewald	19
2. <i>El libro del destino y otras novelas cortas</i> (1904)	22
2.1. <i>Die Etrusker</i> (Los etruscos)	23
2.2. <i>Feierstunden. Ein Jahr aus einem Leben</i> (Momentos de gozo. Un año de una vida)	28
2.3. <i>Erdgeruch</i> (Olor a tierra)	33
3. Una nueva mujer para un mundo en transformación: <i>El libro del destino</i>	35
3.1. Argumento	36
3.2. Los personajes	38
3.3. Julian von Reifenstein y Ulrike Gade: el amor imposible	42
4. Bibliografía	49
 SEGUNDA PARTE: <i>EL LIBRO DEL DESTINO</i>	 53
 TERCERA PARTE: <i>DAS SCHICKSALSBUCH</i>	 123

I

INTRODUCCIÓN

**EMMI LEWALD:
UNA ESCRITORA FRENTE A LAS CONVENCIONES**

INTRODUCCIÓN

A lo largo de sus casi ochenta años de vida, Emmi Lewald fue testigo de intensos cambios políticos a su alrededor. Nacida antes del nacimiento del Reich alemán en 1871, conoció el reinado de Guillermo I y su nieto Guillermo II, así como la gloria y caída de Otto von Bismarck. Sobrevivió a las dos guerras mundiales, y presenció las tensiones del periodo que se desarrollaron entre ambas. El primer conflicto bélico hizo saltar por los aires las bases de la sociedad guillermina, cuyo fin arrastró consigo gran parte de los marcos económicos y sociales de la clase social a la que ella pertenecía. El Nacionalsocialismo obligó a exiliarse al único hijo de Lewald debido a su ascendencia judía por parte paterna, y la fatalidad hizo que la existencia del joven terminara de forma prematura lejos de su patria. Así pues, la autora vivió transformaciones dramáticas y radicales en Alemania que coincidieron parcialmente en el tiempo con un reajuste del papel de la mujer en la sociedad.

En este proceso las mujeres tuvieron un protagonismo nada desdeñable que condujo a la visibilización de sus demandas, que eran al fin y al cabo los requerimientos de la mitad de la población. En muchos casos de hecho, de más de la mitad de esta, puesto que el devenir bélico y revolucionario en las décadas de transición entre el siglo XVIII y XIX las había convertido en el sector mayoritario. Del mismo modo que las revueltas de los franceses contra un estado absolutista se asentaban en el andamio que había procurado la Ilustración, estas mismas ideas que propiciaban el uso de la razón, el progreso o la igualdad habrían de servir también a las mujeres para tomar conciencia de hasta qué punto estaban postergadas. Para ellas también había de tener aplicación la máxima de Immanuel Kant: “Sapere aude!” (“¡Atrévete a pensar!”) que invitaba a servirse del propio entendimiento y que a juicio del filósofo constituían la divisa esencial del espíritu ilustrado. Las mujeres también iban a tratar

a lo largo de las décadas venideras de servirse de la razón y superar de ese modo su *Unmündigkeit*, la minoría de edad que implicaba que el entendimiento propio estuviera siempre supeditado a la dirección de otro. Aunque obviamente el planteamiento kantiano estaba lejos de ser una proclama feminista, su llamada al uso de la razón lógicamente también encontraría a las mujeres como interlocutoras.

Al menos un pequeño sector de estas intentará a lo largo del siglo XIX construir una nueva identidad que supondrá la redefinición de su rol en la sociedad:

Estas mujeres entran en escena blandiendo por su cuenta la declaración de los derechos del hombre y la defensa de la causa de su sexo. Se afirman a través de la disidencia religiosa. Gracias a cambios en la legislación, se les reconoce su condición civil. Las sufragistas anuncian una nueva identidad política. Al romper el silencio que rodeaba su sexualidad abogan por una nueva moral. Su lucha por el acceso al mundo profesional sienta las bases indispensables para la conquista de la autonomía económica (Käppeli, 1993: 497)¹.

Las mujeres ya habían estado apostadas en las barricadas del París revolucionario de 1789 y su presencia no fue menos patente en el contexto de las movilizaciones burguesas que salpican Europa a partir de la Restauración impuesta por el Congreso de Viena. Las imágenes de la denominada *Hambacher Fest* en 1832, inmortalizadas por la pintura, muestran a numerosas féminas que junto a sus conciudadanos varones exigen nuevas libertades y, más allá de ello, abogan por el establecimiento de una igualdad de derechos que las equipare con estos. Simultáneamente, el mundo cultural del *Biedermeier*, replegado dentro de las paredes del hogar y buscando una armonía alejada de las agitaciones liberales nacionalistas, muestra a mujeres asentadas en su papel de madres y esposas ideales, convertidas en iconos de un mundo que se resiste a desaparecer y garantes de una paz más vinculada al Antiguo Régimen. En la obra de Sarah Stickney Ellis (1799–1872) *The Women of England* (1839), un tratado victoriano clásico, se

¹ Esta y todas las traducciones del alemán son propias.

señala cómo el confinamiento de la mujer en casa constituye el fundamento de su autoridad moral: “You have deep responsibilities; you have urgent claims; a nation’s moral worth is in your keeping” (citado en Michaud, 1993: 150).

Sin embargo, las intenciones más reaccionarias estaban condenadas al fracaso. Las mujeres abrían un camino que, aunque despacio y con numerosos altibajos, se mostraban decididas a consolidar. Con la revolución industrial, la necesidad de incorporar a todo el conjunto de la sociedad a los procesos productivos impondrá su acceso a las labores fabriles, de modo que constituirán una parte estimable de la nueva clase proletaria. Por otro lado, la mujer burguesa se va abriendo camino en el mundo cultural, especialmente en el literario. Como lectora había ocupado ya un puesto primordial, ya que esta actividad era fácilmente compaginable con la vida del hogar y su rol de perfecta esposa y madre. En esta segunda fase, la lectora se convierte en escritora y aprovecha el cambio del panorama editorial y el enorme crecimiento del mercado literario².

Esta expansión inédita del negocio cultural traerá consigo el nacimiento de numerosas publicaciones periódicas, muchas de las cuales van dirigidas a un público femenino ávido de novedades y que demandaba una ventana hacia el mundo que iba mucho más allá del hogar. *Über Land und Meer*, semanario donde se publica inicialmente la obra *Das Schicksalsbuch* (*El libro del destino*) que

² Otra muestra del imparable proceso de incorporación de la mujer a todos los ámbitos que les habían permanecido vedados, es su progresivo acceso a la educación superior. Su exclusión de dicha institución era general en los países occidentales, los únicos en los que se plantearía este debate. Si bien es cierto que en algunos casos tiene lugar ya en la primera mitad del siglo XIX la presencia femenina en las aulas, esta está sometida a determinadas restricciones. En los EEUU ya en los años treinta hay determinados *colleges* donde junto a los varones hay estudiantes del otro sexo. Respecto a Europa, desde 1840 se admite la presencia de mujeres en la universidad de Zúrich asistiendo como oyentes a las diversas clases. No sería hasta más de veinticinco años más tarde, 1867, cuando pudieran incorporarse de forma reglada y sin discriminación a las distintas carreras. En Italia o Francia no estaban establecidas limitaciones oficiales como las que eran propias de otros países. La apertura general de los estudios superiores a las féminas se fue desarrollando en Europa a partir de la década de 1870, empezando por Rusia, Inglaterra o los diferentes estados escandinavos.

aquí va a ser traducida al español por primera vez, iba dirigido al público general con la intención de entretener y formar. El texto estará firmado por Emil Roland, seudónimo masculino del que Emmi Lewald hará uso con frecuencia a lo largo de su vida. Precisamente, la autora se despedirá de este sobrenombre en 1904 con la colección de *Novellen* en la que vuelve a incluir *Das Schicksalsbuch* (*El libro del destino*). A partir de ese momento y hasta el final de su carrera, utilizará su nombre real.

Fue una autora prolífica que mantuvo su actividad desde 1888 hasta la aparición de su última novela *Büro Wahn* en 1935, si bien su momento de más éxito corresponde a la época del cambio de siglo. La complejidad del panorama literario de la República de Weimar, mucho más heterogéneo y convulso, se caracteriza por profundos cambios de los que Lewald no saldrá indemne. Aunque sobrevivió más de trece años a la llegada de Hitler al poder, poco después de la instauración del nuevo sistema político, cesará su actividad literaria.

Emmi Lewald encarna la figura de la escritora olvidada como pocas de sus contemporáneas. Ninguna de sus obras se volvió a editar tras su muerte, y es una labor casi imposible encontrar una referencia a su nombre en las historias de la literatura alemana, incluso en aquellas que están centradas en las mujeres. Ni en sus momentos más dorados de éxito editorial fue traducida al español, de modo que mucho menor era esta posibilidad cuando ni siquiera en su propio entorno cultural hay conciencia de su existencia. La bibliografía sobre la autora se circunscribe prácticamente al estudio que sobre ella hizo Ruth Steinberg y que fue publicado en 2015: *Die Schriftstellerin Emmi Lewald (1866-1946). Weibliche Autorschaft, Zeitgeist und Literaturmarkt*. Sin esta concienzuda investigación, habría sido muy difícil acceder a gran parte de la información que sirve como base para esta edición crítica de una novela corta de la autora.

Es posible que los valores estrictamente literarios de *Das Schicksalsbuch* no coloquen a esta *Novelle* en la cumbre de la literatura en lengua alemana del cambio de siglo, ni siquiera de aquella cuyas autoras son mujeres. Sin embargo, se ha considerado aquí que esta obra menor es un documento sobresaliente para comprender la complicada transición en la que las mujeres de la época estaban inmersas. El conflicto que se le

plantea a la protagonista de la obra, o las reacciones de quienes la rodean, dejan al descubierto las tensiones que caracterizaron el intento de reventar las constricciones sociales que llevaron a cabo muchas mujeres. Determinados elementos de esta historia, así como de las otras que completan el volumen publicado en 1904, reflejan de forma indisimulada las propias vicisitudes que la propia Emmi Lewald tuvo que afrontar durante aquel periodo de su vida. Su preocupación por la emancipación femenina, por las cuestiones relativas a la actividad artística, o el problemático uso del seudónimo, son algunos aspectos que aparecen aquí tematizados.

Quizá por ello resulta más desoladores el silencio y el olvido que han sepultado la memoria de la autora y su obra. ¿Dónde van las palabras que nadie lee? La comunicación entre Emmi Lewald y los lectores se interrumpió hace casi un siglo, de modo que las páginas que ella pretendía compartir con su público han experimentado una suerte de censura determinada por la desidia, y, cómo no, el inescrutable paso del tiempo. Sorprendentemente, muchas de las reflexiones de Ulrike, la protagonista de *El libro del destino*, son de una enorme actualidad, a pesar del tiempo transcurrido. Leerlas con detenimiento puede rescatar a muchos de esa percepción tan actual de que todo se ha inventado en los últimos años. Sus disputas con su esposo Julian, los razonamientos de este respecto al papel de la esposa, son extrapolables al mundo de hoy. En algunos casos, lamentablemente, son incluso demasiado avanzadas para millones de mujeres que habitan determinadas partes del planeta.

Más allá de cierta previsibilidad argumental y un retrato de los personajes en cierto modo *naïv*, esta obra da cuenta de un tiempo lejano en lo cronológico, pero que refleja con dolorosa actualidad la dificultosa lucha de las mujeres por establecerse en posiciones que no son las que la tradición les tiene reservadas. Su primera edición en español ha de servir también como homenaje a Emmi Lewald, y a todo el ejército de escritoras que intentaron cambiar el mundo a través de las páginas que llenaron con sus palabras.

1. EMMI LEWALD: APUNTES BIO-BIBLIOGRÁFICOS

1.1. Una vida entre dos siglos

Emilie Auguste Marie Jansen nace el 5 de diciembre de 1866 en Oldenburg (Baja Sajonia) en el seno de una familia de la alta burguesía, cuyo progenitor pertenecía a una saga de funcionarios que habían ocupado posiciones muy relevantes en el gobierno. Es la segunda de cuatro hermanos, tres mujeres y un varón que vendrá al mundo en último lugar. Con la publicación en 1888 de su primera obra, *Unsre lieben Lieutnants, Zeitgemäße Charakterstudien aus deutschen Salons*³, y el subsiguiente escándalo, tendrá lugar un punto de inflexión en su vida. Publicada ya con el seudónimo de Emil Roland, en ella dirige una mirada satírica sobre los oficiales prusianos, dejando al descubierto las inconsistencias y debilidades de un estamento que gozaba de enorme prestigio en la sociedad guillermana⁴. Ante la controversia suscitada una vez que se descubre quién está detrás del alias, la autora desaparecerá durante un par de meses de su ciudad.

Viajar tanto dentro como fuera de Alemania fue una actividad que desarrolló con frecuencia hasta su boda en 1896 con Félix Lewald⁵ (1855-1914). El destino quiso que Emmi adquiriera un apellido que tanto peso había tenido durante décadas en la lucha

³ *Nuestros estimados tenientes. Estudios contemporáneos de personajes de los salones alemanes.*

⁴ El periodo de reinado de Guillermo II (1888-1918) recibe el nombre de Wilhelminismus, y está caracterizado por un aparente esplendor bajo el que se ocultan enormes contradicciones y disfunciones que saltarán por los aires con la llegada de la I Guerra Mundial. En el mundo del Kaiserreich encuentran sentido muchos de los conceptos culturales que atraviesan este complejo periodo histórico, desde el *fin de siècle* a la *Dekadenz*, que reflejan la conciencia de que un tiempo aparentemente glorioso está tocando a su fin. A la Europa decimonónica le restan unos últimos suspiros, un hecho que habrá de asumirse de manera traumática a través del conflicto bélico.

⁵ Su esposo era sobrino de la para entonces fallecida escritora Fanny Lewald-Stahr (1811-1889). Esta había sido una figura destacadísima del movimiento de emancipación de la mujer. Una obra paradigmática de su pensamiento es *Für und wider die Frauen. Vierzehn Briefe* (1870) – *A favor y contra las mujeres. Catorce cartas* –, escrito de alta carga política y que trasluce las inquietudes de todo un sector de las mujeres de la sociedad alemana.

de la mujer por su posición en la sociedad. Su nuevo estado civil la condujo hasta Berlín, la capital donde desarrollará una intensa actividad social junto a su incansable ocupación literaria. Fue miembro durante diversos períodos de su vida del *Deutscher Lyceum-Club*, del *Deutscher Frauenklub* o del *Verein der Künstlerinnen und Künstlerfreundinnen zu Berlin*, lo que la situó en un círculo de mujeres comprometidas, laboralmente activas y que estaban caracterizadas por su activismo en el marco del movimiento feminista burgués. Esta implicación en determinados círculos sociales tendría consecuencias para su profesión de escritora, pues le permitió establecer una red de contactos inestimable e incluso conformar un significativo círculo de potenciales compradoras de sus obras (Steinberg, 2015: 81). No es de extrañar que muchos de sus textos reflejaran las inquietudes de quienes formaban parte del ambiente en el que la autora se desenvolvía. Probablemente, las mujeres con las que se relacionaba a diario tuvieran un doble papel para su actividad creadora: inspiración, por un lado; público interesado, por otro. En general, las autoras que comienzan a escribir entre 1880 y 1890 tienen conciencia de que su labor literaria es relevante para contribuir a los cambios por los que abogan: “Ellas habían comprendido que el sufrimiento personal (femenino) a causa de la sociedad era una experiencia colectiva, y se veían llamadas a reflejar esa conciencia a través de figuras femeninas prototípicas con el fin de abrir los ojos a sus atormentadas hermanas” (Tebben, 1999: 5-6).

En cualquier caso, Emmi Lewald desarrolla su vida social en círculos minoritarios y muy elitistas, alejados radicalmente de las reivindicaciones que en la misma época se están haciendo desde el movimiento feminista vinculado a trabajadoras de otras clases sociales. Con ellas comparte el fundamento de las demandas emancipatorias, sin embargo, temas como la pérdida de valores de la burguesía o el descenso social de la aristocracia, que son frecuentes en sus obras, dan cuenta de un universo que responde a los intereses de un determinado ambiente social. No obstante, su decidida apuesta por la libertad de la mujer como creadora y por su capacidad para llevar una vida autónoma económicamente, como se refleja por ejemplo en *El libro del destino*, sí puede ser puesta en relación con un tejido de reivindicaciones común a las

mujeres de todos los niveles. Sus diferentes obras muestran posturas que oscilan entre la asunción parcial de los valores de la sociedad guillermina y opciones más subversivas.

La I Guerra Mundial no parece haber supuesto un periodo particularmente traumático para la autora, a diferencia de lo que representará la guerra de 1939. Bien es cierto que 1914 trae consigo el fallecimiento de su esposo y de su padre, lo que la obligará a ocuparse sola de su hijo adolescente Otto Günther. De vuelta en el Berlín de la República de Weimar, retomará su compromiso en las diversas asociaciones de las que había formado parte antes de la derrota. Frecuentes visitas a Weimar, lugar de residencia de su madre y hermanas, se suceden a lo largo de los años. Respecto a sus planteamientos en el ajetreado universo ideológico de la república, señala Ruth Steinberg:

Atendiendo al contexto de sus manifestaciones literarias, la posición política de Emmi Lewald puede considerarse fundamentalmente conservadora y nacionalista, sin embargo, a lo largo de su vida en su modo de actuar desempeñaron un papel importante las máximas burguesas respecto a la educación, el cosmopolitismo y el libre intercambio cultural (2015: 96).

Con la llegada de Hitler al poder y la consecuente perversión de los principios de convivencia en la sociedad alemana, la familia Lewald, de amplias raíces judías por parte del difunto esposo de la autora, verá trastocada su existencia. El hijo de Emmi se verá obligado a emigrar en la década de los treinta a Inglaterra junto a su esposa Eve Althaus. El destino caprichoso convierte esta huida en condena, pues este será víctima de un bombardeo alemán sobre Londres en 1944. La noticia le llegó a Emmi Lewald en la residencia de ancianos donde vivía desde 1938, en la localidad de Apolda (Turingia). Allí mismo fallecerá el 29 de septiembre de 1946. Sus cenizas descansan junto a los restos de su marido en un camposanto del Estado Federado de Brandenburgo (Südwestkirchhof Stahndorf).

1.2. La *Novelle*⁶ en la obra de Lewald

La autora publicó ocho colecciones de *Novellen*⁷, así como tres de ellas por separado (*Auf diskreten Wege*, 1892; *Fräulein Kunigunde*, 1894 y *Mut zum Glück*, 1901). Precisamente este género constituye el grueso de su producción en los años que pasa en su ciudad natal de Oldenburg, así como en su época de establecimiento en Berlín hasta 1904; a este segundo periodo pertenece la obra cuya traducción se presenta aquí. La *Novelle* había gozado de muy buena salud entre los autores del Realismo poético alemán, y seguiría siendo un género imprescindible para los impresionistas, ya que su extensión más reducida estaba más en consonancia con un tipo de escritura más centrada en la reflexión y las impresiones subjetivas que en el desarrollo de una acción. Es, por tanto, en el periodo cronológico que enmarcan autores de *Novellen* como Gottfried Keller o Theodor Storm, por un lado, y Arthur Schnitzler por otro, donde Emmi Lewald va a cultivar el género. Asimismo, el dinamismo del mercado editorial propio del cambio de siglo favoreció la publicación de textos cortos que daban respuesta a la demanda de las publicaciones periódicas que en este momento vivían un momento de expansión⁸.

⁶ El término no tiene una equivalencia exacta en español, de modo que se utilizarán aquí de forma más o menos indistinta los términos “novela corta” y “novela”, entendiéndose en este segundo caso que nos referimos a una novela de extensión más reducida y que reúne algunas de las características que se le presuponen a la *Novelle*. Etimológicamente el término remite al italiano *novella* (novedad). Las características que atribuye al subgénero un diccionario básico de términos literarios son: “la acción se ciñe a un conflicto central (semejanza al drama), introducción de elementos escénicos y dialógicos, incremento de la tensión hasta un punto álgido o de inflexión, tendencia a una forma cerrada, uso de un leitmotiv y de objetos simbólicos” (May, 2012: 100).

⁷ Serían estas por orden cronológico: *Ernstes und Heiteres* (1891), *Die Geschichte eines Lächelns und andere Novellen* (1894), *In blauer Ferne* (1898), *Gefühlssklippen* (1899), *Das Schicksalsbuch und andere Novellen* (1904), *Stille Wasser* (1912), *Der Wendepunkt* (1914) y, por último, *In jenen Jahren...* (1919).

⁸ Aparte de la *Novelle*, triunfaron otros géneros de reducida extensión como la *Novellette*, los poemas o la *Skizze* (relato breve de final abierto que trata fundamentalmente de transmitir una impresión o un estado de ánimo).

Ruth Steinberg hace referencia a la importancia que las consideraciones de Paul Heyse⁹ sobre el género de la *Novelle* van a tener para Lewald, lo que se pondrá de manifiesto particularmente en las que publica después de 1895:

En la mayoría de los textos, por un lado, cobran más importancia las situaciones que implican acción y diálogo frente los pasajes reflexivos y de rememoración que dominaban las novelas tempranas. Por otro lado, se hace patente la intención de la autora de ilustrar un conflicto humano, social o artístico mediante un “objeto-símbolo” o una idea relevante (2015: 273).

El conflicto se convierte en el elemento fundamental de las novelas de la autora, manifestándose este en ocasiones de forma múltiple, ya que no se circunscribe exclusivamente a lo artístico o lo personal. Este hecho, como se indica más adelante, resulta evidente en *El libro del destino*, donde el problema central tiene implicaciones en campos diversos. Tanto en esta *Novelle* como en *Momentos de gozo. Un año de una vida* la dedicación a la creación artística de las protagonistas (Ulrike a la literatura y Helene a la pintura) estará relacionada con una necesaria independencia que las empuja al margen de los roles de género tradicionales. Como consecuencia de ello, aparecerán conflictos que afectan a su vida personal, ya que quienes las rodean no están dispuestos a asumir su modo de vida.

La actividad artística es un elemento central en las novelas del cambio de siglo de Lewald. Estas le permiten reflejar aspectos por los que se siente concernida de manera directa en tanto en cuanto ella también es una creadora. Problemas fundamentales que plasma en su obra son “la tensiones entre la necesidad de una expresión artística y las convenciones sociales, la búsqueda del arte y el trabajo diario” (Steinberg, 2005: 274). La figura del artista no está representada necesariamente por una mujer, ya que

⁹ Paul Heyse (1830-1914) fue un escritor alemán que cultivó todos los géneros alcanzando un notable prestigio. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en el año 1910. Sus consideraciones teóricas respecto al género de la *Novelle* aparecen fundamentalmente en su introducción a la publicación antológica *Deutscher Novellenschatz* (editada entre 1871 y 1876 en colaboración con Hermann Kurz), así como en su escrito teórico *Meine Novellistik* (1900).

en ocasiones lo que se refleja es el conflicto del autor en una época de cambios radicales representados por la llegada de la Modernidad. Así ocurre en *Kinder der Zeit* de 1897 (novela incluida en la colección del mismo título), donde Erhart, un escritor frustrado se debate entre sus principios estéticos y la necesidad de triunfar. Finalmente, dejará atrás los modelos del Clasicismo alemán a favor de los nuevos dramas naturalistas que triunfan en toda Europa. Ese choque entre corrientes creativas que emergen y otras que van siendo sepultadas por el tiempo a toda velocidad es extrapolable a cualquier artista. Lewald no necesita supeditar toda su escritura a la introducción de figuras femeninas, sino que es capaz de ejemplificar conflictos que también les afectan a ellas a través de autores hombres.

También en *Kinder der Zeit* se tematiza la dicotomía entre la gran ciudad y los pequeños núcleos de población. Mientras que en aquella el individuo encuentra el medio para desarrollar su actividad creativa, los lugares de los que se ve obligado a huir representan la invariabilidad de los valores de la sociedad decimonónica. Solo en las grandes urbes, representadas generalmente por Berlín donde la propia autora encontró su espacio, parecen darse las circunstancias para sustraerse a las limitaciones que imponen las convenciones generalmente aceptadas durante siglos. De este modo, la dualidad ciudad-provincia adquiere un carácter simbólico que comprende implicaciones explícitas e implícitas.

El objeto artístico adquiere el rol de objeto-símbolo en novelas como *El libro del destino* o *Momentos de gozo. Un año de una vida*. En el primer caso, la novela publicada con seudónimo por la protagonista Ulrike tendrá la capacidad de trastocar el “destino” de las figuras centrales de la novela; aparece provista de una fuerza que parece empujar a cada persona en direcciones opuestas. En segundo lugar, las acuarelas de Helene son una proyección de su talento, así como el motivo por el que rompió el hilo que la conducía a un matrimonio convencional en la ciudad de provincias donde estaba previsto que se desarrollara su existencia. Tanto Ulrike como Helene materializan su genio creativo en la obra de arte, convertida en símbolo de su lucha, de su necesidad de libertad y, quizá lo más importante, de la equiparación entre el intelecto del hombre y la mujer.

2. EL LIBRO DEL DESTINO Y OTRAS NOVELAS CORTAS (*DAS SCHICKSALSBUCH UND ANDERE NOVELLEN*, 1904)¹⁰

Aparte de *Das Schicksalsbuch* (*El libro del destino*), el volumen está compuesta por otras tres novelas de muy diversa extensión: *Die Etrusker*, *Feierstunden*. *Ein Jahr aus einem Leben* y *Erdgeruch*. Todas ellas reflejan el mundo social y cultural típico del universo literario de la autora. La obra que da título al volumen había sido publicada previamente en 1900 por la revista *Über Land und Meer*¹¹. Las cuatro novelas reflejan la tensión que plantea la dedicación al arte o al estudio en relación con el desarrollo de una vida burguesa convencional (Steinberg, 2005: 276). La extensión de los textos es muy variable, y el peso de la acción es menor en el primero y el último de ellos, los dos más breves, que tienen una naturaleza más introspectiva. Al igual que ocurre en otro gran número de sus libros, la autora recurrirá al seudónimo Emil Roland para firmar este. Precisamente, la propia cuestión del uso de un nombre encubierto aparecerá tematizada en la segunda novela del volumen, que será además la que se utilizará para dar título al conjunto¹². Aunque las escritoras decidían mayoritariamente sustituir su nombre real, el sobrenombre elegido no tenía por qué ser necesariamente masculino. Como señala Lucia Hacker (2007: 102-103), más allá de la decisión de prescindir de la propia identidad en la portada de sus obras, las

¹⁰ La novela *El libro del destino* se publica inicialmente en 1900 y aparece posteriormente en la edición de 1904 con otras tres obras. Aquí será citada siempre con referencia a esta publicación por la editorial F. Fontane & Co. en Berlín. Asimismo, es la fuente que ha sido utilizada para la traducción. El orden de las cuatro novelas en el volumen es el siguiente: *Die Etrusker*, *Das Schicksalsbuch*, *Feierstunden* y *Erdgeruch*.

¹¹ La revista aparecía con el subtítulo de *Allgemeine Illustrierte Zeitung*, y se publicó entre 1858 y 1923. El género del periódico ilustrado, que tuvo un enorme éxito desde la mitad del siglo XIX llegaba a Alemania a partir de modelos británicos y franceses. En el caso concreto de *Über Land und Meer*, el semanario se publicó en la ciudad de Stuttgart, y su fin principal era el entretenimiento, aunque sin renunciar a la formación de su público.

¹² Aparte de en esta obra, Emmi Lewald había utilizado el tema de la escritora con seudónimo en otros dos textos: *Die Globustrotterin* (1898) y *Zwischen Stendal und Uelzen* (1898), ambas incluidas en el volumen *In blauer Ferne. Neue Novellen*.

autoras se decidían en ocasiones por un apelativo masculino, mientras que en otras este seguía siendo femenino (a veces, simplemente mantenían el apellido de soltera). Además, algunas autoras recurrían a varios seudónimos. Si bien es cierto que ser mujer representaba un inconveniente en el mercado editorial, era muy frecuente que el nuevo nombre elegido dejara al lector abierta la duda de si se trataba de un hombre o una mujer. Esto corresponde a la perfección con el modo en que el protagonista de *El libro del destino* valora el seudónimo que encabeza la novela de Ulrike: “El nombre del autor le resultaba forzado” (Ldd: 54). No hace una valoración sobre quién puede ocultarse detrás, pero quedan claras las dudas que le sugiere el rebuscado nombre del escritor (Ulrich Krieger).

2.1. Die Etrusker (Los etruscos) [Etrc]

La frustración de Helena, la protagonista de la novela, es de una intensidad equiparable a la de la figura principal de *El libro del destino*, si bien sus motivaciones son muy diferentes y cada una elegirá una salida opuesta: del conformismo de la primera, constreñida probablemente por las obligaciones inherentes a la maternidad, a la radicalidad exhibida por Ulrike con su abandono del hogar familiar. Tras la prematura muerte de su madre, la infancia y adolescencia de Helena se habían desarrollado en el entorno de una pequeña universidad del norte de Alemania, donde su padre ejercía como profesor de Historia. Se dedica incluso a pasar a limpio los manuscritos de este, de modo que adquiere una vasta cultura en lo referente al mundo clásico, el campo de investigación de su progenitor. En contra de lo que se habría podido esperar, lejos de desarrollar interés por el mundo latino, se despertó en ella una clara aversión:

En realidad, apenas servía como hija de un erudito. Si bien la convivencia con su docto progenitor y la dedicación a los asuntos de este la habían dotado de cierta pátina literaria, esto no había pasado de la superficie. Sin duda, las miradas perspicaces la percibían como un muchacha medianamente dotada, fresca, natural, sencilla, con muchos talentos pequeños y no poca inclinación al entusiasmo romántico - similar en todos los aspectos

a su madre, que provenía de una honesta familia de juristas de provincias (Etrc: 11) ¹³.

Efectivamente le llegó su momento romántico, vinculado a la atracción por una figura que, como no podía ser de otra manera en el contexto en que vivía, correspondía a la de un erudito. En realidad, ella estaba esperando un hombre que la sacara del tedio, “que fuera capaz de reírse con ella de los antiguos latinos” (Etrc: 11), sin embargo, difícilmente podría haberse topado con alguien así en el despacho de su padre. En realidad, lo que iba a encontrar era un estudioso que buscaba ayuda para sus investigaciones. El *Privatdozent* Werther comenzará a frecuentar la casa, de tal modo que el trato conducirá a la boda y a la posterior luna de miel en Italia¹⁴. Ese viaje traerá consigo un episodio determinante para la desgraciada vida futura de Helena. Su esposo, el profesor Werther, encontrará en el Hipogeo de los Volumnios de Perugia¹⁵ un mundo apasionante al que consagrar su vida: el estudio de los etruscos. La consecuencia directa de esa nueva pasión es que la relación con su reciente esposa pasará inevitablemente a un segundo plano, un lugar que no es el que ella preveía ocupar: “Ella ansiaba amor y recibía instrucción” (Etrc: 17). De nuevo se veía enfrentada al mismo esquema que había conocido durante su vida en compañía de su padre: un hombre, en este caso su marido, consagrado al conocimiento.

¹³ Las obras literarias de Emmi Lewald se citarán utilizando los títulos abreviados. Así (Etrc) hará referencia a *Los etruscos*, (Uadv) a *Momentos de gozo*. *Un año de una vida*, (Oat) a *Olor a tierra* y, por último, (Ldd) a *El libro del destino*. Todos los textos que se presentan son inéditos en español, de modo que se proporciona una traducción propia de ellos. Las referencias a las páginas aluden a la publicación de 1914 que se ha utilizado como base y que aparece en la bibliografía.

¹⁴ Italia es un elemento muy presente en la narrativa de Lewald. Se muestra como un espacio lejano, en cierto modo exótico, que escapa a las constricciones de la vida en el norte de Europa. Tanto aquí como en *El libro del destino* o *Momentos de gozo*, se confrontarán ambos universos, pues los personajes desarrollan parte de su periplo vital cerca del Mediterráneo antes de regresar a Alemania. Italia, el sol, la vida en el exterior, se identifica a menudo con una libertad que los personajes femeninos no son capaces de mantener cuando regresan a la patria.

¹⁵ Tumba subterránea etrusca de datación imprecisa entre el siglo III y I a. C. que no fue descubierta hasta el año 1840.

El profesor Werther se entrega en cuerpo y alma a su investigación sobre los etruscos, mientras que Helena ve pasar el tiempo rodeada por una incipiente decepción:

Helena, sin embargo, se sentaba a diario durante horas junto a la ventana, mirando hacia la calle tranquila, entre cuyos adoquines crecía la hierba, y en la que nunca pasaba nada, y se sentía sola, sola, sola. La vida la había decepcionado, había destruido sus castillos en el aire y tronchado su coraje juvenil. En efecto, reverenciaba a su esposo: la devoción a su trabajo, la elegancia silenciosa de su ser, nunca podrían dejar de impresionarla. Pero la constatación de que su papel en la vida de él se hacía visiblemente cada vez más pequeño, y el hecho de que a pesar de todo lo que ella era y de todo lo que podía dar, recibía cada vez menos atención de su parte, la llevaron finalmente a la desesperación (Etrc: 19).

Ese sentimiento de abandono es compartido por Ulrike en *El libro del destino*, entregada a sus largos paseos para soslayar la frustración de la vida diaria. Si bien en este caso, la frustración se deriva de la ausencia de una vida intelectual propia, no de la desatención de un apuesto oficial ante cuyos pies había caído rendida. Helena solo quiere que su marido la quiera, que se aparte al menos un momento de su encomiable estudio para atenderla.

Tan solo en una ocasión se atreve a expresar su disconformidad, e incluso llega a decirle que “Los hombres como él harían mejor no casándose”¹⁶ (Etrc: 20). El profesor ni se digna en contestar, y se retira a su templo de la planta de arriba durante catorce días. Paulatinamente, Helena se encierra en una capa de indiferencia: “Con el paso del tiempo a Helena todo le era indiferente. Simplemente se limitaba a vegetar” (Etrc: 20).

¹⁶ Una versión complementaria de este planteamiento se encuentra en *El libro del destino*. En este caso, es la protagonista la que asume que su perfil de mujer no es adecuado para el matrimonio, al menos en ningún caso para satisfacer las expectativas de un esposo determinado por los preceptos de la tradición. Cuando aparezca en su camino otro hombre, aparentemente más liberal y que prometa respetar sus ansias artísticas, Ulrike dejará claro que nunca volverá a cometer el mismo error, que para ella, cualquier posibilidad de una nueva relación con un hombre ha quedado descartada (Ldd: 124).

Este rol accesorio en la vida familiar y social que la mujer debe asumir representa una fuente inagotable de conflictos. En pocas décadas la figura femenina está experimentando – al menos en determinadas partes del mundo – una resignificación de su papel. Ellas también quieren participar del espíritu que había emergido de la filosofía de Nietzsche y que tan determinante estaba siendo en el ideario del cambio de siglo¹⁷. No desean ser objetos movidos por la inercia de una civilización caduca, sino asumir su protagonismo, incluso como en el caso de la Helena de esta novela, dentro de los marcos arquetípicos de madre y esposa. Pero una madre y esposa con voz, con una mente capaz de pensar y expresar sus insatisfacciones.

Con la llegada del hijo llega también cierto refugio para la insatisfacción, al menos un ser sobre el que volcar todos los deseos de dar y recibir afecto. Al pequeño Hans se le unió al siguiente año Fritz, de modo que la madre de ambos sentía

su existencia plenamente satisfecha y vivía la dedicación al cuidado de los niños con un placer como nunca había sentido, ni en su juventud ni a través del amor – exceptuados unos pocos días (Etrc: 22).

Su entrega a la crianza de los niños la convierte paradójicamente en una “mujer irrelevante, que (...) no era capaz de hablar de nada inteligente” (Etrc: 22). El prestigio en aumento del profesor Werther encuentra su contrapunto en quien lo acompaña: “su simplemente guapa, poco comprensiva esposa que sin duda lo había hecho desgraciado” (Etrc: 22). A pesar de haberse visto rodeada de cultura desde su infancia, de haber crecido en un ambiente de formación exquisita, Helena ha de asumir en su entorno que no es más que un individuo intrascendente a la sombra de un esposo cuya atención no merece.

¹⁷ A este respecto señala Karin Tebben: “Siendo conscientes de poder decidir libremente, las mujeres lograron lo que Nietzsche obviamente había ‘olvidado’ respecto a las personas de sexo femenino: la lógica aplicación a la mujer de los conceptos del individuo seguro de sí mismo, de la libertad, autodeterminación y autorresponsabilidad, del poder creador de la voluntad y la conciencia humana” (Tebben, 1999: 11).

De un modo similar a *El libro del destino* aparece una figura masculina capaz de ver más allá de la fachada que todo el mundo observa y cree entender. También aquí es un *Frauenkenner* (entendido en mujeres) quien penetra en la mente de Helena y asume que es ella la parte de la pareja que no está siendo comprendida. Y se enamorará incondicionalmente de ella, como le ocurre al conde Travers de la otra novela. El obstáculo a su relación no es el matrimonio, pues parece que el mundo se halla en un estado posterior al de todas las infieles que penaron por su adulterio: Madame Bovary, Anna Karenina, la Regenta o Effi Briest. Aquí son los hijos quienes representan el impedimento infranqueable:

Si en los dos años de soledad de antaño junto al mar Báltico esta figura juvenil se hubiera detenido frente a ella, y le hubiera hablado con las mismas palabras apasionadas, el asunto habría terminado de forma diferente. Pero él había llegado demasiado tarde... ahora sus hijos estaban allí... (Etrc: 24-25).

La autora, más allá de la aparente convencionalidad de Helena en los esquemas de la sociedad guillermina, deja claro que su compromiso no es con su esposo y la institución matrimonial, sino con unos seres que han salido de ella y que, además, son como ella, pues parecen tener poco en común con su progenitor. A Hans y Fritz no les atrae aprender, no son buenos en la escuela. Su madre considera incluso que el profesor ni siquiera debería interesarse por ellos: “Deberías vivir libremente sin esposa e hijo, solo con tus libros y tu tintero. La gente como tú no debería casarse” (Etrc: 26). Se atreve por segunda vez a expresar ese reproche contundente, dando muestras de una gran valentía, aparte de una enorme radicalidad en sus planteamientos. Muy lejos de lo que el mundo que la rodea podría esperar.

En este caso, y así concluye esta breve obra, Helena proyecta su aversión hacia los etruscos como símbolo de la consagración de su esposo al estudio. Considera que ha sido ese mundo extinto y apasionante quien le ha robado la atención del profesor Werther, determinando su infelicidad:

Y Helena, desde hacía tiempo una mujer inteligente, sabía perfectamente que no era un acontecimiento externo accidental sino una profunda y desgraciada cadena del destino la culpable de la infelicidad de su vida. Así que no tuvo dudas en que hasta el último momento el odio contra los etruscos se extendiera como un elemento constante a través de todos sus sentimientos. En sus figuras legendarias se encarnaba para ella todo lo que había impedido su felicidad; le habían robado antaño a su amado con cantos de sirena (Etrc: 31-32).

Helena no abandona el hogar familiar, no se separa de su esposo, pero tampoco está dispuesta al fingimiento. A su manera, como hacen todas las protagonistas de las diferentes *Novellen* del volumen a través de comportamientos diversos, construye una identidad alternativa en correspondencia con las necesidades del mundo en crisis en el que vive.

2.2. *Feierstunden. Ein Jahr aus einem Leben (Momentos de gozo. Un año de una vida)* [Uadv]

Es sin duda la más compleja de las cuatro obras que componen el volumen. Tanto en lo referido a la psicología de la figura principal, como en el número de personajes implicados y el elaborado desarrollo argumental de la historia. De nuevo es una mujer la que se encuentra en el centro, quizá la protagonista con las ideas más claras de todas las que pueblan estas *Novellen*. Y otra vez el arte, la capacidad creativa, desempeña un papel primordial en su modo de posicionarse frente al mundo. No se trata aquí de una escritora como la Ulrike de *El libro del destino*, sino de una pintora alemana entregada a su trabajo en Italia, cómo no. El sur de Europa vuelve a servir como escenario irremplazable para favorecer la libertad vital y la capacidad artística de una mujer.

Helene está en Rávena haciendo las ilustraciones para una obra sobre basílicas cristianas antiguas. No se encuentra allí disfrutando de una afición, sino enviada por la editorial que va a estar al frente de la edición. Allí conoce de forma casual a Hausmann, una figura eminente de la historia del arte, un autor icónico cuyo manual ya era fundamental para ella desde sus tiempos de estudiante en Berlín: “Para ella el Hausmann era lo que para otros los versos de Goethe o la sabiduría de Schopenhauer: una especie de acción de

rescate en las banales olas de la vida cotidiana” (Uadv: 141). A partir de este momento se establecerá una relación de profunda admiración intelectual de la joven Helene hacia el ya anciano profesor. No hay en ella ningún otro interés que el enriquecimiento intelectual, o los beneficios espirituales derivados de su trato con una figura destacada de la cultura. Esto no va a ser fácilmente comprendido por un entorno que presupone otros fines en una relación estrecha entre una mujer y un hombre cuya diferencia de edad es de más de cuarenta años.

Una analepsis nos conduce al pasado de la protagonista, sobre el que se fundamente su existencia como mujer independiente. Todo transcurre en la pequeña ciudad bávara de Leuchtenberg, donde ella y su hermana viven juntas. La mayor, Helene, se ha formado como maestra, a pesar de que no tiene vocación para desarrollar esa labor. La pequeña, Trude, se había encargado de llevar la casa del abuelo hasta la muerte de este, momento en el que ambas deciden vivir juntas. Pronto la vida de Helene tomará un rumbo adecuado y previsible:

De manera inesperada, un día el maestro de Leuchtenberg pidió la mano de la hermana mayor. Que esta respondiera que sí fue algo natural, aunque estuvieran por delante varios años de espera a causa de la falta de dinero de ambos. Ella tenía veinte años, y él era una figura novelesca de hermosura impecable. ¿Por qué habría de haber contestado que no? (Uadv: 139).

A lo largo del tiempo de espera ella se entrega a su pasión: la pintura. Su ocupación era percibida por su futuro esposo como un simple entretenimiento, y le regala por su cumpleaños el libro de Hausmann sobre el Cinquecento. Esto tendrá unas consecuencias inesperadas para la pareja: “Y cuanto más glorioso le parecía el universo del arte, más miserable se presentaba ante sus ojos la realidad en la que vivía, el futuro que la esperaba” (Uadv: 139). Las desoladoras perspectivas que presumía conducirán a la protagonista a la ruptura de la relación y el abandono de Leuchtenberg. Pero antes de partir hacia Berlín, de un modo que pone de manifiesto el rol femenino de la época, el puesto de prometida pasará a ser ocupado por la hermana pequeña, que lo asume con entusiasmo y agradecimiento.

La vida de Helene en la capital del Reich a lo largo de cuatro años se centrará en el estudio universitario. Para financiar su existencia desempeña todo tipo de actividades más o menos relacionadas con la pintura hasta que se topa con una especialidad que se convertirá en actividad profesional: arquitectura en acuarela. Eso es precisamente lo que la conduce hasta Rávena, donde el azar quiere que el autor de ese libro que significó su libertad frente a un matrimonio convencional aparezca en su camino.

De vuelta en Alemania, Helene y Hausmann mantendrán su relación en el mismo plano intelectual en el que se había desarrollado en Italia. Ella lo visita en su casa de Múnich, y recibe el encargo de ordenar su correspondencia, así como de hacerse cargo de una serie de cartas de juventud que tras su lectura han de ser destruidas. Los sentimientos de la protagonista hacia el erudito comienzan a revelar su complejidad: se fusiona la veneración intelectual con un cierto enamoramiento de la imagen de juventud de Hausmann, acentuado por las palabras que contiene la correspondencia de juventud que este le ha confiado. En ella se dirige a su hermana Marie, fallecida años antes de que Helene y él se conocieran, como lo haría un joven subyugado por la belleza del sur, y no del modo que el sabio entrado en años adoptaría.

Así pues, la protagonista se ve inmersa en un complicado vendaval de sensaciones. En cualquier caso, es consciente de que algunos de los instantes que comparte con Hausmann representan esos momentos de gozo, *Feierstunden*, que sirven de título a la novela. Ser la depositaria de las antiguas misivas de su idolatrado maestro la conduce a un estado desconocido: “Sí, ahora valía la pena vivir por ellas. No seguía siendo la antigua pesimista. En este momento creía en su buena estrella y amaba la vida” (Uadv: 181).

La repentina enfermedad de su hermana llevará a Helene hasta su pequeña ciudad natal. Su estancia de tres semanas trae consigo el reencuentro con su cuñado, aquel maestro con el que había estado comprometida hasta que decidió sacrificar esta relación en aras de su libertad. La oposición entre estas dos figuras representa de manera explícita las tensiones que se plantean en esta época entre el mundo masculino, que trata de mantener su poder tradicional, y el de las mujeres, que han cambiado en poco tiempo su modo de entender la realidad y su papel en la sociedad. Albert califica la vida de su cuñada de “*Bohême-Existenz*”, es decir, una

existencia alternativa que en ningún caso representa los cambios de los tiempos y es premonitoria del futuro. La vida independiente de Helene en Múnich, dedicada a la pintura y autosuficiente económicamente, no es para él más que un ejemplo de la bohemia.

Tras su estancia en su lugar natal, que encarna un pasado que a la protagonista se le antoja oscuro y lejano, abandonará la pequeña ciudad con la conciencia de que dejar atrás ese universo había sido una decisión más que acertada:

Lo que dejaba atrás casi se había convertido en su vida, una existencia de la que había escapado en el momento justo. La había visto ahora del mismo modo que el jinete del lago Constanza¹⁸ al observar sobrecogido desde la seguridad de la orilla el peligro que ha dejado atrás.

Ella había hecho algo mejor de su vida – algo más elevado, más noble (Uadv: 198-199).

Por otro lado, cuando regresa a casa, ve cómo la armonía en la relación entre Hausmann y ella se verá interrumpida por la aparición de una figura que daña a su juicio el vínculo dual que se ha venido fraguando. Se trata de Hans Sachs, sobrino de un discípulo de Hausmann (el profesor de literatura Albrecht Reinhart), quien pretende fraguarse una carrera bajo la prestigiosa influencia de este.

Sachs encarna la figura de un hombre incapaz de asumir los cambios en el rol de la mujer en la sociedad del recién estrenado siglo XX. A pesar de su vida urbana, sus consideraciones respecto a cómo ellas deben actuar no distan de las del maestro casado con la hermana de Helene¹⁹. Se empeña en buscar en la relación entre

¹⁸ Referencia a la balada de Gustav Schwab *Der Reiter und der Bodensee* (El jinete y el lago Constanza) del año 1826.

¹⁹ El propio Hausmann, que hasta entonces se había mantenido en un plano de idealismo lejos de lo mundano, hace un comentario bastante machista cuando Helena le confirma que detesta a Hans Sachs: “¡Oh, señorita Helene!, dijo casi con reproche. Desde que la conozco siempre la he visto como a una persona cabal. Ahora, por primera vez, me parece que después de todo usted no es más que una mujer” (Uadv: 228). Había tenido una opinión inmejorable de ella hasta ese momento, la había tratado como a una artista, sin reparar en su sexo, sin embargo, no es capaz de asumir que se permita expresar una opinión negativa sobre un hombre al que el profesor tiene en tan alta estima.

esta y Hausmann una intencionalidad que va más allá del supuesto interés intelectual de la joven: heredar, contraer matrimonio o escribir un libro sobre el genio. El subsiguiente enfado de Helene tendrá como inesperada consecuencia que Hans Sachs se enamore de ella. La rebeldía femenina desencadena también este resultado en *El libro del destino*, pues Travers se verá irremediabilmente subyugado por una mujer capaz de escribir y de mostrarse disconforme con un matrimonio que no responde a sus expectativas ni permite el desarrollo de sus inquietudes intelectuales. Sin embargo, las últimas líneas de la novela dejan claro que ni el hombre aparentemente más liberal y favorable a la incipiente libertad femenina es en realidad más que una fachada que oculta una realidad desoladora: “Las mujeres no solo piensan en coquetear. Hay excepciones... ¡por desgracia!” (Ldd: 126). Esta es la pesimista asunción que subyace tras muchas de las páginas de Lewald: la mujer se encuentra sola en su lucha, pues la aparente comprensión de los varones encuentra su límite ante el desafío femenino de sus pretensiones.

La presencia de Hans Sachs en la vida del anciano Hausmann traerá consigo el distanciamiento de Helene, quien decidirá entregarse a sus proyectos artístico-laborales en Italia. Será aquí, mientras está dedicada a la representación de edificios emblemáticos, cuando se enterará del fallecimiento del profesor. El dolor que esta noticia trae consigo solo tendrá un pequeño, y mezquino, consuelo: tampoco su odiado Sachs va a disfrutar ya de la compañía de Hausmann.

El alumno de este, Albrecht Reinhart, averigua a través de su diario que Helene había recibido una serie de cartas que ahora cobran de repente un interés enorme. Con la finalidad de recuperarlas, envía a su sobrino Hans Sachs hasta Italia. Será en Siena donde tendrá lugar el encuentro entre este y la joven, que se encuentra haciendo los preparativos para partir en una expedición a Anatolia, donde se encargará de guardar memoria del viaje a través de sus dibujos. El destino querrá que se vean el día en que se cumple un año desde el primer encuentro entre Hausmann y Helene.

Inicialmente, Sachs le propondrá matrimonio, sin embargo, pronto quedará claro que el fin último de su presencia en Siena es recuperar las cartas. Tras afirmar que ya las ha destruido, Helene

terminará por quemarlas allí mismo, ante sus ojos, cumpliendo al fin y al cabo el mandato de su autor. Su acción tiene diversas consecuencias: la ruptura definitiva de su relación con Sachs, quien la acusa de bárbara; la exhibición de su poder y de su capacidad de tomar la decisión última en ese asunto; la definitiva consolidación de una memoria estilizada de lo que había representado su relación con Hausmann: “De aquellas llamas había rescatado para sí la memoria de Hausmann, limpia de toda impureza” (Uadv: 266). El fuego aparece como purificador, y su potencia destructiva es aquí un instrumento que entra en funcionamiento por la actitud de Helene. Esta da una muestra última de que está al mando de su vida, y no está dispuesta a dejar que nadie tome decisiones por ella.

2.3. *Erdgeruch (Olor a tierra)* [Oat]

Es la más breve de las cuatro *Novellen* que componen el volumen, así como la más intimista e introspectiva. Algunos elementos la diferencian claramente del resto, sin embargo, se mantienen otros que forman parte del universo creativo de Lewald como la dicotomía entre la gran urbe y la pequeña ciudad de provincias, o el regreso a esta como un viaje al pasado y a una sociedad menos libre. El aspecto que llama más la atención es la elección de una figura masculina como personaje central. Al igual que los profesores Werther y Hausmann en las dos novelas previas, el protagonista es un erudito que en este caso imparte clases en la universidad de Berlín. El planteamiento argumental lo presenta en un viaje hacia Ámsterdam, una de cuyas estaciones intermedias es precisamente la pequeña ciudad de la que procede. Este es el marco de la brevísima historia: un paseo por las calles de su pasado y por su memoria durante las horas que lo separan de la llegada de su siguiente tren.

Aparte del marco espacial que el personaje va a ocupar transitoriamente, lo más relevante es el marco mental en el que de manera introspectiva él paseará por un tiempo que quedó atrás. Un colega le había dicho unos pocos días antes de partir: “¡Su verdadera patria es el mundo de la Antigüedad y no un pueblucho del norte de Alemania!” (Oat: 270). A pesar de que a priori considera que su visita no va estar cargada de sentimentalismo, inevitablemente el reencuentro con los viejos escenarios lo van a

sumergir en un viaje distinto al que él tenía previsto. La visión de la casa del abuelo con el que se crio trae consigo la conciencia de que nunca pudo conocer a sus padres, pues habían muerto siendo él muy pequeño. Este fallecimiento prematuro también aparece en *Momentos de gozo*, *Un año en la vida* y en *El libro del destino*, donde las dos figuras femeninas protagonistas, Helene y Ulrike, han estado a cargo de otros familiares ante la ausencia de sus padres.

La cuestión que ocupará la mayor parte de la excursión al pasado que hace el personaje protagonista es una historia de amor frustrada, cuyas referencias se extienden a lo largo y ancho de los distintos lugares de la ciudad. Él ya no es el mismo que cuando vivía allí, sin embargo, observa a una familia que conoce de antaño y que se mantiene exactamente igual que entonces. Como dice con ironía: “solo el perro había engordado” (Oat: 280), de modo que el lugar y sus gentes parecen estar congeladas en el tiempo, invariables con sus valores y rutinas.: “Había un patrón en esta ciudad respecto a cómo había de ser la persona correcta. ¡Ay de quien lo contraviniese!” (Oat: 282). Es la misma imagen que ofrece Ulrike Gade en *El libro del destino* de la ciudad donde está asentada la guarnición militar de su esposo. Lugares que permanecen al margen de la evolución y los cambios que se están produciendo en la gran ciudad, donde las dinámicas que rigen las relaciones sociales y el rol de hombre y mujer en la vida cotidiana se están transformando a toda velocidad.

Impelido por los modos de vida en la provincia, el protagonista pide matrimonio a su enamorada nada más terminar los estudios previos a la universidad; costumbre que en absoluto era excepcional en aquel entorno. Un compromiso que habría de hacerse efectivo cinco años después. Pero la respuesta es muy diferente a la que él habría esperado, pues ella tiene otro candidato a la vista: un dentista. La decepción le empuja a marcharse de la ciudad, y la muerte del abuelo dos años después representará el último motivo para acudir hasta allí.

Vagando por las calles que lo vieron crecer, acabará ante la casa de Linchen, la que entonces fue su amada, que siguió soltera después de que los planes con el dentista no salieran adelante. La observa sentada a una mesa, haciendo labores; para su sorpresa se la ve paciente y satisfecha: “No había sido contagiada por Ibsen

ni estaba echada a perder por Nietzsche” (Oat: 290). Al igual que la pequeña ciudad, la mujer se mantiene al margen de los cambios que han traído consigo los tiempos modernos. Tanto el teatro de Ibsen como la filosofía de Nietzsche tienen una influencia capital en los autores del Naturalismo, que manifiestan su conciencia de estar inmersos en *moderne Zeiten* (tiempos modernos). El nihilismo nietzschiano no ha corrompido a Linchen, no ha sacado de sus goznes las estructuras en las que la vida de la provincia se ha ido desenvolviendo desde siempre.

Ella sigue allí, pero él no es ni mucho menos la misma persona que pidió su mano. El sonido de la campana de la iglesia lo devuelve al presente, y le recuerda que ha de coger un tren para abandonar este lugar, previsiblemente para siempre. Ya en marcha se da cuenta de que no ha sido buena idea volver en pleno invierno, pues el gris del paisaje ha determinado su percepción de esta visita. Sin embargo, él decide llevar consigo “una floreciente imagen estival (...) del jardín de su juventud” (Oat: 295) con el que poder combatir los recuerdos menos gratos. Al final de la breve novela parece imponerse la idea de que va a ser capaz de dominar su propia memoria, dejando que prevalezcan ciertas imágenes sobre otras.

3. UNA NUEVA MUJER PARA UN MUNDO EN TRANSFORMACIÓN: *EL LIBRO DEL DESTINO* [Ldd]

Como ya se ha mencionado, la novela había sido publicada en 1900 antes de aparecer en un volumen agrupada con otras cuatro. *El libro del destino* recoge muchos de los temas que preocupan a la autora, y que caracterizan su literatura de los años del cambio de siglo. Entre las cuestiones más relevantes que aparecen compendiadas en ella: la emancipación de la mujer (vida independiente personal y laboralmente), el desarrollo de la identidad creadora, la dualidad entre la gran ciudad y la provincia como núcleos que posibilitan o impiden la libertad femenina, la oposición del hombre tradicional al nuevo rol femenino, la solidaridad entre las mujeres frente a un mundo que no está preparado para sus deseos, y la imposibilidad del matrimonio para las féminas que quieren mantener su vida creativa y laboral.

3.1. Argumento

Los hechos que se desarrollan en la novela son fáciles de resumir y su desenlace en cierto modo previsible. Se trata en esencia de una historia de amor que fracasa porque los implicados tienen maneras diferentes de entender el papel que ambos deben desempeñar en el entorno donde viven. Como es tan frecuente en la *Novelle*, hay un elemento simbólico que mantendrá su importancia a lo largo de toda la trama: el libro *Desdichas modernas*. Este, escrito por la protagonista, aparecerá en las primeras páginas, de manera imprevista y en contra de la voluntad de la autora, para acabar siendo a la postre el desencadenante de la ruptura.

Ulrike Gade es una mujer de acomodada posición económica que vive en Suiza de forma autónoma tras el fallecimiento de una pariente con la que ha compartido los últimos años. Mientras se encuentra pasando unos días en casa de la pintora Doris Katz, conoce al oficial prusiano Julian von Reifenstein, que se enamora inmediatamente de ella. Tras volver a su guarnición del norte de Alemania, este se decide a hacer todo lo posible por conquistar a la mujer, quien inicialmente se ha mostrado muy reacia a establecer una relación estable. De vuelta a casa, Julian se ha traído consigo un libro que le ha entregado Doris, con la excusa de que devolverlo sería una buena excusa para volver a visitarlas. El intento infructuoso de leer *Desdichas modernas* pone de manifiesto el rechazo del oficial por la literatura moderna y, consiguientemente, por los cambios que la nueva época propugna.

La autora de la obra es Ulrike, si bien la ha publicado con el seudónimo Ulrich Krieger. Cuando Julian le pide matrimonio, y a pesar de que expresa de manera explícita su rechazo por ese libro que le dejaron en préstamo, la joven considera que su dedicación a la escritura es algo pasado y no puede convertirse en un obstáculo para la que considera una relación idílica. La autoría se mantendrá en el anonimato casi hasta el final, cuando los hechos se precipiten a partir del inesperado éxito de ventas y de crítica que alcanzará la novela.

La vida en la pequeña ciudad cuya actividad transcurre en torno a la guarnición militar representa un obstáculo casi insalvable para Ulrike. Solo sus largos paseos matinales

consiguen distraerla un poco de la rutina y de modos de vida en los que no desea encajar. Se convierte transitoriamente en la esposa y anfitriona ideal, pero muy pronto es consciente de que su decisión de casarse ha sido un error. La rutina se verá en cierto modo interrumpida por la llegada de un pariente de su esposo, el conde Fritz Travers, un antiguo conocido de los salones berlineses. Este se da cuenta de inmediato de que la aparente armonía de la pareja no es más que fachada, y tratará de obligar a Ulrike a que hable con sinceridad de sus sentimientos.

Fritz revelará sus inquietudes literarias, consiguiendo que la señora von Reifenstein le dé su opinión sobre algunos de sus escritos, al menos hasta que Julian se lo prohíba. Este se mostrará en contra de que su esposa desarrolle cualquier actividad relacionada con la escritura, ni siquiera pequeñas e inofensivas colaboraciones en cualquiera de las abundantes revistas de la época. El conde Travers se irá mostrando cada vez más insistente, e intentará convencer a Ulrike de que desarrolle con libertad sus inquietudes. Él mismo se convierte en un admirador de las capacidades de la mujer, y se enamorará de ella.

Hay otra persona que ha estado desde el principio al tanto de la relación entre Julian y Ulrike; se trata de una anciana tía de aquel que pasa algunas épocas con la pareja. Es una mujer soltera, que ha recibido una educación en una institución religiosa, y que en principio encarna los valores más tradicionales de la sociedad alemana. Ella será una de las personas que leerá la novela *Desdichas modernas* una vez que esta se convierta en un fenómeno literario.

Cuando las investigaciones de la prensa berlinesa saquen a la luz la identidad de quien se oculta tras el seudónimo de la obra, los acontecimientos adoptarán un rumbo imposible de frenar. Ulrike entiende que su personalidad no puede renunciar a la actividad creadora, y le plantea a Julian que su relación ha sido un error, ya que las expectativas de cada uno son imposibles de conciliar. La tía manifiesta una posición comprensiva hacia la joven, admirada posiblemente por de la capacidad que tiene para la escritura y para desarrollar una vida más allá de los marcos que estaban establecidos para las mujeres.

Ulrike regresa a Suiza, asumiendo que su matrimonio está acabado. Hasta allí la seguirá el conde Travers, confiado aún en

poder conquistar a una mujer a la que admira profundamente, ya que él es un hijo de los nuevos tiempos y de la gran ciudad, y no tiene dificultad para aceptar la dedicación femenina a la literatura. Sin embargo, Ulrike no quiere saber ya nada de relaciones, y está decidida a recuperar a toda costa la existencia que llevaba antes de la aparición de Julian en su vida. Al fin y al cabo, se ha marchado hacia el sur con un fin claro:

Había superado la crisis, de nuevo era capaz de trabajar. Quería demostrarse a sí misma y al mundo que su forma de actuar había sido la correcta, que era capaz de crear algo, algo todavía mejor y más equilibrado que *Desdichas modernas*. Durante los primeros meses en Italia lo había dudado, se había sentido paralizada. El pacífico verano, las semanas tranquilas en el viejo Rapperswil le devolvieron sus facultades (Ldd: 122).

Así que al final de la historia las distintas piezas vuelven a ocupar su posición original. Julian en su guarnición militar, salvaguardando los valores de la sociedad guillermina; Ulrike, en su casa de Rapperswil, dispuesta a proseguir su labor de escritora, y disfrutando de la libertad que le concedía su estatus económico y de la soledad. Son quizás la tía y el conde quienes han ampliado su mirada más allá de los escenarios a los que estaban acostumbrados.

3.2. Los personajes

Como se acaba de exponer, los dos personajes centrales de la *Novelle* son Ulrike Gade, heredera que lleva una vida acomodada entre Suiza e Italia y que ha publicado una novela con seudónimo, y Julian von Reifenstein, un capitán del ejército prusiano que contraerá matrimonio con ella. Junto a estos, se encuentran las otras tres figuras que completan el cuadro de la novela: Doris Katz, excéntrica pintora amiga de Ulrike; una anciana tía de Julian y, por último, un primo de este: el conde Fritz Travers.

Es muy interesante el rol de las figuras accesorias, pues muestran unos matices que permiten comprender que, en aquellos momentos de transición social, cada uno se movía entre lo tradicional y las nuevas ideas que se estaban imponiendo, sin que fuera tan fácil reflejarse exclusivamente en uno de los mundos. A

este respecto, la anciana tía de Julian, a pesar de mantenerse siempre al lado de su sobrino, no muestra una posición de rechazo hacia la esposa de este, y su silencio da a entender cierta comprensión con la necesidad de Ulrike de escribir y mantener su propio espacio más allá del círculo de su esposo. Por otro lado, el aparentemente liberal Fritz, recién llegado de Berlín y acostumbrado a modos de vida más abiertos, animará insistentemente a Ulrike para que se dedique a la escritura y busque su propio camino, sin embargo, cuando esta rechaza tener una relación con él, el joven se revelará como un hombre que en el fondo representa el mismo rol de superioridad:

Me han dado calabazas, se dijo a sí mismo. ¡La primera vez! Pero he aprendido algo de ella. Las mujeres no solo piensan en coquetear. Hay excepciones... ¡por desgracia! (Ldd: 126).

Estas dos palabras que cierran la novela (el adverbio *leider* en alemán) son toda una declaración en boca del único hombre que ha manifestado a lo largo de todas las páginas previas que conoce a las mujeres de ese mundo moderno, y que lejos de censurarlas, las anima a persistir en su ansia por dedicarse a actividades que hasta hacía poco les habían estado vedadas. Sin embargo, esta actitud quedará en entredicho en cuanto no obtiene lo que espera a través de sus artes de seducción. Su “por desgracia” no es más que un lamento ante un mundo en el que el hombre de las clases acomodadas, moderno o tradicional, está perdiendo el control sobre las mujeres que lo rodean.

Hasta este momento final, las dos figuras masculinas, Julian y Fritz, habían aparecido como antitéticas respecto a su posición frente a la mujer. Con estas palabras había rechazado Julian cualquier interés literario de su esposa:

Ya sabes que detesto las inquietudes literarias de las mujeres, y en la mía no las deseo en absoluto. Que escriba Fritz novelas modernas, si le apetece, pero si esto tiene un efecto contagioso sobre ti, le voy a prohibir que vuelva a tocar el asunto en mi casa (Ldd: 85).

Por su parte, Fritz, como figura de transición, asume que la mujer pueda dedicarse a actividades que seguían sin ser generalmente aceptadas, al menos entre los sectores más conservadores, pero le sorprende y contraría asumir que a estas nuevas dedicaciones le es inherente una nueva actitud femenina en la sociedad. Esta implica la no dependencia del varón, por muy apuesto y versado en las artes del amor que sea este. A pesar de que al final de la obra, la postura de Fritz quedará en entredicho, este realiza antes un alegato emocionante sobre los derechos de las mujeres para defender ante Julian y la tía la novela de la que todo el mundo habla:

Yo sostengo que quien tiene talento, ha de escribir. Quien tiene el coraje de su convicción, tiene el derecho de colocarse frente a la multitud y decir: ¡Mirad!, ¡así es la vida! Así lo he visto yo con estos vigorosos ojos míos. Se trata de una cuestión seria, y uno se hiere los pies en mil piedras afiladas mientras camina por el mundo. ¿Por qué callar? ¿Por qué disimular lo que no es grato? Todo aquel que sabe hablar comete una injusticia si se mantiene en silencio. Nuestra época ha producido también buenos oradores entre las mujeres, ¿quién lo quiere negar? El talento lo disculpa todo, y si un libro de una mujer es demasiado masculino, esto escandaliza a las mentes estrechas, pero a las elevadas las deja indemnes. Las obras han de ser juzgadas por sí mismas; no importa quién sea el autor. Si ha creado algo completo, es que es una persona completa. Estas *Desdichas modernas* pertenecen a un espíritu fuerte, eso se percibe en cada página, y sienta muy bien en estos tiempos difíciles (Ldd: 98-99).

En el caso de Doris Katz, aunque lleva una vida bohemia y centrada en la pintura, su acción será determinante en los primeros momentos de acercamiento entre Ulrike y Julian. Por un lado, le dirá a su amiga que prevé que ambos acabarán casados y, por otro, es ella quien hace entrega a Julian del libro, introduciendo así en escena el elemento de discrepancia que va a determinar el modo en que se desarrollen los acontecimientos. La pintora reconoce el valor literario de la obra, pero muestra reservas sobre la oportunidad de afrontar semejante empresa por parte de su amiga:

Siempre te he dicho que es una obra excelente; quizá puede aportar también beneficios gracias a sus buenas intenciones, sin embargo, no te correspondía escribirlo a ti. Eres muy joven y muy bella para hacerlo, y aún no has terminado con los asuntos amorosos. En esta fase una no debe traer libros al mundo que sean demasiado mordaces (Ldd: 49).

Será sobre Doris sobre quien Julian proyectará su rechazo por una manera de vivir con la que está en desacuerdo; asimismo es a ella a la que relaciona con una literatura que detesta: “El hecho de que poseyera semejantes libros la hizo bajar en su estima” (Ldd: 54). Esta aversión por la pintora, queda clara cuando prohíbe que esta acuda hasta su lejana ciudad de provincias a visitarlos.

Doris representa el prototipo de mujer al margen de las limitaciones que mantiene la sociedad. Su peculiar aspecto²⁰ parece incapacitarla para despertar el interés de los hombres, así que no se le plantea una lucha entre la vida familiar convencional y el desarrollo de su libertad personal y creativa. Sin embargo, como se ha puesto de manifiesto, no es una persona que trate de hacer proselitismo y convencer a su amiga de mantener una vida fuera de los marcos convencionales. Todo lo contrario.

La tía soltera de Julian, que a priori debería aparecer como la mayor salvaguarda de la tradición, experimenta también cierta transformación una vez que es confrontada con algunos aspectos de la nueva realidad. Parece darse a entender que, a pesar de su educación, el hecho de que sea en cierto modo una mujer que ha permanecido al margen de la convencional formación de una familia y su indiscutible capacidad intelectual, la colocan en una posición proclive a entender al menos los cambios. Este personaje tiene el casi imposible afán de mostrarse comprensiva con las dos partes de la pareja en crisis:

¿Sabes? – comenzó la anciana dama con una repentina resolución –, este libro, *Desdichas modernas*, me ha dado mucho que pensar, me ha impresionado, y me ha hecho darme cuenta de muchas cosas que también yo veía a veces poco claras –. Miró a Ulrike con preocupación – ¡Perdóname! Yo no quiero

²⁰ “Doris Katz, un ser ajado, muy feo, que poseía no obstante un tipo de fealdad genial, gracias a la que en modo alguno resultaba desagradable” (Ldd: 46).

inmiscuirme en tus asuntos, pero, querida Ulrike, si te vieras inmersa en problemas, puedes contar conmigo. Naturalmente solo en la medida en que eso sea compatible con mi amor por Julian (Ldd: 111).

Desdichas modernas es para Julian un ejemplo deleznable de la literatura moderna que él detesta, sin embargo, a la tía la ha ayudado a reflexionar sobre cuestiones problemáticas. Es una anciana formada en los valores más inflexibles de la sociedad decimonónica, sin embargo, quizás por tratarse de una mujer, es capaz de asumir una perspectiva novedosa para juzgar lo que está ocurriendo a su alrededor. Pero más allá de sus capacidades, la tía considera que los acontecimientos han alcanzado un estadio tan complejo, que solo es posible mantener el secreto respecto a la autoría con el fin de preservar la pareja:

Yo misma no he vivido mucho, pero sé que las cosas que parecen más simples son a menudo las más complicadas. No me gusta juzgar. Nadie puede cambiar lo que ya ha ocurrido. Pero ahora Julian no puede enterarse, ahora ya no... (Ldd: 112).

Incluso está dispuesta a asegurar que es ella la autora de la novela, pero los acontecimientos han llegado demasiado lejos y no hay posibilidad de detener el inminente desastre.

3.3. Julian von Reifenstein y Ulrike Gade: el amor imposible

Las figuras de los dos protagonistas divergen en muchos sentidos; uno de los más importantes es su posición en el tiempo que les ha tocado vivir. Julian no muestra ninguna hendidura en su visión de la realidad, mientras que la naturaleza de Ulrike se define precisamente por sus incertidumbres. A pesar de todo, ambos creen que una mujer es capaz de cambiar y adaptarse a una vida que le ofrece todas las ventajas sociales del matrimonio burgués. Se pondrá de manifiesto que, en este caso concreto, los dos están equivocados.

Julian, como corresponde a un brillante militar²¹, hace todo tipo de pesquisas sobre Ulrike antes de decidirse al asalto final y proponerle matrimonio. Averigua todos los detalles de su familia y de su vida pasada para que no quepa ninguna duda de que ella está a la altura de su linaje. Una vez que esta lo acepta, asumirá por completo las riendas de la vida de su futura esposa, de modo que la hace ingresar en una institución religiosa para jóvenes solteras de alta posición social. Allí mismo se celebrará el matrimonio. Esta petición de mano fue el primer acto impulsivo de Julian en toda su vida, quizá esto fuera un motivo determinante para su futuro fracaso.

Una vez que surgen las primeras disputas por los impedimentos que pone Julian a que su esposa se desplace a supervisar unas obras a Rapperswil y a que los visite Doris Katz, este sigue sin perder la compostura:

Él le echó una larga perorata sin perder las formas ni un instante, sin adoptar en ningún caso un tono violento. Le dijo que las discusiones eran algo muy desagradable y muy poco femenino, y que las mujeres de su familia se habían andado siempre con cuidado en lo que atañía a los arrebatos impetuosos. Ella tendría que esmerarse por parecerse a ellas (Ldd: 78).

²¹ La actividad profesional de Julian no es un aspecto intrascendente, pues el estamento militar goza de un prestigio inusitado en la sociedad alemana del cambio de siglo. Debe recordarse que la reciente unificación del país que había tenido lugar en 1871 había sido consecuencia última de la victoria en tres guerras (las denominadas *Einigungskriege* que tuvieron lugar en 1864, 1866 y 1870-1). La admiración por esta institución del Reich se ve además amplificada por el militarismo que caracteriza el reinado de Guillermo II entre 1888 y 1918, especialmente a partir de la desaparición de escena del Canciller Bismarck. La admiración acrítica por los militares y sus acciones forma parte de la sociedad del cambio de siglo, y se manifiesta en diversos aspectos de la vida cotidiana: desde las celebraciones escolares a las *Kriegsvereine*. Estas asociaciones fueron producto del ambiente, contribuyendo a su vez al afianzamiento y difusión del militarismo. En tanto en cuanto Julian es un oficial del ejército alemán, encarna a priori los valores de la sociedad guillermiana como ningún otro. Asimismo, su figura apuesta y sus modales adquieren una relevancia particular dentro del uniforme militar. Esto permite entender que Ulrike difícilmente pudiera resistirse a sus encantos, por mucho que inicialmente mostrara sus reservas con contundencia.

Su actitud será determinante para el modo en que se van a desarrollar los acontecimientos. En ningún caso quiere ir al fondo del asunto, sino que simplemente exige que la paz reine en su hogar, ya que discutir no es propio de las mujeres de su clase. Una posición decidida adoptará también Julian en lo que respecta a la posibilidad de que su esposa preste atención a sus inquietudes literarias:

Efectivamente, Fritz te ha contagiado. Por supuesto que tengo algo en contra. Debes ocuparte del hogar, del regimiento. Ya de por sí no me parece bien que te muestres tan reservada con las otras mujeres. Me consta que se habla de ello. Es mejor que vuelques tus inquietudes en las obligaciones. ¡No entiendo cómo se te ocurre de repente pensar en la escritura! (Ldd: 85).

Efectivamente, Julian “no entiende” a Ulrike, y eso podría resumir la relación que se ha establecido entre ellos. El militar no es capaz de comprender que hay una nueva sociedad que está desarrollándose a pasos agigantados más allá del universo petrificado en el que se ha desenvuelto su vida. Quizá la frase que pone esto más claramente de manifiesto sea la que le dirige cuando acaba de descubrir su secreto: “Te pido perdón, Ulrike, por haberte tomado entonces por una mujer; ahora me parece que en el fondo no eres más que una escritora” (Ldd: 117). La mujer que encontró por azar en el verano meridional de Europa no es capaz de encajar entre las otras mujeres del regimiento. Es ajena para ellas del mismo modo que ella las percibe como seres caducos, aburridos e intrascendentes²².

Ulrike, por su parte, dedicará gran parte de su energía a convencerse de las bondades de la nueva vida que inesperadamente

²² La respuesta que Ulrike da a su esposo respecto a sus demandas para que se centre en sus obligaciones, como las otras mujeres de la ciudad, deja muy clara cuál es su percepción de las cosas: “Que Dios me libre de caer tan bajo para coger el horno o la caja de pinturas, y dedicarme a esos quehaceres sin ningún talento. Perdona, pero a lo largo de mis viajes he adquirido un concepto del arte demasiado elevado como para que me pueda sentir satisfecha pintando violetas en cajas de puros o grabando molinos de viento en sacabotas. Y encima haciéndolo tan mal como esas pobres muchachas” (Ldd: 86).

se ha presentado ante ella. Asume que todo ha de estar supeditado al amor, que este bien abstracto merece cualquier sacrificio:

¿Qué representa un libro hoy en día? Un grano de arena en el desierto, una gota en la enorme ola bibliográfica que inunda anualmente el mercado y de la que después no queda nada. Había aparecido hacía medio año, y ningún crítico le había prestado atención. Probablemente nadie se iba a fijar nunca en él. No tenía sentido echar a perder la alegría de aquel a quien amaba con una pequeñez semejante. Nunca le había resultado tan indiferente el libro como ahora. Ya había pasado el momento feliz en el que recibió su primer ejemplar en medio de la primavera romana, y lo contempló con orgullo y éxtasis (Ldd: 67).

Solo subestimando la importancia de su capacidad creadora y de la literatura en su conjunto, había encontrado la fuerza suficiente para tomar la decisión. Sin embargo, no le hará falta mucho tiempo para darse cuenta del error, así como de la imposibilidad de que su situación pueda cambiar:

Sí, su matrimonio había sido un error, eso lo tenía claro hace mucho. Las mujeres como ella, esa era su opinión, no encajaban en ningún matrimonio, al menos en ninguno con un hombre tan manifiestamente de la vieja escuela que si bien poseía todas las virtudes del *vieux jeu*, también llevaba consigo todos los defectos (Ldd: 77).

Sus movimientos a lo largo de la novela están determinados por la tensión entre la tradición y la modernidad²³. En función de que salga triunfante de ese enfrentamiento, Ulrike adoptará una decisión u otra. Pasa de decirse a sí misma constantemente que está enamorada de Julian a asumir un día que se estaba engañando (Ldd: 77). Esto trae consigo la primera discusión ya en el primer año de convivencia, y aunque posteriormente evitará las

²³ La protagonista manifiesta explícitamente su conciencia de pertenecer a un nuevo tiempo: “ella pertenecía a una clase nueva y extraordinaria que había sido creada por los nuevos tiempos, una de las personas rudas e intrépidas que poseían una energía masculina y, sin embargo, en su encantadora apariencia resultan peligrosas por su feminidad, su elegancia y su belleza a la gente sin conocimiento de la naturaleza humana” (Ldd: 90).

situaciones de tensión, ya no hay nada que cambie su nueva manera de entender su relación.

Para la joven señora Reifenstein, el hombre con el que se casó por amor se ha transformado en una persona diferente. El Julian que apareció frente a ella en las estribaciones de los Alpes no es el mismo que acude cada día a cumplir sus obligaciones con el regimiento. Un ciudadano ejemplar, un ciudadano supeditado permanentemente a sus deberes como corresponde al ideal de la sociedad prusiana:

Desde luego lo seguiría amando, si él hubiera seguido siendo como cuando apareció en las montañas: un hombre serio, caballeroso y cordial. Entonces, con la luz crepuscular de Rapperswil, en el momento en que con tanta gallardía y rapidez tomó las riendas de la suerte de ambos. Pero él formaba parte de aquellos que dependen por completo del entorno correspondiente, que son capaces por una vez de sentir con más libertad y rapidez, pero que, de vuelta a casa, a las obligaciones habituales, son invadidos de nuevo por la anterior estrechez de miras, por la antigua pedantería. Y él no deseaba volver a desprenderse de las imposiciones del terruño. ¡Se encontraba al lado del comandante! Ante una perspectiva tan fascinante los deseos de su esposa habían de pasar de momento a un segundo plano (Ldd: 89).

Se pone de nuevo de manifiesto la ya mencionada dicotomía presente en la obra de Lewald entre la gran ciudad y la provincia, entre el sur y el norte de Europa. Las primeras representan un ecosistema apropiado para el desarrollo de las libertades individuales, también las de las mujeres; sin embargo, los otros entornos perpetúan los férreos valores tradicionales que corresponden a una sociedad que se encuentra en decadencia, pero que se oculta bajo una falsa apariencia de triunfo que se revelará impostado con el estallido de la Gran Guerra.

Ulrike insistirá repetidamente en la idea de que todo ha sido un error, pero no hace culpable a su esposo de las desavenencias, sino que asume que ella misma se embarcó en la relación con unas perspectivas que no se correspondían con la realidad. Incluso en el momento de mayor tensión, cuando Julian acaba de enterarse de quién es la autora de *Desdichas modernas*, su esposa evita

hacer reproches que lo conviertan únicamente a él en responsable de la imposible convivencia:

¡Pero creías que me amabas, no lo olvides! Y yo también creía que te amaba. Sí, Julian, y este amor por ti ha sacrificado toda mi personalidad, todos mis anhelos y mi talento. Intenté ser otra persona, la mujer que tu deseabas, y esto me hizo desgraciada. ¡No puedo vivir sin libertad! Procedemos de mundos diversos, y tú, que has seguido siempre la senda llana, prescrita, la que te ha dictado tu deber tal como tú lo entiendes, tú nunca podrás valorarme debidamente. Olvidas permanentemente que mi vida ha sido más difícil, más enmarañada que la tuya, que he estado mucho más por ahí en el ajetreo, y me he convertido en alguien muy diferente a quienes te rodean. Me has amputado toda la libertad intelectual, y dado que no tengo capacidad para ser esclava, solo puedo decir: Está bien que hayamos llegado a este punto, y que lo sepas todo (Ldd: 115-116).

Ese es el punto de no retorno. La separación se revela como inevitable, como la única forma de que ambos puedan recuperar la paz que sus vidas tenían antes de encontrarse²⁴.

En lo que respecta a la relación de Travers y Ulrike, este será para ella más que un catalizador de la ruptura, ya que en ningún momento pone de manifiesto el menor interés sexual por él. Parece que ha aprendido la lección, y que no está dispuesta a sustituir a su esposo por él, ni a establecer una nueva relación con Travers una vez que abandona el hogar familiar²⁵. El conde lleva

²⁴ En palabras de Ulrike: “Te voy a poner las cosas fáciles. Me voy de viaje por algún tiempo, ahora no me vas impedir las vacaciones. Lo demás se irá resolviendo cuando estemos más tranquilos, se irá resolviendo de la forma en que tú lo quieras. Ahora podríamos decirnos muchas cosas que sin duda nos producirían más amargura. Otras personas se desahogan vociferando. Tú eres demasiado cortés para eso, Julian, y yo tampoco, yo tampoco podría. Ambos hemos cometido un error y lo reconocemos. Los dos somos demasiado amables para seguirnos torturando como esclavos en galeras” (Ldd: 116).

²⁵ Esta es la contundente respuesta de una Ulrike ya separada de su esposo a las demandas del conde Travers: “Conde Fritz, en su desespero le queda poca comprensión para una personalidad como la mía. No se imagina en absoluto lo que representó principalmente aquella terrible catástrofe para mí. ¡Usted siempre está pensando en novelas y coqueteo! Cuando recuperé mi libertad, lo hice con todas las consecuencias, y con el fin de no volverme nunca a

consigo cierta pasión a la apática vida de provincias: la conversación animada sobre literatura a un entorno en el que las mujeres solo debían ocuparse de los bordados y la cerámica. Ulrike lo ve como un objeto curioso, pero en ningún caso como un sujeto que vaya a empujarla fuera de los goznes de su infelicidad²⁶. Queda claro que, con o sin Travers, la joven habría sido incapaz de aguantar mucho más tiempo su melancolía y ansia de libertad.

Del mismo modo que el conde, el éxito sobrevenido de la novela va a actuar como un recordatorio de que hay un mundo más allá de la monótona ciudad y de la labor de ama de casa y esposa perfecta. En este caso sí se plantea la duda de cómo se habrían desarrollado los acontecimientos sin que *Desdichas modernas* hubiera alcanzado tanto eco y, sobre todo, sin que hubiera quedado al descubierto quién se ocultaba tras el seudónimo masculino. En cualquier caso, será el éxito literario, o sea, la actividad creadora de Ulrike, lo que la empujará a reconducir su vida. No es un hombre quien la puede sacar de su amargura, es el arte.

comprometer. Julian puede pensar lo que quiera. Si encontrase a una mujer que fuera como yo no fui capaz de ser, le allanaría encantada el camino hacia ella. En cambio, para mí ese camino está cerrado. He terminado con el amor tras haberme equivocado en una ocasión. Si me necesita como crítico de sus novelas, entonces bien, pero como objeto de su pasión, ¡no! He puesto punto final a mi vida anterior. Estoy a salvo de nuevos errores...” (Ldd: 124).

²⁶ A este respecto: “Si acaso tarde o temprano tenía que terminar su relación con Julian, esto no debía suceder a causa de Travers. No quería romper una relación que había iniciado henchida de amor a causa de un amorío, de habladerías, como ocurría miles de veces en las novelas y en la vida real” (Ldd: 93).

4. BIBLIOGRAFÍA

- Becker, S. (2003). *Literatur und Kultur im bürgerlichen Zeitalter 1848-1900*. Tübingen und Basel: A. Francke Verlag.
- Berghahn, V. (2003). *Das Kaiserreich 1871-1914. Industriegesellschaft, bürgerliche Kultur und autoritärer Staat*. Stuttgart, Alemania: Klett-Cotta.
- Berghoff, H. (2008). Adel und Industriekapitalismus im Deutschen Kaiserreich – Abstoßungskräften und Annäherungstendenzen zweier Lebenswelten. En H. Reif (Ed.), *Adel und Bürgertum in Deutschland* (pp. 233-271). Berlín: Akademie Verlag.
- Bland, C. & Müller-Adams, E. (eds.) (2007). *Frauen in der literarischen Öffentlichkeit 1780-1918*. Bielefeld: Aisthesis Verlag.
- Brinker-Gabler, G. (1988). Perspektiven des Übergangs. Weibliches Bewußtsein und frühe Moderne. En G. Brinker-Gabler, *Deutsche Literatur von Frauen. 19. und 20. Jahrhundert*. Zweiter Band (pp. 169-204). München: C. H. Beck.
- Brinker-Gabler, G. (2000). Weiblichkeit und Moderne. En Y. Mix (ed.), *Naturalismus, Fin de siècle, Expressionismus 1890-1918* (pp. 243-256). München: Carl Hanser Verlag.
- Bussemer, H. (1985). *Frauenemanzipation und männliches Bildungsbürgertum. Sozialgeschichte der Frauenbewegung in der Reichsgründungszeit*. Weinheim: Beltz.
- Dauphin, C. (1993). Mujeres solas. En AA.VV., *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo IV (pp. 436-453). Madrid: Taurus.
- Dehning, S. (2000). *Tanz der Feder. Künstlerische Produktivität in Romanen von Autorinnen um 1900*. Würzburg: Königshausen & Neumann.
- Dieth, C. (1998). *Towards Emancipation. German Women Writers of the Nineteenth Century*. New York/Oxford: Berghahn Books.
- Doerry, M. (1986). *Übergangsmenschen. Die Mentalität der Wilhelminer und die Krise des Kaiserreichs*. Weinheim: Juventa-Verlag.

- Dollard, C. (2009). *The Surplus Woman: Unmarried in Imperial Germany, 1871-1918*. New York: Berghahn Books.
- Eggert, H; Schütz, E.; Sprengel, P. (1995). *Faszination des Organischen: Konjunkturen einer Kategorie der Moderne*. Múnich: Iudicium-Verlag.
- Fähnders, W. (1998). *Avantgarde und Moderne 1890-1933*. Weimar: Metzler.
- Feinberg, M. (2012). Sexuality, Morality, and Single Women in Fin-de-Siècle Central Europe. *Journal of Women's History*. 24 (3), 173-181.
- Gerhard, U. (2009). *Frauenbewegung und Feminismus. Eine Geschichte seit 1789*. Múnich: C. H. Beck.
- Greven-Aschoff, B. (1981). *Die bürgerliche Frauenbewegung in Deutschland 1894-1933*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Günther, S. (2007). *Weiblichkeitsentwürfe des Fin de Siècle*. Bonn: Bouvier Verlag.
- Hacker, L. (2007). *Schreibende Frauen um 1900. Rollen – Bilder – Gesten*. Berlín: LIT VERLAG.
- Hahn, B. (1991). *Unter falschen Namen. Von der schwierigen Autorschaft der Frauen*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Häntzschel, G. (1988). Für „fromme, reine und stille Seelen“. Literarischer Markt und ‚weibliche‘ Kultur im 19. Jahrhundert. En G. Brinkler-Gabler, *Deutsche Literatur von Frauen. 19. und 20. Jahrhundert*. Zweiter Band (pp. 119-128). Múnich: C. H. Beck.
- Hempel, D. (Ed.) (2010). *Literatur und bürgerliche Frauenbewegung im Kaiserreich und in der Weimarer Republik. Forschungsberichte und Studien*. <http://publikationen.ub.uni-frankfurt.de/frontdoor/index/index/docId/20370> [Fecha de consulta: 20/07/2019]
- Heydebrand, R. & Winko, S. (1995). Arbeit am Kanon. Geschlechterdifferenz in der Rezeption und Wertung von Literatur. En H. Bussmann & R. Hof, *Genus. Zur Geschlechterdifferenz in der Kulturwissenschaften* (pp. 206-261). Stuttgart: Alfred Kröner Verlag.
- Holdenried, M. (ed.) (1995). *Geschriebenes Leben: Autobiographik von Frauen*. Berlín: Erich Schmidt.
- Ibsen, H. (1998) [1879]. *Casa de muñecas*, Madrid, España: Alba.

- Käppeli, A. (1993). Escenarios del feminismo. En AA. VV., *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo IV (pp. 497-531). Madrid: Taurus.
- Kord, S. (1996). *Sich einen Namen machen. Anonymität und weibliche Autorschaft 1700-1900*. Stuttgart: Metzler.
- Korte, H. (2011). Entwicklungen in Deutschland um die Jahrhundertwende. En H. Korte, *Einführung in die Geschichte der Soziologie* (pp. 77-95). Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- Lewald, E. [pseudónimo Emil Roland] (1897). *Kinder der Zeit. Novellen*. Berlín, Alemania: F. Fontane & Co.
- Lewald, E. [pseudónimo Emil Roland] (1904). *Das Schicksalsbuch und andere Novellen*. Berlín, Alemania: F. Fontane & Co.
- Marchand, S. & Lindenfeld, D. (eds.) (2004). *Germany at the Fin de Siècle: Culture, Politics and Ideas*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Martín Martín, J. M. (2019). Emmi Lewald: cambios culturales del *fin de siècle* en la obra *Kinder der Zeit*. En J. M. Martín Martín (coord.), *Escritoras en lengua alemana. Renovación del canon literario* (pp. 77-87). Granada: Comares.
- Martín Martín, J. M. (2019). La imagen de la escritura y los conflictos femeninos en la obra de Emmi Lewald. En M. V. Hernández Álvarez (coord.^a), *Escritoras de la Modernidad (1880-1920). La transformación del canon* (pp. 113-121). Granada: Comares.
- Matysik, T. (2008). *Reforming the Moral Subject: Ethics and Sexuality in Central Europe, 1890-1930*. Ithaca: Cornell University Press.
- May, Y. (2012). *Literarische Grundbegriffe*. Stuttgart: Reclam.
- Michaud, S. (1993). Idolatrías: representaciones artísticas y literarias. En AA. VV., *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo IV (pp. 135-181). Madrid: Taurus.
- Mix, Y. (ed.) (2000). *Naturalismus, Fin de siècle, Expressionismus 1890-1918*. Múnich: Carl Hanser Verlag.
- Müller, S. & Torp, C. (eds.) (2009). *Das deutsche Kaiserreich in der Kontroverse*. Göttingen, Alemania: Vandenhoeck und Ruprecht Verlag.

- Radkau, J. (1994). Die wilhelminische Ära als nervöses Zeitalter. *Geschichte und Gesellschaft*, 20 (H.2), Sozialgeschichtliche Probleme des Kaiserreichs, 211-241.
- Schaser, A. (2006): *Frauenbewegung in Deutschland 1848-1933*. Darmstadt: WBG.
- Sprengel, P. (1998). *Geschichte der deutschsprachigen Literatur 1870-1900. Von der Reichsgründung bis zur Jahrhundertwende*. München: C. H. Beck.
- Steinberg, R. (2015). *Die Schriftstellerin Emmi Lewald (1866-1946). Weibliche Autorschaft, Zeitgeist und Literaturmarkt*, Colonia, Alemania: Böhlau Verlag.
- Stürmer, M. (2004). *Das ruhelose Reich. Deutschland 1866-1918*. München: Bassermann.
- Tebben, K. (1999). Der weibliche Blick auf das Fin de siècle. Schriftstellerinnen zwischen Naturalismus und Expressionismus: Zur Einleitung. En K. Tebben (Ed.), *Deutschsprachige Schriftstellerinnen des Fin de siècle* (pp. 1-47). Darmstadt, Alemania: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Wedel, G. (1988). Rekonstruktionen des eigenen Lebens. Autobiographien von Frauen im 19. Jahrhundert. En G. Brinkler-Gabler, *Deutsche Literatur von Frauen. 19. und 20. Jahrhundert*. Zweiter Band (p. 154-165). München: C. H. Beck.
- Wehler, H. (2007). *Deutsche Gesellschaftsgeschichte. Bd. 3. Von der 'Deutschen Doppelrevolution' bis zum Beginn des Ersten Weltkrieges 1849-1914*. München: C. H. Beck.

II

EL LIBRO DEL DESTINO
EMIL ROLAND (EMMI LEWALD)

La luz de la luna llena pendía sobre las montañas como un delicado cortinaje de plata. De entre la niebla blanquecina emergían las siluetas de algunos árboles en forma de contornos inmóviles, y señalaban el estrecho sendero alpino que serpenteaba desde las alturas hacia abajo. Sobre la peña más alta que se veía crecían paredes y terrazas, perfiladas en la oscuridad sobre el cielo por el resplandor de la luz eléctrica. Se trataba del Hotel del Monte Generoso, al que subía chirriando el tren de cremallera a través de túneles y bosques caducifolios, añadiendo un sonido estridente a los cencerros de las praderas de los Alpes. Ahora imperaba, no obstante, el silencio solemne de la noche estival, en la que no se percibía nada más que el misterioso susurro de los árboles y unas pisadas vigorosas.

Julian experimentaba toda la felicidad del momento. Desde que comenzara su viaje hacia el sur, el primero de su vida, se asombraba repetidamente ante la prodigiosa belleza circundante. Si bien había soñado con ella en su guarnición del este, no se había hecho una idea precisa. Desde hacía tiempo había sentido una intensa inclinación a viajar, sin embargo, no había podido sucumbir a ella: en primer lugar, a causa de la enfermedad de su madre y, en segundo lugar, porque no le gustaba dejar sola a su compañía. Era capitán desde hacía algunos años, y aunque no se contaba entre los más ambiciosos, sí consideraba que el ser humano tiene que cumplir con su deber en primera línea. Esta había sido la costumbre desde tiempos inmemoriales en la familia de la que procedía. Pero cuando murió su madre, y la vida sin ella le hacía la pequeña ciudad aún más melancólica de lo que ya de por sí era, su coronel le concedió inesperadamente unas vacaciones de larga duración. Su benefactor notó que necesitaba un cambio de aires.

¡Cómo estaba disfrutando ese viaje, un trago completo de la copa del sur! A la monótona tela de su vida por fin llegaban estampados coloridos y alegres. Hasta entonces había encontrado el mundo soportable, ahora le parecía hermoso, ¡maravilloso!

Al dar la curva fue a parar a la oscuridad profunda del bosque. Se perdió algunas veces por los caminos pedregosos. Llegó a praderas cuyo verde vibraba lleno de vida a la luz de la luna, vio aparecer lejanías brumosas: la vasta llanura de la Lombardía situada en un lugar de ensueño. Luego otra vez la maleza, y por fin una luz acogedora que seducía con su brillo a través de las ramas. Eso era lo que estaba buscando, el Hotel Pasta, donde tenía pensado pasar la noche. Se hallaba en la orilla del bosque como un enorme cajón cuadrangular. La música resonaba desde las ventanas. En torno a las contraventanas verdes cantaba el viento fresco de altura.

Un aire cálido y confortable sopló sobre él desde el vestíbulo. Su equipaje, que había enviado ya por la mañana desde la estación de tren, se encontraba puntual en la habitación. Le encantaba que todo estuviera como debía, se sentía muy satisfecho, y subió al comedor después de asearse. Un ruidoso grupo de milaneses estaba sentado en las mesas. Se sintió un poco perdido en el estruendoso círculo, entre los desconocidos sonidos de un idioma del que ni el más básico chapurreo le era familiar.

Entonces a Julian le ocurrió algo extraño, al menos algo que nunca le había sucedido antes. Un rostro femenino que se encontraba frente a él lo sorprendió de repente, hasta tal punto que olvidó sus habituales modales y se quedó durante minutos con la mirada ausente. La dama no estaba haciendo nada especial, pues simplemente pelaba una naranja y mantenía los parpados caídos; en ese momento no parecía interesarse por otra cosa que por la fruta... Él sintió cómo le ascendía un lento sonrojo hasta la raíz del cabello. De pronto no sabía lo que le estaba pasando. Le daba la impresión de que se había salido del marco que había rodeado su existencia hasta entonces, como si el Hada del Sur le hubiera colocado sus manos de lirio sobre los hombros diciendo: Tú has venido a mis dominios, así que ahora voy a liberar las alas de tu alma.

Hacía años que no se sentía tan joven como en ese momento. La hermosa noche de luna por la que había caminado resultaba ahora como un prelude. Con este rostro salía por fin la heroína al escenario... Tras comerse la naranja, se levantó, lo miro fugazmente y desapareció en la terraza. Él no se atrevió a seguirla. No había hecho nunca algo semejante, ni siquiera como teniente.

Tampoco se atrevió a preguntarle al metre, pues eso le resultaba demasiado trivial... Sin embargo, lo embargó la intensa conciencia de que las vacaciones tocaban a su fin, de que no le quedaba ni un día para observar por segunda vez aquel rostro seductor al otro lado de la mesa de huéspedes²⁷.

Durante toda su juventud se había mantenido bastante al margen de los asuntos de faldas. Nunca había sido un *homme à femmes*, y si bien se había planteado frecuentemente el matrimonio, siempre había faltado en el último momento la chispa definitiva. Hoy algo golpeaba su alma. Un calor desconocido la hacía temblar. Durante toda la noche lo rondaron sueños intensos, allí arriba, en el hotel solitario rodeado por el viento de las montañas. ¡Qué pena que tuviera que partir! ¡Pero tenía que hacerlo! Prolongar las vacaciones habría resultado impensable con su devoción al deber.

Sus vacaciones y la validez de su billete se agotaban inevitablemente.

* * *

Por la mañana se despertó más sosegado. Las cosas se habían desarrollado como siempre: lo que le había parecido una llama potente, no resultó al final más que una emoción fugaz. No era un hombre de sensaciones duraderas, apenas le interesaba volver a encontrar a la dama del día anterior. – ¡A saber si sería tan hermosa de día como la víspera por la noche! – Y no quería perderse ese recuerdo tan bonito.

A primera hora de la mañana se encontraba en la pequeña estación listo para partir. El fresco olor del bosque lo rodeaba y le hacía difícil la despedida. Esta era la última subida que había hecho en el viaje; a partir de ahora proseguiría de nuevo valle abajo hacia el norte en dirección a su pequeña y aburrida ciudad. Allí docenas de chimeneas sin gracia echaban humo y madres de

²⁷ En original alemán se utiliza el término francés *Table d'hôte*, en referencia a una mesa de huéspedes donde se sirve un menú de precio fijo, sin que exista la posibilidad de escoger. (N. Del T.)

sólidos pareceres les ofrecían sin recato sus hijas a los oficiales de buena reputación.

No pudo evitar un suspiro. En ese instante salió repentinamente del bosque la dama del día anterior con un ramo de flores en la mano, anémonas y orquídeas de montaña, como las que crecían de forma exuberante en el Monte Generoso. Le dio la impresión de que de entre los matorrales estaba brotando la plenitud de la vida encarnada en una figura próspera. Le atravesó un sentimiento de felicidad, una de esas sacudidas eléctricas que casi nadie puede esquivar.

Chirrió el tren de cremallera a través del arco de rocas. El gentío apresurado lo empujó hacia delante. El reencuentro lo hizo sentirse más osado y se sentó junto a ella. De modo que bajaron el valle en silencio, mientras a su alrededor los bosques caducifolios resplandecían con el brillo del sol, y los lagos luminosos saludaban desde la llanura.

- Pensaba que se quedaría más tiempo arriba, Fräulein Gade – dijo de repente una voz detrás de Julian.

Su vecina se giró, moviéndose casi sobre sus hombros.

- Voy a regresar – dijo –, sí, estaré aquí de nuevo cuando usted ya se encuentre en Bruselas. Hoy simplemente voy al valle para llevarle estas flores a Doris Katz; las necesita para su nuevo cuadro y estas variedades no se dan en Gandria.

- ¿Qué es Gandria?

- Es el Romanticismo en la forma más auténtica que se pueda imaginar – replicó Fräulein Gade –, un pequeño pueblito junto al lago Lugano, una mezcla de humildes cabañas y viñas muy fecundas, un Eldorado para soñadores de todo tipo y para pintores en particular. Por eso, desde hace poco mi amiga ha instalado su taller allí.

- ¡Qué afortunada es usted! – lamentó la otra -. Yo apenas dispongo de cuatro semanas para viajar, mientras que usted es libre como el pájaro en el viento. ¡Dichosa juventud!

Fräulein Gade pasó las manos por el ramo y añadió sonriendo:

- Sí, sé disfrutar de la vida.

De repente sintió la mirada fija de su vecino, que había estado escuchando con atención. Alzó los ojos para mirarle la frente con desaprobación, sin embargo, la censura se quedó en un amago. A Julian le beneficiaba ser un *bel homme*, así que Fräulein Gade

acogió su mirada entrometida con una sonrisa indulgente y calló. La bruselense se lamentó:

- El arte de vivir es el más excelso. Muchos gozan de gran fortuna en el mundo y no lo saben valorar.

- Y a otros muchos las cosas les van mal y a pesar de ello lo pasan bien – prosiguió Fräulein Gade –, es una cuestión de temperamento. Por ejemplo, Doris Katz; durante cierto tiempo pasó hambre, al principio no conseguía vender ni un cuadro, se mantenía del olor del aguarrás y no se dejaba doblegar. ¡Siempre la cabeza alta! A eso lo llamo yo ser valiente. Esa audacia me infunde respeto.

Julian sonrió un poco.

- Antes la osadía era un privilegio de los hombres – sostuvo la débil y envejecida voz tras él –, las mujeres atrevidas son una rareza.

- ¡Oh, no, las ha habido en todas las épocas! – rectificó Fräulein Gade con convicción –. ¿Acaso no fue intrépida Clelia²⁸ cuando se lanzó al Tíber? ¿Y Catarina de Bora²⁹ al precipitarse a través de la ventana del convento?

- Usted se mueve por los siglos como llevada por las alas del viento.

- Ciertamente, soy una pensadora diligente.

Julian, que era justo lo contrario, sintió algo parecido a la envidia. Él mismo disponía de una buena inteligencia, pero su razonamiento se desarrollaba con pasos lentos y rigurosos. No era capaz de dar saltos rápidos según lo requiriera la ocasión.

De pronto resplandeció en el valle la superficie del lago Lugano. Como un espléndido triunfo de color se extendía entre las montañas ostensiblemente curvadas, desplegaba sus brazos relucientes sobre los campos, y reflejaba el sol matinal en su regazo. Julian sacó sus prismáticos, miró a través de ellos y se los ofreció a su vecina.

- Quizá debería ajustarlos, señorita – sugirió con galantería.

²⁸ Clelia es una de las heroínas romanas más reconocidas en la época de la República. (N. del T.)

²⁹ Catalina de Bora (1499-1552) fue una monja católica que se convirtió al protestantismo y contrajo matrimonio con Martin Luther (1483-1546). (N. del T.).

Este comienzo no era seductor, sin embargo, sus palabras traslucían algo de esa caballerosidad casi pasada de moda en la que destacaban los hombres distinguidos de tiempos pasados.

Fräulein Gade se sintió gratamente impresionada; esto no le ocurría demasiado a menudo, pues no era de naturaleza tendente al entusiasmo, sino que más bien se consideraba un ser de sentimientos impasibles. Mientras veía lucir a través del cristal cada tejado de Capolago, cada pequeña barca del lago, le vino al pensamiento que su vecino debía ser aquel capitán del norte de Alemania cuyo nombre había leído por la mañana en el libro de huéspedes. Se sorprendió de que el día anterior su imponente presencia solo le hubiera llamado la atención de modo tan fugaz.

- ¡Qué verde tan soberbio tiene este lago! – comentó Julian.

- Así es – replicó ella –, esta intensidad cromática es lo que a uno le sienta tan bien en el sur. Si uno piensa qué consideración merecería alguna zona de Alemania de naturaleza similar, lo pobre que es el verde, la palidez azulada del aire, la monotonía del agua –. Le devolvió los prismáticos y se giró hacia la anciana. – Claro que esa luz puede tener también su atractivo. ¿No es cierto, madame? Pienso por ejemplo en Brujas, esa ciudad fabulosa con muros de marrón grisáceo y neblinas plomizas.

Julian se volvió hacia la aludida y se topó con un rostro macilento de mujer triste que, a pesar del calor estival, se escondía tembloroso tras un cuello de encaje. No obstante, tuvo la oportunidad de envidiar a la provecita criatura. La comitiva se detuvo junto a la orilla del lago. Fräulein Gade saltó ágilmente de la berlina y se concentró tanto en la atención a la pequeña belga que daba la impresión de que apenas lo tenía ya en cuenta.

A él no solo le resultaba hermosa, sino sobre todo muy seductora. Una serenidad refrescante dominaba todos sus movimientos, y el moño flojo mostraba ciertamente una gracia griega. Su indumentaria era impecable – efectivamente no se encontraba algo semejante entre las hijas del regimiento, entre las pequeñas y rubias chiquillas con las que había entretenido bailando los pocos años de teniente que no se habían visto ensombrecidos por ninguna tragedia familiar.

La enorme embarcación a vapor silbaba. Fräulein Gade solo tenía ojos para la anciana. Le buscó un camarote abrigado. Julian se colocó junto al timón y contempló el paisaje. Resplandecía

impresionante con la suntuosidad del sol. El monte San Salvador se erigía como un gigante sobre la ribera del lago. Los perfiles montañosos sobre Lugano azuleaban de forma fascinante, y la tierna belleza de los zarcillos en flor mitigaba por todas partes los rasgos de la magnífica impetuosidad que soportaban las rocas al hundirse entre las olas a derecha e izquierda. Las hileras de casas de Lugano destacaban en la lejanía como palomas blancas. Julian buscó con la mirada el Monte Generoso y se acordó de la última noche, cuando estando en vela había abierto de golpe la ventana, y había fantaseado con la prometedora llanura donde Italia se extendía a los pies de los Alpes. Allí el fantasma blanco de la catedral de Milán se alzaba en días claros sobre la impresionante superficie. ¿No proporcionaba el simple disfrute suficiente felicidad? ¿Era necesario compartir las experiencias con otras personas? De repente sintió ganas de viajar a Gandria. Así de tentador le había resultado lo que ella había dicho al respecto.

En Lugano desembarcó la belga. Fräulein Gade le dio un abrazo de despedida, abandonó a su vez el vapor y se dirigió hacia la siguiente barca. Sin embargo, delante de ella se encontraba ya Julian. El joven barquero, encantado de poder unir dos viajes en uno, los animó a que usaran la barca para ambos. El capitán, que se había enterado a medias, y Fräulein Gade, que había comprendido perfectamente la sugerencia, se sonrieron inquisitivos y subieron a bordo.

El bote se deslizó sobre el lago.

- Un día de primera – dijo Fräulein Gade.

El capitán se presentó de manera formal. Eso fue una banalidad mundana que retumbó en la poesía del momento, y que por un instante echó a perder el ánimo de la dama.

- Dejémoslo – objetó con frialdad -. Somos personas, ¿no es suficiente?

- ¡Este es el mundo en que vivimos! – se disculpó.

- ¿Cómo es el mundo en que vivimos? – cuestionó temperamental -. Cada tiempo es ahora, dice Bismarck. El mundo que a nosotros nos incumbe en este momento está formado por rocas iluminadas por el sol que se miran en el agua verdosa, por el esplendor primaveral y el viento de las montañas. Aquí no sirven los modos de la ciudad. Estamos en la liberal Suiza, y yo

siempre me comporto como una muchacha del país en que me encuentro.

- ¿Así que nunca voy a saber cómo es usted fuera de aquí?
- ¡Nunca! – sonrió –. No me interesan los datos personales.
- ¿Dónde reside habitualmente? – siguió indagando con obstinación.

- Donde me apetece en cada momento – interrumpió impacientándose un poco.

- También yo soy un entusiasta de la naturaleza, pero no de los excluyentes. A la postre antepongo siempre a las personas frente a la naturaleza – la contempló lleno de veneración.

- Yo solo en determinadas circunstancias – precisó ella. Miró hacia lo lejos. Él se iba poniendo cada vez más serio, sintió que su corazón comenzaba a anclarse en algún lugar, y temió de repente estarlo haciendo en un fondo inseguro que quizá ni siquiera estaba libre.

Ambos permanecieron en silencio un buen rato.

Las fascinantes orillas de Castagnola desaparecieron a su lado. Viñas y olivos verdeaban en la ladera de la montaña; villas y pequeños palacios pasaban por delante de ellos como imágenes de cuento. Villas sobre cuyas paredes encaladas ascendía vaporosa el agua esmeralda; antiguos palacios de piedra en cuyos embarcaderos adornados con escudos se mecían prodigiosamente botes vacíos, como si estuvieran esperando a una pareja de amantes que bajaran abrazados los escalones cubiertos de musgo. Las montañas azules de Italia sobre las que transcurría el camino hacia Como delimitaban a lo lejos el lago. Detrás de los pasajeros estaba Lugano, ya envuelto en la bruma del mediodía, cada vez más pálido, y sobre él se proyectaba la enorme sombra opaca del San Salvatore.

- ¡Es el lago más hermoso! – dijo Fräulein Gade –, al menos más vital, no tan frágil como los otros. Quizá el Lago Como tiene más poesía, pero he de reconocer que el olor a flores de los jardines de sus villas me pone después de un rato de un humor un poco extraño; así como si experimentara un envenenamiento. ¿Y el Lago Mayor? Las condiciones de la isla se asemejan después de tres días a un juego; tiene algo de teatro de marionetas. ¿No tiene usted la misma opinión?

- No sé, aunque se trata realmente del lugar más hermoso – replicó sin más -. Es una pena que esta noche tenga que proseguir mi camino a través del macizo de San Gotardo. Este es el último alto de mi viaje.

- Así que dispone de poco tiempo para Gandria – respondió indiferente -. Ya llegamos, por cierto.

Varias docenas de casetas se alzaban sobre las plantaciones de vides, entre ellas un campanario derruido al que le faltaba la campana; junto a la orilla, el mesón con una terraza bien ventilada que estaba construida sobre el lago. Las ascuas abrasadoras del mediodía lo envolvían todo, como si la pequeña población estuviese sumergida en un baño de sol. Retamas silvestres de color amarillo, rosas y flores de almendro miraban desde jardines y ventanas. El follaje en flor se descolgaba hasta el agua y tejía una telaraña mágica sobre la humilde aldea de pescadores.

- ¿Y bien? – preguntó ella.

- Oh, esto es como para olvidarlo el tiempo y el espacio, para olvidarlo todo.

Lo contempló dubitativa.

- Creo que usted no pertenece al tipo de gente que desaprovecha el tiempo con cualquier cosa. Me da la impresión de que es tremendamente cabal.

- Hoy no – pensó sin pronunciar palabra.

Fräulein Gade saltó del bote antes que Julian, que se dio un ruidoso golpe contra la escalera de piedra. El viejo mesonero acudió a saludarlos, y en la terraza apareció Doris Katz, un ser ajado, muy feo, que poseía no obstante un tipo de fealdad genial, gracias a la que en modo alguno resultaba desagradable. Con una mano se daba sombra sobre los ojos, con la otra sostenía su paleta.

- ¡De vuelta al trabajo como no podía ser de otra manera! – exclamó Fräulein Gade.

- ¡Para qué otra cosa iba a estar en este mundo! – dijo Doris -. Te has traído a alguien: un oficial de civil, eso lo aprecio desde aquí. Una reminiscencia de la patria prusiana. Sea usted bienvenido, compatriota. Le voy a ofrecer de inmediato la copa de bienvenida en el país vinícola más caluroso. Por favor, pase a mi taller aquí a la derecha.

Cuando entró en el estudio, Julian se sintió como si hubiera accedido a otro mundo. La pequeña estancia estaba repleta de los

más hermosos estudios de flores que mostraban con una exuberancia casi increíble la abundancia meridional. A través de la ventana abierta brillaba el lago irisado, y enfrente saludaban las montañas trémulas y fragantes; un vapor atestado de gente llegaba desde Porlezza y atracaba con un zumbido en Gandria para un minuto. Los pasajeros observaron asombrados el pequeño poblacho grisáceo en la ladera, la antigua hostería tras cuyas ventanas habrían esperado otros ornamentos diferentes a las tres figuras de turistas que el azar había juntado aquí, y que veían pasar el barco como una agradable función.

Fräulein Gade se había acomodado sobre el alféizar, y dejaba que el sol resplandeciera sobre la copa de vino, formando luces doradas en el rojo púrpura. Julian cada vez estaba más locuaz, y Doris Katz examinaba cada vez con más satisfacción a la imponente pareja, a las dos elegantes figuras que habían ido a parar a su hechizada jungla floral. A continuación, comieron macarrones en la terraza, mientras los notables de Gandria jugaban a los dados en la mesa contigua. Se hablaba de todo lo que suelen hablar las superficiales amistades de viaje, del país y de la gente, de billetes de ida y vuelta y de las estafas, del encanto de Italia y de la monotonía de la patria. Cuando empezó a refrescar, dieron un paseo por las viñas aterrazadas, por los caminos descuidados sobre los que se habían precipitado abundantes hojas de rosal, pasaron junto a casas diminutas en las que no se podía ver otra cosa que auténticos claroscuros rembrandtianos a través de la puerta. Y finalmente, demasiado pronto, apareció a lo lejos el último vapor que Julian podía coger, ¡y ni siquiera sabía aún a ciencia cierta quién era Fräulein Gade!

No se había atrevido a consultarle a Doris Katz, la dama pequeña y extraña que saltaba con tanta agilidad por las calles escalonadas de Gandria y que lo contemplaba con tanta benevolencia. Entonces le preguntó a Fräulein Gade si no sería posible que le facilitara su dirección y que si podría volver a verla.

Se quedó pensativa.

- En realidad semejantes reencuentros tienen poco sentido – replicó con frialdad -. Le acabamos de hacer fantásticamente los honores en Gandria, así que guárdenos así en la memoria. Créame, los episodios cortos son diez veces más agradables que las amistades prolongadas.

- ¿No desea volverme a ver? – preguntó apesadumbrado.

Hasta ese momento se había mostrado impasible frente a él, pero ahora de repente su desconsuelo le llegó al corazón.

El barco atracó. Él se despidió a toda velocidad y bajó los escalones junto a la terraza. Ella reflexionó un instante, le gritó un súbito: “Alto” y le lanzó su tarjeta de visita. Él la atrapó hábilmente desde el último escalón, y le contestó con una mirada agradecida.

De pronto apareció Doris Katz junto a su amiga.

- ¡Para que usted también tenga un motivo de visita! – gritó loca de alegría y le arrojó un libro -. Puede leerlo y después devolvérselo.

Algo sorprendido cogió el obsequio que le habían impuesto y, con un movimiento rápido e instintivo, apretó el libro elegantemente encuadernado contra su corazón para evitar que se cayera. La tripulación metía prisa. Se apresuró a subir al barco. Agitó su mano en cinco ocasiones hacia Gandria; luego se sumergió en la delicada bruma del atardecer.

* * *

Fräulein Gade se apoyó enojada en la barandilla de la terraza.

- Doris – dijo –, lo del libro ha sido innecesario.

- Lo considero una ayuda – replicó -. Tendrá que saberlo, ya que un día va a querer casarse contigo. Yo tengo ojo para esto. Está perdido del todo. Apuesto que en sus próximas vacaciones aparece en tu casa y te pide la mano. Y apuesto que tú vas querer aceptarlo. Obviamente no puedes ocultarle tu libro. Ese tipo de obras son un pedazo del propio autor. Así que es mejor que lo lea antes, de modo que conozcas pronto su opinión.

- ¿Y tú crees acaso que ese parecer va a ser favorable? ¿Siquiera un poco?

Doris Katz se encogió de hombros.

- Siempre te he dicho que es una obra excelente; quizá puede aportar también beneficios gracias a sus buenas intenciones, sin embargo, no te correspondía escribirlo a ti. Eres muy joven y muy bella para hacerlo, y aún no has terminado con los asuntos

amorosos. En esta fase una no debe traer libros al mundo que sean demasiado mordaces. Tú eres “tú”, y quien te entienda del todo, se dirá a sí mismo que tu personalidad no es en absoluto tan sarcástica, dura y pesimista como las cosas que escribes. A las personas como tú se las comprende en contadas ocasiones, y quien no se conforma psicológicamente con ellas, las llama “poco femeninas” y las condena. Al menos la masa ignorante. Ese que se evapora ahí mismo no me parece precisamente alguien de la “masa ignorante”, pero sí al menos bastante *vieux jeu*. Te venera, sin embargo, difícilmente apreciará tu libro. ¿Qué pretendes hacer al respecto?

- Olvidar el día de hoy – dijo Fräulein Gade -. ¿A mí qué me importan las historias de amor? No deseo ninguna...

Doris la miró tajante.

- Eso no te lo crees ni tú misma. “Odiar la vida, huir al desierto porque no han florecido todos los árboles” no le pega a una joven como tú. Eres de naturaleza demasiado sana, y que te disguste la obra de la que hasta ahora tan orgullosa estabas, demuestra nada más que este dios de la guerra del norte de Alemania no solo me ha agradado a mí, sino a ti también.

- Lo que me fastidia no es el libro, sino que se lo hayas dado. ¿A qué viene la eterna vinculación de la persona y el autor? Lo que uno escribe es un asunto privado, igual que lo es la religión. Estoy a salvo detrás de mi seudónimo; no tengo que revelarlo a nadie si no lo deseo. Y en este caso, no voy a querer. En consecuencia, el asunto del libro no viene a cuento -. Quebró una rama florecida y la tiró al lago -. Y respecto a lo que dices del matrimonio, es una tontería. Sabes que es un asunto superado para mí desde... – Murmuró un nombre.

- ¡Ay, Dios mío! – exclamó Doris -, ¡rememorando otra vez la vieja cuestión! Dar carpetazo por fin a un amor de juventud porque una comprende de repente con ojos de adulta que no había nada en él, más allá quizá del brillo con el que lo revistió la propia fantasía; esa no es al fin y al cabo una experiencia que te dé derecho a desechar esta relación. ¿Qué tuvo de malo?

- ¿Qué tuvo de malo? El inmenso dolor por un ideal destruido – se lamentó Fräulein Gade -. ¿Acaso eso no es nada?

Doris se encogió de hombros.

- En el fondo eres una idealista. Eres diferente a tu libro. Quien pretenda juzgarte tras leerlo, se confundirá. Pero bueno, vamos a tomar un té. Empieza a refrescar. ¿No oyes cómo tiemblan las hojas? ¡Esta es la melodía mágica de Gandria! Sé de alguien que no va a volver a olvidar este lugar en su vida.

Fräulein Gade se levantó despacio y extendió la mano, como si se estuviese sacudiendo un sentimiento.

- ¿Sabes, Doris? – dijo –. En otras circunstancias me habría apetecido volverlo a ver. Me encantan estos gigantes rubios, sin embargo, el hecho de que le hayas dado el libro, lo ha echado todo a perder. No quiero volver a verlo. Estoy decidida a intentar impedirlo.

Entró en el taller a oscuras. El agua del hermoso lago alpino se hacía cada vez más pálida con la última luz del atardecer, y borboteaba en oleadas sobre la terraza desierta.

* * *

Julian atravesó de noche el macizo de San Gotardo. A los días de calor les habían sucedido noches de luna clara, y los colosos de las montañas se alzaban con una luminosidad plateada sobre el cielo oscurísimo. Abrió la ventana. Fuera olía a campos frescos, claveles y alhelíes. Esos eran aún los aromas del sur que según avanzasen se irían extinguiendo en la evidente sequedad del viento de altura, en el olor frío de los ríos embravecidos que descendían desde las crestas rocosas de San Gotardo, como sumidos en una desesperación eterna. Una y otra vez se acordaba de Gandria. Una y otra vez sacaba del libro la pequeña tarjeta de visita sobre la que aparecían, grabadas en cobre, tres palabras delicadas y diminutas:

Ulrike Gade
Rapperswil

Rapperswil debía estar situado en algún lugar de Suiza, junto a alguno de esos lagos luminosos que siempre se confunden si uno no ha estado allí. La nueva ciudad se presentaba en su horizonte como algo importante, misterioso, como algo que estaba destinado a desempeñar algún papel en su vida. Tal vez viajaría hasta allí en sus próximas vacaciones, ¿tal vez? No, ¡seguro! Se recostó en el coche y comenzó a soñar. Todo resultaba tan nuevo y hermoso y dulce...

Hasta el amanecer no palidieron los colores variados de sus castillos en el aire. El tren había pasado a toda velocidad del sur a un día alemán gris y lluvioso. Los paisajes se extendían allí desencantados. Julian sintió cómo la existencia cotidiana tomaba posesión de él, y la velocidad juvenil de sus sentimientos se convertía en un ritmo fatigado. Sí seguía deseando verla, la hermosa joven de Gandria, pero no con precipitación, no sin preparativos, no sin una orientación precisa respecto a su persona. Antes de dar cualquier paso decisivo, tenía intención de llevar a cabo minuciosas averiguaciones sobre su pasado y sobre toda su vida. Esto se había vuelto tan sencillo hoy en día. Siempre hay algún conocido común que podía proporcionar informaciones rigurosas sobre esto y aquello. Todo tipo de planes le zumbaban en la cabeza.

El tren pasaba ahora veloz junto a una enorme ciudad fabril. Chimeneas humeantes emergían tristes entre la niebla... un mar de casas de un monótono gris se asentaba adormecido y no tenía nada que decirle al observador. Una inmensa estación en la que alborotaban las gentes cansadas de lluvia, desanimadas y malhumoradas, con demasiado equipaje de mano, como corresponde a la costumbre alemana. Un silbido, un crujido, entrando a toda velocidad en una llanura tediosa sobre la que se elevaban con apatía los álamos hacia las alturas.

Julian suspiró. Como en este entorno tan lúgubre no era capaz de improvisar la imagen cargada de flores de Gandria, cogió el libro que Doris Katz le había lanzado sin motivo. Una novela. Él no era un gran lector de novelas, pues pertenecía a los odiadores ciegos de todo lo moderno, los que apenas conocen a Maeterlinck

y Hofmannsthal³⁰ por su nombre, los que por principio no quieren saber nada de semejantes nuevos espíritus y los condenan *en bloc* porque no se sienten capaces de comprenderlos.

Ya el título: *Desdichas modernas* le desagradaba. El nombre del autor le sonaba forzado. Desde las primeras páginas le sobresaltaba una tendencia amarga y estricta, una inclinación hacia la falta de miramientos y la crítica desmoralizadora. Cerró el libro pronto con la sensación de que lo tenía que haber escrito un hombre muy displicente, y decidió no volver a retomarlo, salvo que pudiera ser utilizado como la excusa que le había sugerido Doris Katz. El hecho de que poseyera semejantes libros la hizo bajar en su estima. Ulrike – en sus pensamientos ya era “Ulrike” – seguro que no lo había leído, o le habría disgustado tanto como a él.

Como consecuencia de esas impresiones decidió no dirigirse a Doris Katz con sus averiguaciones, sino seguir otro plan.

* * *

Tres días más tarde se encontraba completamente aclimatado en su pequeño enclave militar. El calor paralizante quemaba con dureza y monotonía, de modo que la gente se desplazaba por las calles mal pavimentadas con un sonambulismo mayor que el habitual. Dio sus primeros pasos tras la huella de Fräulein Gade; escribió a una vieja tía que se encontraba haciéndose curas en Bad Ragaz una carta de ocho páginas, una misiva algo torpe. Como suele ocurrir en estos casos, justificó su petición con el “interés de un camarada por la susodicha”, y se sirvió de los términos más respetuosos que siempre utilizaba con la buena y anciana *Stiftsfräulein*³¹ para pedirle que en su viaje de vuelta a casa hiciera

³⁰ Maurice Maeterlinck (1862-1949) fue un escritor belga representativo del movimiento simbolista. Hugo von Hofmannsthal (1874-1929), austriaco, se cuenta entre los principales representantes de la literatura del *fin de siècle* y de la Modernidad vienesa. (N. del T.)

³¹ Hace referencia a una señorita educada en una institución religiosa. Posteriormente se utilizarán los términos *Stiftsdame* o *Stiftstante*. La definición del diccionario Duden indica que se trata de una residente o miembro de una residencia para mujeres de edad avanzada y generalmente nobles. (N. del T.)

un alto en Rapperswil e indagara lo que allí pudiera averiguarse de Ulrike Gade. Era conocedor de la predilección de la tía, que en su juventud no había llegado muy lejos en asuntos románticos, por todas las cosas que tenían un asomo de seducción. Y no se equivocaba.

Aproximadamente una semana después – él volvía cansado y cubierto de polvo de unas intensas maniobras del regimiento –, la visión de una carta con sello suizo lo dejó electrizado. Siguiendo la costumbre de muchos sobrinos que comenzaban la lectura de las cartas de sus tías por la segunda página porque la primera siempre contaba lo mismo, pasó de inmediato a la mitad.

“En lo que respecta a la dama en cuestión – su respiración se aceleró –, mis resultados son escasos, si bien quizá no carentes de valor. He hallado rápido su domicilio. Imagina una finca larga y cuadrangular con contraventanas verdes pegada al lago, ante ella una hilera de castaños maravillosos bajo los cuales están dispuestos bancos de piedra; un jardín grande, lleno de maleza que, si bien convendría que fuese limpiado, no deja de tener su poesía. La casa pertenece desde tiempos inmemoriales a una tal Fräulein Müller. (Sí, ¡no te asustes!) De veras Müller. Después de su muerte el año pasado se lo legó a su sobrina Ulrike, que de vez en cuando vivía con ella, al menos hizo muchos viajes por el mundo en su compañía. Fräulein Müller pasaba en Rapperswil unas pocas semanas del otoño, sin embargo, dejó tras de sí un buen nombre en el pequeño poblacho gracias a su generosidad. Algo que su sobrina debe continuar. Por cierto, ¿sabes que en Rapperswil hay un museo con recuerdos de Polonia? En un palacio precioso rodeado de olmos; extraordinariamente romántico. Las puertas cubiertas de zarcillos verdosos y los escudos de distinguidos linajes polacos sobre las paredes le dan un aire feudal. Curioso, ¡en medio de Suiza este monumento al ancestral esplendor de Polonia! Tal vez Fräulein Müller amó en su juventud a un noble polaco y por veneración a él se compró esta propiedad en Rapperswil. Claro que este amor solo pudo ser desgraciado, ya que un aristócrata polaco de ningún modo puede contraer matrimonio con una Müller.”

Mientras leía, Julian se puso un poco nervioso. Se saltó algunos párrafos en los que solo se hablaba de Polonia, y luego retomó el hilo que le interesaba.

“Naturalmente entré en la casa con el pretexto de querer comprarla. Está al cuidado de una sirvienta mayor y amable. Me contó que Fräulein Gade pretende pasar el invierno en Rapperswil y su llegada se prevé para principios de octubre. Vive completamente sola desde la muerte de su tía. (Esto, querido Julian, no me gusta mucho y me sirvió de disgusto pensando en tu compañero). La dama solo tiene treinta y un años, no disfruta por tanto aún del derecho a ser independiente. Con sus parientes, los acaudalados Müller-Gades de Berlín, editores o banqueros (esto no pude llegar a saberlo, pues todas las cuestiones que no se referían a Rapperswil se encontraban muy desordenadas en la cabeza de esta sirvienta); con estos parientes, como decía, parece que la joven está enemistada desde hace algún tiempo, si bien hace solo un par de años pasó una temporada en su casa. Sus padres fallecieron hace mucho, su situación financiera es muy buena, aunque no espléndida. La anciana criada avaló la excelencia de ella y de su carácter; una opinión compartida por el pastor de la localidad. No fue posible averiguar nada más, querido Julian. Sobre Rapperswil puedes informarte en el Bädeler³²; está todo incluido, también Ufenau y Polenurg.

Podrías visitarme pronto en el convento. No te queda lejos.”

La carta finalizaba con manifestaciones de afecto familiar. Todo el pensamiento de Julian se encontraba con Ulrike, sobre quien el pastor de Rapperswil había sido tan elogioso. Esto tenía un gran peso a sus ojos, un juicio objetivo y espiritual. Pero antes de experimentar una dulce seguridad, aún había de ser investigada a fondo la familia Müller-Gade en Berlín: los eventuales talones de Aquiles y las facetas oscuras de una familia que hasta entonces le era desconocida. Él habría de rastrearlas en caso de que existieran, y de no ser así, ¡tanto mejor!

³² Las guías de viaje Baedeker comenzaron a publicarse en 1832 y reciben el nombre de Karl Baedeker, fundador de la editorial en Coblenza. En la actualidad siguen editándose. (N. del T.)

De repente, emergió en sus cavilaciones la imagen de un joven primo, el conde Fritz Traver. Este se encontraba en el tercer año de la Academia Militar, y había participado en todos los círculos a los que un oficial tenía acceso. Quizá se le había cruzado alguna vez en el camino la familia Müller-Gade; de no haber sido así, el sentido común y la mirada aguda del conde garantizaban unas adecuadas pesquisas.

Julian le escribió ese mismo día. Sentía una extraña excitación desde que el asunto había comenzado. Todas las noches soñaba con el murmullo de las olas, y nunca sabía a ciencia cierta si se trataba de las olas del lago Lugano o las de Rapperswil que aún le eran desconocidas.

El conde Fritz contestó de inmediato:

“¡Adorado primo!

Nada más sencillo que lo que pides. En mis desplazamientos por Berlín, cuando me dirigía a mis citas, me he topado con los Müller-Gade, especialmente en invierno. Sabes que nosotros los Traver estamos muy orgullosos de nuestra falta de prejuicios. El hecho de que los haya frecuentado, no los señala necesariamente. Si te dijera que sin lugar a dudas tú podrías tener también trato con ellos, comprenderás que se trata de una familia intachable. Ninguno de sus muchos miembros ha ido a la bancarrota, se ha ahorcado, o se ha fugado con la mujer de otro. Son íntegros sin excepción. Es cierto que dicen que ocasionalmente se critican unos a otros, pero discretamente y en privado, de modo que esto en ningún caso pueda molestar a personas ajenas. Se trata de una auténtica familia de grandes industriales berlineses con ambición social. En las veladas de la casa matriz se mezclan muchas personas de prestigio. Numerosos oficiales los frecuentan, y no se trata de los oficiales bajos, cada uno acompañado de su esposa. A mí también me gustaría hacerlo de tenerla, sin embargo, ese ideal con el que nunca me he topado se encuentra aún lejos. Cualquiera de nosotros podría emparentar tranquilamente con esta familia, y tu compañero, querido primo, si se casa con una Gade, no tendrá que bajar más de categoría que la mayoría de nosotros, que preferimos vivir con una sensata joven burguesa a pasar hambre con una dama de abolengo.

Esto es todo respecto a la familia en general. Vayamos ahora a tu consulta sobre Ulrike Gade. No sé cuánta confianza te merece mi opinión; sea como sea, se trata en este caso de una opinión fruto de mi propia experiencia, ya que conozco a Ulrike. Así es, la conozco, todo lo que uno se puede conocer en las reuniones. Claro que muchos afirman que esto es igual a cero; a mí me parece que incluso el contacto más superficial proporciona suficiente manejo para sacar conclusiones, al menos a quien es capaz de sacarlas. En comparación con el resto de ejemplares de su familia, ella siempre me pareció una edición especial. Dicho sea de paso, ella se apellida solo Gade y no Müller, algo que quizá le resulte grato a tu compañero en caso de que tenga tías pedantes o tíos anticuados. Sus primos sí tienen el doble apellido. Ella es la única hija del único Gade que tenía ideales. Y es que esto es algo que los demás no reconocen en su extraordinaria sencillez. Su madre falleció pronto. Su padre era una especie de sabio privado y, tan idealista, que poco a poco acabó entregando casi todo su dinero a aprovechados de todo tipo. Estaba constantemente de viaje con su hija, de modo que esta – debía tener unos veintitrés años cuando él murió – no sabía con certeza dónde estaba en realidad su hogar. En cualquier caso, se desenvolvía con la misma soltura en el archipiélago que en las calles de Berlín. Cuando se quedó huérfana, y en unas condiciones de mayor escasez, fue pasando de unos a otros Müller-Gade. Fue entonces cuando uno de los primos quiso casarse con ella. Lo rechazó, y consecuentemente se enemistó con los miembros más relevantes de la familia; a continuación, vivió con una de las tías Müller, bien de viaje, bien en su propiedad de Suiza. Hace como un año la tía pasó a mejor vida, legándole la autonomía económica. La dependencia anterior debe haber sido bastante agobiante para su especial naturaleza. Desde luego, no ha dejado atrás una juventud dichosa; esto determinaba su carácter en aquella época en que yo la frecuentaba, una personalidad particular. Introversa, no mostraba su amabilidad con todo el mundo; un poco pesimista, dotada de una clara ironía. Constantemente causaba la impresión de un esclavo que desearía romper las cadenas. El hecho de que diera calabazas a un primo acaudalado, número uno de la generación joven, demuestra que se trata de una joven formidable. Una amiga me contó entonces que a la concienciada Ulrike le

había gustado mucho este primo, pero que con el tiempo lo fue encontrando demasiado materialista y austero. Como solo deseaba casarse por amor, prefirió dar un portazo con un enérgico “No” al orgullo familiar del autocomplaciente linaje. Creo que así fue. Ahora se encontrará en su castillo de los Alpes como una princesa encantada, y el caballero que quiera llegar hasta ella a través de las zarzas, fundamentalmente no habrá de ser ni materialista, ni austero, en caso de que quiera liberarla. Como la familia la ha condenado al ostracismo – el primo de las calabazas se las ha arreglado en otro lugar, si bien con nivel de vida más limitado –, me resulta complicado averiguar algo de su vida actual. Creo que ya no están en contacto. Este tipo de naturalezas rompen con decisión cuando se sienten ofendidas.

¿Qué tal te va? Es posible que el próximo otoño pueda verte, ya que regresaré tras la formación en la Academia al escuadrón de mi antiguo regimiento, que desde hace poco está estacionado con vosotros. No sé cómo podré sobrellevar semejante pueblucho tras mis años en Berlín. A ti se te dan bien las pequeñas ciudades. Quizá me puedas dar la receta.

Con todo respeto,
tu primo Fritz Travers.”

* * *

Julian era consciente de que su primo no era ni un adulator ni un soñador. Aunque en general no lo creía capaz de grandes cosas, sí confiaba en su juicio certero. Tomó la decisión de volver a ver a Ulrike y fiarlo todo a este segundo encuentro. A menudo, el entusiasmo de un primer contacto palidecía tras el reencuentro. En caso de que sus sentimientos superaran esta vez la prueba del amor, no quedaría obstáculo alguno para casarse con Ulrike.

La posición económica de ambos así lo permitía.

De vez en cuando pensaba que primero debía entablar una relación epistolar, sin embargo, desconfiaba de las cartas. Tenía la impresión de que con la tortura de la tinta perdería el entusiasmo por el asunto, y decidió intentar un ataque rápido, como correspondía a un auténtico militar.

* * *

Rapperswil se hallaba entre las luces del atardecer, solemnemente adornado por la vegetación otoñal, cuando el barco de Julian pasó junto a la isla de Ufenau en dirección al pueblito gris. Inmediatamente después de las maniobras había solicitado de nuevo unas breves vacaciones, obteniéndolas no sin cierta dificultad, y había partido a toda velocidad hacia el sur. Lo impulsaba una aguda impaciencia. Zúrich, antigua y majestuosa, lo sorprendió un breve instante al verla tan majestuosamente emplazada en la orilla rodeada de montañas. No obstante, la magia no duró mucho. Para él había otras cosas de mayor importancia, así que incluso el apacible paisaje del lago flotaba como algo irrelevante al paso de su mirada. Apostado junto al timón, soñaba rodeado por la luz del atardecer hasta que el ansiado pueblo se hizo visible, y sobre los tejados se recortó la fortaleza verde, sombría delante del mar llameante de la puesta de sol. Por fin saltó a la orilla; encontró la casa, la encontró tal como la tía la había descrito, con las contraventanas verdes y los enormes castaños junto al lago.

Y solo unos minutos más, allí estaba frente a ella y representaba ante su mirada sorprendida la sucinta comedia que había ensayado cien veces durante las largas y polvorientas jornadas de maniobras, en los miserables cuartos de madera de los desprovistos acuartelamientos situados en los feos campos de su provincia oriental. Que pasaba por aquí casualmente, dijo, que aún conservaba el libro de Fräulein Katz, y que no había querido dejar pasar la ocasión de interesarse por ella aprovechando que se encontraba cerca. Si bien era cierto que ella había afirmado en Gandria que carecía de sentido recordar amistades superficiales, él no podía compartir su opinión, no, de verdad que no...

Hablaba de forma viril y con solemnidad, sin precipitación, con la dignidad lúcida que consideraba necesario hacer patente como hombre maduro y como oficial. Y precisamente fue esto lo que confirió un encanto indiscutible a este carácter que en el fondo no poseía ninguna singularidad. Esa perfecta masculinidad de su comportamiento que encajaba tan armoniosamente con la

gallardía externa de su figura. Y fue esto también lo que hizo vacilar los firmes propósitos de Ulrike. No, ¡ella no había deseado un reencuentro! Quería ser libre, después de una juventud esclavizada, deseaba llevar adelante la vida sin ataduras que disfrutaba con independencia plena desde el fallecimiento de la tía. Ahora aparecía él, de repente, sin que hubiera manera de impedirlo. Ella se encontraba en la ventana, como enmarcada por los árboles de su jardín que golpeaban silenciosamente en los cristales. Él a su lado, cada vez más cerca del riesgo.

Señaló al libro que llevaba en la mano.

- Qué cuidadoso tiene que ser usted – dijo en voz baja –, para no haber olvidado semejante insignificancia... ¿Qué le pareció el libro?

- Dejemos esa cuestión – replicó -. Estos libros me resultan horribles; confío que a usted también. Si yo estuviera en condiciones de prohibirle algo, nunca le permitiría leer semejante obra.

No pudo contener la risa. Negarle a alguien la lectura de un libro que uno mismo ha escrito... Esto es demoledor para el libro... y ofensivo para el autor, pensó. O sea, con esta gente uno no tenía nada que hacer, ¡precisamente con ellos uno no podía llevarse bien!

Ulrike se sobresaltó. Julian ya se había embarcado en su petición. Había tenido que volver a verla, dijo, para comprobar si su amor verdaderamente lo era. Y no se había equivocado: solo ella podía hacerlo feliz a pesar de sus diferencias. Y vaya si eran distintos. Cuando se vieron en el lago Lugano, casi le habían asustado su seguridad y su independencia; su ideal siempre había sido el de una mujer mucho menos autosuficiente. Claro que todo esto cambiaría por sí mismo; solo dependería de que ella lo amase. ¿Y no es cierto que ella lo haría? Sería terrible si no lo hiciera.

- ¡Conteste de una vez! – le suplicó – ¿Por qué está tan callada? ¿Por qué sigue sin decir nada?

Ella no se dio cuenta de que seguía haciéndole preguntas sin parar, se limitaba a mirar el libro que le había tirado sobre la mesa sin ninguna consideración. Sobre la oscura cubierta ardía una mancha roja, sobre el libro que a él le parecía tan espantoso, y que ella misma había escrito...

Le cogió las manos.

- ¡Diga algo, Ulrike! ¡Me está atormentando!

Ella se soltó.

- No, ¡usted me atormenta! – replicó tenuemente –. ¿Cómo voy a contestarle, si ni siquiera yo sé la respuesta?

- Sí o no; es bastante simple.

- No es tan sencillo como usted piensa.

- ¡Ulrike! – exclamó asustado –. ¿Acaso usted ya no es libre?

- Precisamente por lo libre que soy... hay que preguntarse si uno debe sacrificar el más preciado de los bienes, cuando se valora tanto como yo...

De repente se separó de ella ofendido.

- Así que usted no me quiere – dijo.

Entonces ella sintió súbitamente, con una claridad casi preocupante, que eso no era cierto, que realmente, para su propia sorpresa, en su corazón habitaba un ardiente sentimiento hacia él.

- Permítame reflexionar sobre ello durante un día y una noche –dijo con dificultada para respirar.

- No, no puedo esperar. Dejémoslo. Se ama o no se ama.

- Mañana le escribiré – dijo –. Ahora no puedo responder.

Él cogió el sombrero con intención de marcharse. Entonces ella vio lo pálido que se había puesto, y una emoción la invadió. A Julian le gustó observar algo semejante en su mirada y, sin mediar palabra, dejó de nuevo su sombrero sobre la mesa y se le acercó.

Ella retrocedió hacia la ventana. El libro rojizo le bailaba ante los ojos. A continuación, solo lo veía a él y dejó que las cosas se desarrollaran como ellas quisieran, sin oponer resistencia alguna.

Un minuto después era su novia.

* * *

El súbito compromiso de Julian era probablemente el primer acto impulsivo de su vida. Según las crónicas, sus antepasados habían sido antaño unos famosos salteadores que atacaban a los comerciantes desde su palacio fortificado del lago Constanza, y

los dejaban sufrir penurias en sus oscuros calabozos. En resumen, llevaban a cabo todos los disparates feudales que correspondían a los caballeros de la nobleza durante la despiadada Edad Media. Sin embargo, a lo largo de los siglos se había diluido claramente la sangre de un linaje tan vehemente, del mismo modo que había descendido su posición social.

Los caballeros von Reifenstein ya no eran bandidos, sino funcionarios inofensivos y valientes oficiales. Razonaban de forma más pedante que impulsiva, contraían matrimonio sin objeciones con familias burguesas, y solo las mujeres solteras Reifenstein se colocaban la coraza de un particular orgullo aristocrático en el alma con la vista puesta en la vida religiosa. Todos habían recibido una bonita herencia de su pasado feudal. En primer lugar, se trataba de una elegancia natural de la sensibilidad, que los honraba y, en segundo lugar, la capacidad, aunque solo fuera una vez en la vida, de despertar su ímpetu y desarrollar algo de aquella energía canalla que antaño había hecho tan famosos y temidos a sus antepasados en el lago Constanza. Quizá fuera este el momento más prometedor en toda la vida de Julian, cuando llevado por la situación se vio impulsado a este trajín extraño, rápido y rebosante de vida. En cualquier caso, se trataba del instante al que había de agradecer el amor y la mano de Ulrike...

Durante la medianoche que siguió a esa velada, Ulrike se movía excitada de acá para allá en su habitación. Era dichosa. Nunca se había imaginado que el amor podía proporcionar esa sensación. Ahora lo sabía. Solamente la cuestión del libro requería aún su resignación. Y lo hizo con la firmeza resolutiva de una persona fuerte que posee algo de la robusta conciencia de Solness³³. Era ya inviable contarle a Julian que ella era la autora de la obra. Quizá lo habría hecho si él le hubiera concedido un tiempo para reflexionar. ¿Para qué destruir su cielo? ¿Para qué expulsarlo de su paraíso con una espada violenta? ¡Oh! ¡Ella sabía muy bien lo que suponía que a uno le destruyeran sus castillos en el aire! Recordaba muy bien el momento en que se dio cuenta antaño de que su duradero amor de juventud no había sido nada

³³ Halvard Solness es el personaje principal de la obra teatral de Henrik Ibsen *Solness, el constructor* (1892).

más que un desacierto, un error, una quimera. También permanecía claro el instante en que habían nacido aquella misantropía y tristeza, aquella ira indiferente ante “todo lo que existe”...

¿Qué importancia tenía en realidad el libro? Era un intento de comprobar si ella también era capaz de hacer lo que otros podían hacer; ella, a la que hasta entonces siempre la habían considerado carente de talento porque no mostraba disposición para la mala música de piano, ni inclinación por la cerámica, el grabado o el repujado. Nadie estaba al tanto de la autoría de libro aparte de Doris Katz. Por precaución, y para que el secreto quedase preservado, esta se había encargado de toda la correspondencia con el editor. La autoría era su secreto y así habría de permanecer. ¿Qué representa un libro hoy en día? Un grano de arena en el desierto, una gota en la enorme ola bibliográfica que inunda anualmente el mercado y de la que después no queda nada. Había aparecido hacía medio año, y ningún crítico le había prestado atención. Probablemente nadie se iba a fijar nunca en él. No tenía sentido echar a perder la alegría de aquel a quien amaba con una pequeñez semejante. Nunca le había resultado tan indiferente el libro como ahora. Ya había pasado el momento feliz en el que recibió su primer ejemplar en medio de la primavera romana, y lo contempló con orgullo y éxtasis.

Ya solo le interesaba Julian, que ya entonces en Gandria le había resultado más peligroso de lo que reconocía ante sí misma. Efectivamente, ¡el amor era lo más importante de la vida! ¡Los poetas no mienten! Por fin sabía qué hacer con su vida. Era cierto que la libertad sin compromisos había estado bien, sin embargo, ¡esto era mucho mejor! De una vez se trataba de algo sobre lo que no se podía ironizar ni hacer mofa, algo total, pleno.

No en vano era la hija del “único Gade que había tenido ideales”. Se entregó con entusiasmo al nuevo convencimiento y disfrutó la felicidad que emanaba de él con las peculiaridades de una sedienta que nunca ha probado un elixir tan exquisito.

* * *

La previsión del joven conde Travers se hizo realidad. Tras finalizar la academia militar, se incorporó al escuadrón destacado en la guarnición de Julian, y si bien percibió casi como un golpe mortal tener que respirar en una ciudad de provincias, tomó la decisión de no dar de momento uso a la bala con la que asumía que se habría de atravesar la cabeza. La primera noche tras el traslado, mientras se alejaba del casino con una buena amistad de tiempos pasados, le preguntó por los Reifenstein.

- Vaya – dijo el camarada –, son tan dichosos que no hay nada que contar.

- ¡Ay, Dios mío! – suspiró -. Cuanto más feliz es una pareja, más aburrida les resulta a los demás.

Tomó la decisión de aplazar su visita todo lo posible.

Después de tres días se aburría tanto en el pequeño pueblucho que finalmente fue a su casa. Entró justó cuando estaban tomando el café tras un banquete, una cena-a-las-tres: la mera idea lo hizo estremecerse. A quién se le ocurre, pensó, reunir alrededor de la mesa a doce personas a la hora más deslumbrante del día, en la que nadie se encuentra en el mejor momento de su ingenio ni se suele preocupar especialmente por su apariencia. Todos habrían tenido una presencia diez veces mejor con el brillo embellecedor de la luz artificial, y sus conversaciones habrían sido mucho más sensatas. ¿Por qué no suavizar el aspecto de las arrugas que las circunstancias de la vida han dibujado en los rostros de la gente que quizá en tiempos miraba al mundo con belleza y despreocupación? ¡Imprudencia y torpeza en grado máximo! ¡De hecho, toda la pequeña ciudad se hubiera puesto cabeza abajo si alguien hubiera pretendido organizar un banquete a las ocho! El cabal Julian lo veía de la misma manera, de modo que no asumía ningún riesgo al respecto, sin embargo, Ulrike, que se había criado entre los usos de la gran ciudad, ¿acaso no tenía el control?

Su entrada fue deslumbrante. Por mucho que las damas de la infantería llevaran el registro de todos los tenientes de caballería que iban a parar a la guarnición, de él no conocían más que su nombre. El insólito personaje causó asombro. Travers se parecía más a un gitano atractivo que a un oficial alemán. El inquietante fuego en los ojos propio de la gente inquieta y nerviosa brillaba extrañamente en su pálido rostro, a lo que había que añadir esa mezcla de petulancia e ironía en la expresión. Como descendiente

de un linaje desconocido y hermoso se hallaba repentinamente entre parlanchines personajes gregarios que parecían cortados por un mismo patrón, de los cuales no podía esperarse ninguna ocurrencia de altas miras.

Julian se dirigió a él con cordialidad. Su figura grande y de hombros anchos agradó a Travers momentáneamente, después tuvo la repentina impresión de que su tono tendía bastante hacia el convencionalismo burgués. Pero claro, ¿qué se podía esperar en semejante entorno conservador! El medio es como un pulpo que con sus tentáculos lo atrae todo hacia sí y estampa su sello sobre todas las personas, de modo que estas lo portan sin saberlo a lo largo de la vida. Le estremeció tener que estar allí. Lo que más le habría gustado habría sido levantar los brazos y exclamar: “Vosotros, pobre gente, ¿qué pena me dais! Pero ni siquiera comprenderían su compasión; lo habrían observado horrorizados, compadeciéndolo a su vez con la convicción de que se había vuelto loco.

En medio de estas reflexiones se acercó a él la señora de la casa. Era la Ulrike de los salones berlineses, tal como la había conocido tres años atrás, pero con una sonrisa amable de la que entonces carecía. En efecto se encuentra a gusto aquí, pensó cuando ella lo saludó cordialmente según correspondía a la antigua amistad y al reciente parentesco; es capaz de soportar la vida en este lugar. La había sobrevalorado.

Ella le indicó un asiento entre dos esposas del regimiento. Durante media hora tuvo que aguantar una charla sobre todas las excursiones que se podía llevar a cabo desde la ciudad. Se ensalzaba lo “encantadora” que era la región.

- Encantadora – le dijo a la elogiosa mujer del comandante –, encantadores siempre se denomina a los lugares en los que las montañas son demasiado pequeñas para merecer la pena, y donde el encanto es tan minúsculo que ni siquiera se puede encontrar con los prismáticos. Campos aburridos, tras ellos tenues colinas, delante un par de álamos coronados en lo alto como todos los álamos. ¡Que el cielo nos proteja de semejante encanto!

Ulrike escuchaba con gesto adusto. Sus miradas se encontraron, y en ellas se hallaba como un presentimiento de masonería callada. A las otras damas su afirmación les pareció

muy impertinente, pero como él era tan guapo y ellas tenían tanta curiosidad, prosiguieron la conversación.

- Le va a costar acostumbrarse a este lugar – le reprochó la esposa del comandante –. Tome ejemplo de su señora prima, que tanto ha viajado en su juventud y ha llevado una vida tan entretenida, y ahora se siente tan a gusto en esta querida ciudad.

- ¿De verdad? – le preguntó a Ulrike –. Tendrá que enseñarme cómo se hace.

- Es fácil – replicó Ulrike con tranquilidad.

Los esposos regresaron de la sala de fumadores, y lanzaron sobre sus esposas miradas que debían recordar que era el momento de marcharse. En ellas ya estaba implícita la cólera que estallaría en caso de que no se tuviera en cuenta de inmediato la orden de los hombres. Siguió una lenta despedida. La sonrisa amable de Ulrike y su mano dispuesta al saludo una y otra vez eran como un eje fijo en el ovillo de figuras serpenteantes. Algunos solteros se quedaron, y Julian volvió con ellos a la sala de fumadores dejando a solas a su primo y a su esposa.

Por vez primera, Travers olvidó la miseria de la pequeña guarnición. La decoración era tan elegante, la anfitriona tan atractiva, que él, calmado y respirando profundamente, estiró sus botas de charol bajo su mesa.

- ¿Sabe usted la impresión que me causó en el seno de su regimiento? – preguntó –. Hay un poema de Storm sobre una hermosa dama que se encuentra como una estrella entre los demás y ansía estar en otro lugar, pero no dice en cuál. Solo alguien avezado es capaz de leer en sus cejas que tiene nostalgia de una playa solitaria, de parajes que son diferentes y más hermosos que este por ejemplo... Usted ha viajado tanto que no podría entender que no le ocurra lo mismo...

Ulrike miró pensativa hacia delante. Entonces dijo con una voz algo forzada:

- Usted me interpreta de un modo muy lírico. Por el momento no soy más que una honesta ama de casa cuyo único interés ha estado centrado todo el día en que el banquete saliera bien, y que ahora espera el reconocimiento de su esposo por haber hecho los honores de manera bastante satisfactoria.

- Qué serenidad ecuánime tiene que poseer, venerada prima – replicó algo ofendido al percibir que ella no estaba siendo sincera

con él –, para haber aprendido en un año el difícil arte de adaptarse a circunstancias que en el fondo son tan ajenas para usted como para mí. No sé si recuerda nuestras breves charlas filosóficas de antaño. Entonces, hace tres años, cuando tuve el honor de conocerla en la residencia de sus familiares. Mientras otros bailaban, a veces permanecíamos sentados juntos (el baile le resultaba aburrido y lo consideraban algo trivial) en un rincón de palmeras del bello invernadero que evocaba dichas selvas tropicales y selvas de la India, y conversábamos sobre el mundo y sus miserias, los seres humanos y sus debilidades. Y criticábamos lo existente de un modo tan feroz como si todo el planeta no tuviera más valor que un céntimo fuera de curso legal. Y alguien que era capaz de un pensamiento tan enérgico y de la crítica despiadada, ¿se ha vuelto de repente tan indulgente? ¡No puedo creérmelo! Es difícil que usted haya perdido la agudeza de su juicio, quizá lo que ha perdido es solo – ella levantó lentamente los párpados y lo miró escrutadora a los ojos –, ¡es solo la sinceridad! – concluyó.

Ella se animó.

- Oh no, e incluso de ser así, ¿no es quizá esta falta de sinceridad también una virtud? Cuando uno pretende ser sincero sin más miramientos, suele caer en la grosería. Ahora me he hecho tal vez menos franca, pero más afable. A mí esta metamorfosis me parece una mejora.

- Así que se ha puesto una máscara – le dijo con ese tono suave que a veces podía adoptar su voz –. ¿No podría como primo de Julian gozar del privilegio de que se relacione conmigo sin máscara?

- ¡Oh, no! – replicó –, yo no quiero tampoco que usted se muestre completamente desenmascarado. Además, no se trata en absoluto de caretas; la cuestión es otra. Tenemos que demostrarnos mutuamente que hemos madurado desde que nos conocimos.

- ¿Y nos lo creemos?

- No puedo hablar por usted.

- Claro que he madurado – dijo Travers con firmeza –. He aprendido mucho en mis años de academia. He alcanzado lo que la educación militar previa no me había proporcionado: inquietudes. Me refiero, en un sentido amplio, no simplemente

respecto al rango y los caballos. Incluso me he incorporado al mundo de la literatura. Novelas cortas, dramas, he escrito cosas así, todo lo que un oficial no debería hacer. Me apasionan miles de cuestiones ajenas al ejército. Aquí he llegado con una enorme maleta de libros. Leo de incógnito periódicos cuyo nombre apenas me atrevo a mencionar en la casa de Julian. Ya ve, le cuento abiertamente todos mis secretos. Soy sincero; bien es cierto que no sin segundas intenciones interesadas. Se lo ruego – juntó sus hermosas manos, mientras colocaba los codos sobre las rodillas y miraba a Ulrike implorante –, présteme un poco de atención. Mire, soy en este lugar como un pez en la arena, empujado desde mi elemento natural a una orilla hostil en la que no puedo subsistir. He naufragado aquí como Odiseo en la isla de Polifemo. Mi Polifemo es el aburrimiento, que acabará por ahogarme si nadie me rescata. Usted puede hacerlo. Compartimos las mismas inquietudes. Usted conoce el mundo y los seres humanos, y no es como todos los demás que apenas han echado un vistazo más allá de los muros de esta ciudad o de las cercas del regimiento. Hablemos de vez en cuando de aquello que existe ahí afuera, de arte y literatura, y teatro y filosofía, del orbe y su variedad. Y si quiere rematar la osadía, sea un poco soberbia con respecto a mis modestos intentos literarios, lea mis manuscritos, critíquelos, tache, corrija lo que quiera, ¡pero no me deje morir por la falta de comprensión!

Ulrike no pudo evitar sonreír ante su vehemencia. Él también se echó a reír repentinamente.

- ¿Verdad que me he metido en su casa como si me acompañara toda la artillería? – dijo –, sin embargo, no se hace una idea de cómo sufro. Interceda por mí ante Julian, me temo que no está del todo satisfecho con mi humilde persona. Mi llegada a este escuadrón, bueno, no se trata precisamente de un traslado forzoso; hay todo tipo de gente sin tacha entre nosotros, pero aquel a quien se le quiere distinguir, bueno, pues se le evita esto. Yo, mejor dicho, usted, como conocedora del género humano, al menos antes lo era, comprenderá que el reverso de mis virtudes no reside en el talento de ser un oficial especialmente ejemplar. En realidad, alguien como yo no encaja en esta opresiva chaqueta de uniforme.

- No – dijo –. Tiene razón, y para que vea que a usted también se lo puede percibir de un modo lírico, voy a reconocerle que cuando entró antes, me vino a la cabeza la canción de los tres gitanos de Lenau³⁴. Usted se parece a ese que está tumbado a la luz de la luna “el violín en las manos”, y que desdeña la vida en tres ocasiones, lo cual no le impide a la vez tocar una “cancioncilla alegre”. De todos modos, me cuesta creer que sus novelas sean alegres, sospecho que son tremendamente “modernas”.

- Si usted escribiera, señora, ¡no aparecería tampoco nada anticuado!

Se sonrojó súbitamente. Recordó su libro, el libro olvidado, repudiado, en el que otrora volcara todo el sufrimiento de su juventud, sazónada con tanta amargura. Qué lejos quedaba aquel recuerdo...

Los últimos invitados se marcharon. Travers se fue con ellos, al ver que Julian no lo retenía allí. Este estaba cansado de sus obligaciones como anfitrión y se estiró aliviado sobre el sofá.

- Bueno, Ulrike – dijo cogiendo su mano –, ¿no ha estado bien lo de hoy?

- Sí – exclamó –, ¡como una corriente de aire fresco! Dios, qué bien sienta.

- Sí – aseveró Julian –, es que hay tipos encantadores en mi regimiento.

* * *

Julian se retiró para echarse una larga siesta, y Ulrike dio su paseo diario. Desde que fuera recibida, al principio del invierno anterior, por una lluvia permanente nada más poner un pie en su nuevo hogar, se convirtió para ella en una necesidad imperiosa caminar fuera de la ciudad durante al menos una hora, con sus pasos rápidos, enérgicos, por la desierta carretera flanqueada por álamos que conducía hasta la siguiente colina “encantadora”.

³⁴ Nikolas Lenau (1802-1850), poeta austriaco, compuso el poema *Die drei Zigeuner* (Los tres gitanos). (N. del T.)

Durante estas caminatas sentía que se separaba de sí misma, y siempre regresaba con un nuevo ánimo y con intenciones renovadas de conducirse audazmente por las falsas aguas navegables a las que había ido a parar.

Sí, su matrimonio había sido un error, eso lo tenía claro hacía mucho. Las mujeres como ella, esa era su opinión, no encajaban en ningún matrimonio, al menos en ninguno con un hombre tan manifiestamente de la vieja escuela, que si bien poseía todas las virtudes del *vieux jeu*, también llevaba consigo todos los defectos. Todo empezó cuando, apenas comprometidos, hizo que su tía se instalara en Rapperswil, ya que la vida de su futura esposa le parecía muy independiente... Sí, la amaba, de eso estaba segura, pero se había enamorado de ella por puro azar, impulsivamente, y no había calibrado si también podría satisfacer a una persona como ella. Luego, cuando se dio cuenta de que no todo encajaba en su esquema, interpretó sus peculiaridades como defectos, e intentó erradicarlas. Buscando siempre la ayuda de la tía, ¡la tía, la tía!

Lejos de Rapperswil la obligó a ingresar en una institución religiosa³⁵. Allí, en presencia de todas las jóvenes de la nobleza, se llevó a cabo el casamiento. Luego se trasladaron a la guarnición, pues no quedaban vacaciones para el viaje de luna de miel. Se decía a sí misma constantemente que lo amaba, le perdonaba todo, incluso la premura con que fue arrebatada de su querido y sombrío hogar familiar junto al lago de Zúrich. Al principio creía de verdad que esto era así y, sin embargo, un día se dio cuenta de que se estaba mintiendo.

Y llegó la primera discusión. Se había desplomado el muro del jardín de la vieja casa en Rapperswil, y ella quería acudir allí para organizar durante cinco días las necesarias medidas de reparación. No se lo permitió. No admitía que su esposa viajara sola. Por esa misma época, Doris Katz acudió a Berlín. Ulrike quería invitarla. Esto tampoco se lo permitió. Sostuvo que la singular presencia de una mujer como Doris Katz causaría escándalo en el regimiento. Por primera vez ella le llevó la

³⁵ El término utilizado en el original es *Damenstift*, una institución religiosa para mujeres que se ocupaba de la educación de las jóvenes nobles. A diferencia de un convento, no se hacían votos. (N. del T.)

contraria con contundencia. Él le echó una larga perorata sin perder las formas ni un instante, sin adoptar en ningún caso un tono violento. Le dijo que las discusiones eran algo muy desagradable y muy poco femenino, y que las mujeres de su familia se habían andado siempre con cuidado en lo que atañía a los arrebatos impetuosos. Ella tendría que esmerarse por parecerse a ellas.

La que acudió a visitarlos no fue Doris Katz sino la tía; cada fiesta cristiana, la tía. Como un hilo se extendían las visitas de la vieja dama a lo largo de todo el año, y naturalmente las vacaciones se utilizaban para mostrarle agradecimiento por su cordial presencia mediante una visita de cuatro semanas a su lugar de residencia.

Esta había sido la historia de padecimiento de Ulrike en su primer año de matrimonio. En función de esto se calculaban sus perspectivas de futuro... Después de aquella primera disputa tomó una decisión. La cuestión de cuánto tiempo se puede soportar una vida semejante resonó durante días en sus oídos. Finalmente encontró una respuesta: pues hasta que uno no lo soporte más. Hasta ese momento pretendía mantener las apariencias, ante el mundo, ante sí misma y ante Julian.

Ciertamente él también la amaba, a su modo. Con frecuencia a ella le daba pena que Julian se hubiera equivocado tanto. Intentaba una y otra vez ser justa en lo referente a él. Tenía virtudes, buenos momentos, habría sido un esposo modélico a los ojos de muchas otras mujeres. Durante sus paseos a toda prisa se repetía de carrerilla todas sus bondades.

Hoy era una excepción.

Hoy no pensaba en él, solo en su antigua vida, en la espléndida libertad de los años juveniles, en su yo de antaño, en su libro, en el sol cálido y dorado que brillaba sobre otros países lejanos.

* * *

Entretanto Travers estaba sentado con las piernas cruzadas en la *Simpatía*, la cervecería al aire libre³⁶ de la ciudad: a la derecha un vallado verde, a la izquierda un bosque de rosas marchitas. Fumaba sus últimos cigarrillos berlineses y se preguntaba una y otra vez: ¿cómo se acerca la mujer al hombre?

* * *

Entre las buenas cualidades de Julian se contaba una gran hospitalidad con su familia. Con la misma cordialidad con la que invitaba a la tía, le abría también su casa a Fritz Travers. De este modo, pronto no hubo día sin que este destronado personaje de la gran ciudad se sentase al menos durante una hora con esa pareja famosa por su dicha. Y en toda la ciudad era solo Fritz Travers quien se daba cuenta de que esta felicidad no marchaba tan bien como la gente pensaba. Esas dos personas que habían cometido conjuntamente un error solo le debían aquella inmerecida fama a su capacidad de autocontrol. Hacía como si no se diera cuenta de nada, pues aún no había llegado el momento en que Ulrike se dignase a tratar con él sin máscara. Charlaban de forma intrascendente sobre sus antiguas amistades, dejaba que ella lo consolase cuando alguna vez se indisponía a causa de la minúscula ciudad. Con Julian hablaba de asuntos militares, de ascensos y del Código Penal del ejército. Y así vivían los tres con la mejor armonía; Travers consiguió incluso permiso para leerles su última novela.

Esta comenzaba de manera aparentemente inofensiva, un ambiente que parecía pintado con acuarelas apagadas, tenues y delicadas. Solo un experto percibía de inmediato la pasión contenida que bullía tras las sosegadas palabras. Por supuesto, Julian censuró que el primo tuviera inclinaciones literarias, sin embargo, su conciencia familiar era tan grande que estaba dispuesto a admitir esta mala costumbre del joven mientras no publicase sus obras.

³⁶ El término utilizado en el original es *Biergarten*. (N. del T.)

La largamente anunciada lectura había hecho experimentar a Ulrike un presentimiento temeroso. Le inquietaba que pudiera pasarle como al gigante que comenzó a sentir su antigua fuerza en cuanto tocó el suelo. No deseaba tener que pensar mucho en sus propios momentos de ambición, cuando la pluma se había deslizado presta sobre el papel en el cenador de Rapperswil. Mientras tanto, el lago mostraba su azul a través de la maraña de ramas, y el vapor avanzaba pesado y majestuoso sobre las olas. Durante años había negado su pasado, y no quería que le recordasen lo que había hecho.

Era una noche a principios de diciembre. La primera ventisca había rugido sobre los tejados, y toda la amargura del invierno flotaba en el aire, tan difícil de soportar al principio, cuando llega lo peor y uno tiene que esforzarse durante interminables heladas antes de merecerse la llegada de la primavera. Travers se sentó junto a una lámpara de luminosidad verdosa y comenzó su lectura. Con resignación, Julian se recostó en el sofá, y Ulrike sacó su mesa del área iluminada con el fin de ocultar su inquietud.

Julian escuchó brevemente con atención, luego comenzó a aburrirse y dormitar con la mano colocada sobre la frente, de tal modo que su postura pudiera corresponder a la de un oyente atento que cierra los ojos para que ningún estímulo visual perturbe el placer de la audición. La voz de Travers iba acelerándose, pero con un volumen más bajo; la trama de la novela se tornaba más ajetreada e impetuosa. Sobre el trasfondo cuidadosamente elaborado, se desarrollaba, a través de breves descripciones un drama turbulento cuyo héroe era el propio autor, sin refutaciones ni disimulo.

Avanzaba a toda velocidad por las páginas. Era consciente de que Julian dormía, de que podía leer como quisiera, con toda la ironía sentimental y el patetismo ronco que transmitía su voz nerviosa. También sabía que la mejor manera de resaltar su trabajo era leerlo él mismo, de la misma forma estremecedora y a trompicones en la que solía escribir.

Cuando concluyó, dejó sin mediar palabra el manuscrito sobre la mesa y se colocó en un taburete junto a Ulrike.

- Bueno – dijo –, ¿hay que cambiar algo?
- Sí – respondió con una agitación que él nunca le había visto –, el final; aparte de eso es impecable. Se trata de un trabajo

excelente, ¡una obra de todo un hombre! Únicamente hay que condensar y hacer más sólido el desenlace – hizo un movimiento con la mano como si presionara un objeto duro con todas sus fuerzas.

- ¡Oh, ya entiendo! – exclamó – ¡Sí, así! Estuve pensando sobre ello, pero no hubo manera. No era el momento adecuado.

- ¿Quiere que lo arregle yo? – preguntó.

- Claro, ¿es capaz de hacerlo? – replicó emocionado.

Ella se rio. Casi se había delatado a sí misma.

- Merecería la pena intentarlo – añadió rápidamente con serenidad.

- ¿Y le permitirían hacerlo? – miró hacia Julian y luego hacia ella con un gesto dubitativo que parecía reconocer todo lo que estaba dando vueltas en su alma –, ¿y si no tuviera autorización? – añadió.

- En ese caso, por supuesto no lo haría – manifestó brevemente.

En ese preciso instante se despertó Julian. Se reincorporó de inmediato a la situación y le gritó a Travers:

- ¡Mira que no dejarme publicarlo, amigo mío!

- No se me pasa por la cabeza.

- ¿Y a ti qué te parece, Ulrike? – preguntó con esa cortesía caballeresca que siempre usaba con su esposa, y que engañaba a tanta gente sobre la verdadera relación que los unía.

- Me hizo sentir intensamente trasladada al Vesubio – replicó –. Allí también hay zonas de aspecto monótono e insustancial: un viñado bajo el sol, un pequeño frutal florido estirándose rosado desde dentro de la lava solidificada. Uno pensaría que el asunto no puede ser tan peligroso, y entonces ocurre súbitamente lo desmesurado, y en el paisaje tranquilo se ven las llamaradas de fuego alzarse hasta el cielo. Esta es la técnica de nuestro amigo. Primero la exquisita descripción del medio, y luego de repente la tragedia, lanzada como una ráfaga de llamas. ¡Qué lástima que usted no haya nacido en algún lugar como un muchacho hambriento! Con este talento en el bolsillo podría conquistar el mundo, sin embargo, tiene que dejarlo sin utilizar y conformarse con beneficiarse de él solo en su conciencia callada. Verdaderamente es una desgracia.

Travers ingirió ávidamente los halagos de su hermosa boca encarnada. Era la primera persona que le daba ánimos. Sus

camaradas, a los que solía leerles algo a falta de otro auditorio cuando las noches eran demasiado aburridas, se habían limitado a reír.

- ¡Caramba! – dijo Julian examinándolos – ¡Qué colorados os habéis puesto! Confío en que la cena os refresque de nuevo. Yo, por mi parte, estoy hambriento.

Una vez que Travers se marchó poco después de la cena, Julian se encendió otro puro.

- Ulrike – comenzó enérgico – ¿Qué te parece de veras la obra de Fritz? Floja, ¿no? No he entendido muy bien que le hicieras semejantes elogios. No es bueno para él. Te ruego que no vuelvas a hacerlo.

- Le he dado mi opinión – replicó –. Su trabajo no es flojo. Me parece que tú no eres un crítico adecuado porque para ti el mundo podría funcionar perfectamente sin escritores. No necesitas la literatura para nada.

- Pero, por favor. Yo leo por ejemplo a Moltke³⁷.

- Claro, Moltke, porque tiene que ver con tu campo, y de vez en cuando lees también textos humorísticos, sin embargo, sobre el género de Fritz no tienes un criterio, y por eso eres tan injusto con su trabajo.

- ¡Lo dices casi como un reproche!

- En absoluto – replicó rebajando la progresiva excitación de su voz –. Mira, Julian, la novela de Fritz tiene el delicado sello de una primera obra, un tono determinado que no volverán a tener sus escritos posteriores. Todo está envuelto por un encanto juvenil, semejante a un soplo fresco de una fuerza que verifica por primera vez su movimiento. Esto tiene un atractivo indescriptible para mí, y el argumento de la historia desaparece por completo tras esa virtud. La trama es asimismo efectiva, pero al final hay una inverosimilitud. Hay que eliminarla. Le he dicho que quiero intentar hacer un cambio en el desenlace. Espero que no tengas nada en contra, Julian.

La siguió sorprendido con la mirada, mientras ella se movía a toda prisa por la habitación.

³⁷ Helmuth Karl Bernhard von Moltke (1800-1891) fue un oficial de alto rango que contribuyó de modo relevante a la transformación de Prusia en un estado hegemónico en el contexto alemán y de gran importancia en el europeo. (N. del T.)

- ¿Tú? ¡Te lo prohíbo, Ulrike! – exclamó con firmeza.

- ¿Por qué? – preguntó deteniéndose.

- Porque no me gusta que te entrometas en eso. Ya sabes que detesto las inquietudes literarias de las mujeres, y en la mía no las deseo en absoluto. Que escriba Fritz novelas modernas, si le apetece, pero si esto tiene un efecto contagioso sobre ti, le voy a prohibir que vuelva a tocar el asunto en mi casa. De todos modos, es una persona de la que hay que disfrutar con cautela. No se debe criticar ni censurar a los parientes, pero querría pedirte que no lo mimes con tus halagos. Estos muchachos sin experiencia no están preparados para soportarlo.

Ulrike permanecía inmóvil y escuchaba el alegato de su marido con una resignación indolente.

- Bien – dijo –, pues que cambie él mismo el final. Y dime, Julian, ¿tendrías también algo en contra si de vez en cuando escribo un pequeño artículo sobre cuestiones pintorescas? ¿Sobre las montañas de Roma, las Lagunas Pontinas, o sobre ciudades belgas?

- ¿Cómo se te ocurre semejante idea? – gritó. Efectivamente, Fritz te ha contagiado. Por supuesto que tengo algo en contra. Debes ocuparte del hogar, del regimiento. Ya de por sí no me parece bien que te muestres tan reservada con las otras mujeres. Me consta que se habla de ello. Es mejor que vuelques tus inquietudes en las obligaciones. ¡No entiendo cómo se te ocurre de repente pensar en la escritura!

Se acercó a él, y puso con suavidad su mano delgada y fuerte sobre su hombro.

- ¿No se te ha pasado nunca por la cabeza, Julian – preguntó con voz queda –, que, en esta ciudad, con este modo de vida, podría echar algo en falta?

Lo miró expectante, como si estuviera a punto de tomarse una decisión, sin embargo, su interpelación le pasó completamente desapercibida.

- Una esposa respetable no tiene por qué aburrirse – replicó disgustado -. Toma como ejemplo a las otras damas del regimiento, ellas tampoco se aburren. Piensa en las hijas del Mayor, se pasan todo el día cociendo cerámica, pintando, o entretenidas con algún mercadillo benéfico.

- Pero Julian – exclamó Ulrike –. Que Dios me libre de caer tan bajo para coger el horno o la caja de pinturas, y dedicarme a esos quehaceres sin ningún talento. Perdona, pero a lo largo de mis viajes he adquirido un concepto del arte demasiado elevado como para que me pueda sentir satisfecha pintando violetas en cajas de puros o grabando molinos de viento en sacabotas. Y encima haciéndolo tan mal como esas pobres muchachas.

- Las juzgas muy injustamente – replicó Julian –. Conlleva algo infinitamente grato para la vida familiar que esos pequeños talentos se desarrollen, y que a través de ello las personas encuentren satisfacción. No puedo comprender que seas tan poco ecuánime. Cuando el otro día viste sus objetos, pusiste una cara tan amable e interesada que hube de sentirme complacido con mi encantadora esposa.

- Solo soy encantadora por ti – clamó poniéndose más enojada – ¡solo por respeto a ti! Si fuera más sincera, estaría espantada por la estrechez de miras de este lugar.

- ¡Ulrike! – gritó mostrando sus reproches –. Ahórranos a los dos una escena. ¿Para qué planteas semejantes cuestiones? Si tienes la necesidad de escribir, entonces escribe cartas.

- ¿A la tía? – preguntó irónicamente.

- No te haría ningún mal escribirle con más frecuencia. También ella vive en circunstancias que quizás te parecerán pequeño burguesas. Deberías aprender de ella, de lo agradecida que está por su destino.

- En efecto, ella nunca ha conocido otro tipo de vida. Sus viajes no llegaron tan lejos. No tiene ni idea del mundo real.

- Ulrike – dijo mientras se deshacía de su puro –, si te resultaba tan difícil renunciar a tu vida anterior, ¿por qué te casaste conmigo?

Deseaba darle una respuesta rápida, fulminante, sin embargo, acostumbrada como estaba a dominarse, se contuvo en el último momento.

- Por amor – respondió optando por mostrarse pacífica –. Ya lo sabes. Ah, Julian – exclamó juntando las manos –, vámonos de viaje en primavera durante algunas semanas, ¡por favor! ¡No tenemos motivo para no hacerlo! ¡Lo disfrutaríamos tanto, tú y yo! ¿No ves que nos conocimos viajando? Sería como una repetición de nuestro primer contacto. Vayamos a Rapperwil, a la

vieja casa gris, la querida casa que añoro tan a menudo. Y después sigamos bajando, hacia Italia. ¿No sientes el aliento extraordinario que existe en la sola idea de alejarse de los montones de nieve y de las tormentas primaverales rumbo al sur, hacia un país tan alegre? ¡Y en ese caso yo me convertiré en tu cicerone! Lo conozco todo tan bien. Te mostraré Roma y Florencia, y luego tendríamos que seguir hasta Paestum, donde están situados los templos. Tienes que verlo, se te va a salir el corazón, ¡y vamos a ser tan felices!

- Ulrike – rechazó -. Deberías haber sido capaz de sepultar tu fanatismo viajero en el matrimonio.

- Oh, Julian – le rogó -, no digas que no. Si tengo esto en perspectiva, me dedicaré todo el invierno al regimiento, no me preocuparé más de las novelas de Fritz. ¡Vamos de viaje! Seguro que consigues cuatro semanas de vacaciones.

- No, Ulrike – dijo concluyente -, esta primavera no nos vamos de viaje. Ni pensarlo. No entiendo que te pongas así. Me encuentro justo al lado del comandante, no puedo marcharme. Deberías habértelo pensado antes de tu boda.

Se marchó rápidamente de la habitación. El ruido de puertas delataba que iba al establo a supervisar los caballos.

Estaba sola. No habría hecho falta que se dominase, podría haber gritado, mostrarse horrorizada a sus anchas, sin embargo, permanecía allí únicamente con desesperación muda, susurrándose a sí misma: un caso sin solución... Y esta desesperanza fue lo que se precipitó sobre ella como una pesada angustia. ¿Qué había sido de su hermosa y suntuosa vida? Una de esas existencias subyugadas, respecto a la que millones de personas no reconocerían el derecho a quejarse, que incluso desde la distancia es objeto de envidia por la aparente buena suerte. Y, sin embargo, cuando estos se encuentran a solas, sienten en el alma unos remordimientos que creerán que los ahogan.

Sí, su juventud había sido triste; había aprendido a infravalorar a la gente como consecuencia de sus amargas experiencias, sin embargo, después todo mejoró: podría haber bebido vasos llenos de un hermoso presente como compensación por los antiguos sufrimientos. En cambio, retiraba voluntariamente el recipiente de sus labios, sacrificaba su forma de ser, ajustaba su existencia a

un mundo mezquino en el que no encajaba, y al que ella tampoco le correspondía, y ¿a qué precio?

Sí, se había casado con Julian “por amor”, pero ¿cuántas tonterías no se hacen “por amor”? Cada día, cada hora, las personas son víctimas de semejantes desaciertos amorosos. Desde luego lo seguiría amando, si él hubiera seguido siendo como cuando apareció en las montañas: un hombre serio, caballeroso y cordial. Entonces, con la luz crepuscular de Rapperswil, en el momento en que con tanta gallardía y rapidez tomó las riendas de la suerte de ambos. Pero formaba parte de aquellos que dependen por completo del entorno correspondiente, que son capaces por una vez de sentir con más libertad y rapidez, pero que, de vuelta a casa, a las obligaciones habituales, son invadidos de nuevo por la anterior estrechez de miras, por la antigua pedantería. Y él no deseaba volver a desprenderse de las imposiciones del terruño. ¡Se encontraba al lado del comandante! Ante una perspectiva tan fascinante los deseos de su esposa habían de pasar de momento a un segundo plano.

Se echó a reír irónicamente cuando se percató de este panorama. Ay, ella era tan poco militar, ese asunto no tenía ni un ápice de emoción. Entonces se dio cuenta de que podía poner en cualquier momento punto final a ese tipo de vida. Simplemente le bastaba con decirle quién era el autor de esas *Desdichas modernas* que él tan poco apreciaba. Luego vendría el desastre, de una forma u otra. Sin embargo, su sentido estético, su buen corazón y su seriedad se resistían a la violenta y prematura sacudida de una salida tan desagradable. Ella era una persona muy razonable. Se culpaba a sí misma mucho más que a él de que la felicidad conyugal no anduviera bien. Sentía lástima por sí misma, pero él le daba más pena, por haberse tenido que enamorar de ella en un desacierto sentimental ciego. Gozaba de una considerable objetividad en su opinión sobre él, sabía que había mil jóvenes que no habrían encontrado nada reprochable en este hombre. Pero ella no era una más entre esas mil, ella pertenecía a una clase nueva y extraordinaria que había sido creada por los nuevos tiempos, una de las personas rudas e intrépidas que poseían una energía masculina y, sin embargo, en su encantadora apariencia resultan peligrosas por su feminidad, su elegancia y su belleza a la gente sin conocimiento de la naturaleza humana. Esa gente que

solo espera a la “marisabidilla” en criaturas sin gracia, poco atractivas, y que aún no han comprendido su elevado refinamiento, su mejorada versión actual.

Le habría apetecido ir a decirle: No has tenido buena fortuna y te mereces una mucho mejor. Déjame volver al lugar del que vengo. Separémonos de forma pacífica, y ambos seremos más felices. Pero sabía que él no admitiría semejante acuerdo. Consideraba el matrimonio como una obligación perpetua, como un tener que resignarse por fidelidad a las obligaciones, incluso cuando la batalla estaba perdida... ¡Si fuese al menos capaz de percibir toda la magnitud de la desgracia! A veces le daba la impresión de que era muy feliz con ella. El dominio de sí misma y su simpatía forzada lo confundían. De vez en cuando desaprobaba esto y lo otro, claro que refunfuñar un poco forma parte de la vida de algunos hombres.

Así que la culpa era suya...

Suspiró profundamente. Se dijo una y otra vez que tenía que seguir desempeñando su papel, que no tenía derecho a liberarse. Y cogió la lámpara de la mesa y le alumbró cuando venía del establo, después de haberlo oído reprender al mozo dos minutos antes.

Julian se mostró visiblemente complacido porque ella parecía haber reconocido su equivocación. Su tono enojado se transformó de inmediato en la voz galante y melodiosa de las reuniones, y por ahora las aguas volvieron a su antiguo cauce.

* * *

Llegó la Navidad, y como precursora apareció naturalmente la tía desde el convento. La vieja dama sentía un cariño entusiasta por Fritz Travers, y no pasaba un día sin que el joven húsar hiciera resonar una o dos veces los escalones de la casa de Julian. Por entonces, Ulrike tuvo una experiencia desagradable que la indispuso aún más contra la pequeña ciudad. Recibió una carta anónima que analizaba las frecuentes visitas del joven de una forma que a ella nunca se le había pasado por la cabeza. Las cartas anónimas deberían ser quemadas y olvidadas, pero eso es precisamente lo más indigno de estas flechas envenenadas por la

espalda, que parte de su veneno se queda prendido hasta en el lector más avezado.

Ya no le alegraban las visitas de Travers y comenzó a tratarlo peor. Cuando este llegó una noche con una obra para leérsela a ella y a la tía, le aseguró que tenía que hornear repostería navideña y lo dejó a solas con la noble dama. Travers no hizo ningún gesto, y no dejó traslucir ni un ápice de su disgusto, sin embargo, cuando Ulrike regresó unos minutos después, dirigió hacia ella sus miradas inquisitivas como fanales inquietantes. Pero sin decir nada en palabras.

Si bien Ulrike, como alguno podría pensar, poseía todos los defectos de su género, también tenía una gran virtud de este tipo de mujer: los galanes no le resultaban atractivos, no sentía ninguna necesidad de coquetear. Tenía suficiente que sentir y que pensar, su espíritu albergaba tal abundancia de intereses por todo lo grande, hermoso y maravilloso de este mundo que en realidad no había ningún vacío en su vida interior, de esos en los que otras mujeres se sienten obligadas a colocar un pretendiente. Siempre le había tenido cariño a Travers, y su talento intenso y extraño la cautivaba, sin embargo, una vez que le habían quitado su candidez al respecto, se desvaneció la satisfacción que le procuraba su trato.

Comenzó a observar sus miradas, y de repente se dio cuenta de que llevaban escrito amor y veneración. ¡Ella no quería eso! Si acaso tarde o temprano tenía que terminar su relación con Julian, eso no debía suceder a causa de Travers. No quería romper una relación que había iniciado henchida de amor a causa de un flirteo, de habladurías, como ocurría miles de veces en las novelas y en la vida real.

¿Pero cómo?

¿Qué iba a suceder?

* * *

Comenzó el nuevo año. Un invierno desolador con tormentas y nevadas se impuso sobre el este de Alemania; todas las pequeñas ciudades se dispersaban allí, ensimismándose en un gris velo de melancolía o siendo asaltadas por montañas de nieve

como en el antiguo poema del Muro de Dios³⁸. Los meses transcurrían con una monotonía lenta. Se detuvo el contacto con el mundo exterior. En ese invierno de nieves, ni siquiera los periódicos llegaban con puntualidad a la guarnición, que permanecía al margen del tráfico comercial. Ulrike suspendió incluso sus habituales paseos porque los campos estaban demasiado feos y los caminos excesivamente sucios. En cambio, las “relaciones sociales” florecieron con enorme exuberancia. Se bailaba en habitaciones estrechas al ritmo de mala música, se servían banquetes en los que todo estaba dispuesto indefectiblemente en función del rango, de modo que cada cual podía deducir por anticipado quién iba a ser su vecino y de qué hablarían. La gente buscaba el placer sin pausa, y con el ánimo de la desesperación, Travers se precipitó al bullicio banal solo con la intención de exhibir su protagonismo ante Ulrike, y al menos darle que pensar con sus artes para los eventos de sociedad. Ella ya no bailaba, ni siquiera con él. Cada vez se hacía más inaccesible, y las damas del regimiento consideraban que “con ella no se hacían progresos”, que “no se hacía amistad”, que “era arrogante, excepto frente a Travers”, y consecuentemente se cotilleaba sobre ambos.

Travers se daba cuenta y se sentía indignado porque no había motivos para ello. Comenzó a odiar a Julian, el silencioso y flemático Julian que era capaz de tratar tan mal a su esposa. Y, sin embargo, era él quien los invitaba una y otra vez a casa con el fin de satisfacer a la tía. La falta de celos de Julian casi le resultaba ofensiva. Claro que en el caso de Ulrike la precaución era apenas necesaria; ella se custodiaba a sí misma gracias a su frialdad. Evitaba prácticamente mirarlo, encontrarse con él a solas, y cuando en las reuniones permanecía demasiado tiempo sentado junto a ella, lo enviaba decididamente de vuelta con las jóvenes.

* * *

³⁸ Se trata de una referencia al poema de Clemens Brentano (1778-1842) *Die Gottesmauer*.

Un domingo (Travers comía todos los domingos con sus parientes) se mostró particularmente agitado. Durante la sobremesa sacó de repente un periódico del bolsillo.

- ¿Sabía – le preguntó a la noble dama – que se ha descubierto un nuevo talento literario? Ulrich Krieger, ¿ha oído ya el nombre? El crítico del periódico berlinés más influyente está haciendo una gran propaganda de este nuevo genio, a pesar de que habitualmente suele mostrarse muy despectivo y poco complaciente. *Desdichas modernas* se titula el libro, lo tengo fuera en mi abrigo. Mi librero berlinés me lo envió hace unos días, pero no tuve tiempo de leerlo hasta anoche a causa del servicio. Lo leí de un tirón, era tan soberbio que no podía soltarlo. Y para mi asombro, veo hoy en el desayuno que Ulrich Krieger no sería un hombre sino una joven dama. Bueno, de verdad, una dama a la que incluso yo casi envidio por su valentía ¡Caramba! Por cierto, este caso demuestra una vez más cuánto depende del azar la fama de un autor. La obra se publicó hace un año y medio, y nadie se había interesado por ella. Ahora cae en las manos de un experto que se entusiasma por el nuevo talento, asume el papel de su protector, y apuesto que en breve será este joven Krieger, más bien esta joven Krieger, hasta tal punto la sensación del momento que *Desdichas modernas* estará sobre todas las mesas.

Él jugaba con el periódico ante el que Ulrike contraía nerviosamente los dedos, sin embargo, se contuvo y guardó silencio.

- Y usted, querida prima – prosiguió Travers – que se interesa momentáneamente por la buena literatura, aunque ese interés parezca reprimido tras los placeres de esta época del año, ¿no ha oído usted hablar de esta nueva estrella? Usted estuvo antaño familiarizada con todos estos asuntos.

Ulrike perdió su mesura a causa del impacto que le producía la proximidad del periódico desde el que soplabla sobre ella un aliento de gloria, y respondió imprudentemente:

- No.

Trajeron la mesita para el café. Se apartó de los demás para prepararlo todo. Julian, que fumaba en la habitación contigua de un lado para otro, se acercó a ella y la ayudó a prender la llama del samovar. Utilizaba las tazas como si estuviera soñando,

permanentemente veía ante sus ojos el periódico que la tía ya había hojeado un poco.

- Ven, te haré sitio para las tazas – le dijo y retiró el diario de la mesa –.

- Vaya, todavía falta el licor –. Se sentía como si le temblase la voz, como si todos fueran a darse cuenta, y finalmente cogió el cestito de las llaves y a la vez, con todo el disimulo posible, el periódico, y salió de la estancia. Atravesó a toda prisa el vestíbulo y entró en el pequeño salón situado del lado de la calle, donde penetraba la luz crepuscular con una palidez invernal... Y allí se encontraba, y leía con respiración acelerada sobre su libro, su talento, su fama. Y una corriente embriagadora como champán impetuoso fluía por sus venas. Sintió un calor que nunca había experimentado en esa ciudad donde siempre se había congelado. Sintió que era una criatura especial llena de vida, con fuerza y facultades.

El libro, la obra repudiada de la que no había tenido ningún ejemplar en casa desde su boda, por temor a que la delatase. Su primera novela, que llevaba aparejada una larga historia de ambición, orgullo y preocupaciones, reaparecía de repente en su vida, con más importancia y más significado que nunca. Ese era su yo, su singularidad, su personalidad reprimida al completo que le salía de nuevo al encuentro puesta en su camino por la casualidad. La mitad de su ser, de la que había querido deshacerse, y que ahora exigía su lugar con más firmeza que nunca.

El sol del atardecer dibujaba fuera unas franjas amarillas sobre el cielo gris acero. Las torres de la iglesia cubiertas de pizarra permanecían tenebrosas como siempre sobre los tejados rojizos. Sin embargo, ella veía a través de otros ojos, ante ella se abría de pronto otro mundo. No oyó que alguien entraba en la habitación, alguien que examinaba su rostro con una mirada singular, y que vio sus ojos tan satisfechos mirando hacia el periódico. Hasta que no oyó su nombre, no se despertó del sueño.

Travers se encontraba junto a ella.

Algo cambiaba en su rostro. Adivinaba y deducía; sus pensamientos se precipitaban de una suposición a otra a la velocidad del viento.

- Le interesa tanto el autor desconocido – le dijo, y por primera vez su voz adoptó frente a ella un tono insolente – que devora esta crítica con la misma sed con la que un niño engulle los cuentos. Pero no podemos privarnos de usted a la hora del café, Julian no puede pasar sin su licor, y yo sin la señora de la casa. La tía ya está leyendo *Desdichas modernas*, y a Julian le altera que las mujeres escriban este tipo de libros. Resulta que él conoce la obra y afirma que usted también, pues tuvo su relevancia en la historia de su compromiso. O Julian se confunde o usted la ha olvidado. ¿No es cierto que las cosas irrelevantes se olvidan?

Ulrike miró a Travers con inquietud. Y mientras investigaba en sus ojos si él albergaba alguna sospecha respecto a ella y el libro, leyó espantada dentro de ellos que la amaba, que la amaba apasionadamente.

¡Y ese hombre estaba a punto de descubrir su secreto!

Se puso a tiritar. Salió a toda prisa como si tuviera que huir de él. Allí se encontraba sentada la tía con *Desdichas modernas* en la mano, y Julian le estaba diciendo:

- No me lo llegué a terminar, no entiendo cómo a las mujeres les gusta escribir semejantes cosas. Por mí podrían escribir poemas líricos, si bien una mujer que lo hiciera tampoco sería mi tipo. Bueno, Ulrike, ¿traes el coñac?

- Pero prima, ¡defienda usted a las personas de su mismo sexo! – exclamó Travers.

- No discuto sobre opiniones – dijo Ulrike con frialdad, casi hostil, y cogió una labor.

- Entonces tendré que hacer yo de abogado – replicó Travers – . Yo sostengo que quien tiene talento, ha de escribir. Quien tiene el coraje de su convicción, tiene el derecho a colocarse frente a la multitud y decir: ¡Mirad!, ¡así es la vida! Así lo he visto yo con estos vigorosos ojos. Se trata de una cuestión seria, y uno se hiere los pies en mil piedras afiladas mientras camina por el mundo. ¿Por qué callar? ¿Por qué disimular lo que no es grato? Todo aquel que sabe hablar comete una injusticia si se mantiene en silencio. Nuestra época ha producido también buenos oradores entre las mujeres, ¿quién lo quiere negar? El talento lo disculpa todo, y si un libro de una mujer es demasiado masculino, esto escandaliza a las mentes estrechas, pero a las elevadas las deja indemnes. Las obras han de ser juzgadas por sí mismas, no

importa quién sea el autor. Si ha creado algo completo, es que es una persona completa. Estas *Desdichas modernas* pertenecen a un espíritu fuerte, eso se percibe en cada página, y sienta muy bien en estos tiempos difíciles.

- Pero, conde Fritz – dijo la tía ajustándose las gafas–. Berlín permanece aún en cada parte de su cuerpo. Usted tiene un modo de pensar terriblemente moderno.

- Soy culto y sin prejuicios – replicó, dirigiéndose sobre todo a Ulrike –. No veo por qué debería disimular. No me resultaría posible vivir en un fingimiento permanente.

Las manos de Ulrike temblaban. Compartía cada palabra que Travers había pronunciado, sin embargo, respiró aliviada cuando él se marchó por fin, y dejó de tener cerca su inteligente y agitada cara de gitano. Era consciente de que empezaba a sospechar, pero se decía a sí misma que no podía saber nada en particular, y tomó la decisión de defenderse de sus conjeturas y de su amor con todas las fuerzas a su alcance.

En cuanto se encontró a solas, leyó una y otra vez el periódico. Su primer éxito, perdido y limitado, pero al fin y al cabo un éxito.

* * *

Travers escribía un diario, como muchas de las personas que son un problema para sí mismas. ¡Qué insensatas son incluso las mujeres más inteligentes!, escribió esa misma noche. ¡Hacen una representación durante años, y una simple mirada las delata en un segundo! ¿Por qué dijo “no” cuando le pregunté inocentemente? Algo vibraba en ese “no” que sonaba a mentira, y que me llamó la atención. Luego, el desasosiego nervioso que evidenciaba su pasividad y casi hizo que se quemara los dedos con el samovar. Y cómo hizo desaparecer el periódico de la mesa asegurando que no lo había visto. ¡Ajá! Julian no ve nada, pero yo lo veo todo. ¡Cómo se marchó corriendo! Incluso dio un portazo, algo que nunca antes había hecho. Y después junto a la ventana en el pálido atardecer... la fiebre en los ojos, el temblor en la mano. Entonces lo supe: era su libro. ¡Y Julian no tiene ni idea! Ella tiene su secreto, su *jardin secret* igual que otras personas, y no quiere

ayudarme escudándose en la prohibición de Julian. Es desgraciada y me lo niega. Aquí no encaja con nadie, excepto conmigo. Nos entendemos, sentimos y pensamos lo mismo, somos del mismo tipo de persona, aunque ella no lo quiera admitir. Pobre mujer hermosa, esto se te da fatal. Estás *mal mariée* y rehúsas el consuelo. ¿Pretendes seguir viviendo sin amor? ¿Enterrar tu talento?

Debe ayudarme, no saldré adelante solo. Todas mis novelas fallan al final. Tenemos que trabajar juntos, hay lazos espirituales que son muy tentadores. Y además la amo, no puedo pensar en nada más que en ella. Es extraño que fuera precisamente yo quien tuviera que informar antaño a Julian sobre el objeto de su llama. Y con qué frialdad lo hice, con qué objetividad...

Pero ella se ha transformado en otra persona desde entonces. La chica escéptica, que se encontraba tan desplazada en el círculo de los ricos burgueses, produce un efecto diferente al de la mujer bella ante el miserable fondo de este rinconzucho provinciano.

Hay tanta raza en ella...

* * *

Por entonces Julian perdió la medida. Las personas desconsideradas dan forma con una imprudencia formidable a habladurías salidas de la nada; fue precisamente una de esas charlas en un baile que no estaba destinada a él, la que repentinamente penetró en sus oídos.

¡Así que estaban hablando de Ulrike y Travers! El “se dice” de la pequeña ciudad y del regimiento encontraba preocupantes las casi diarias visitas a casa de Julian de un teniente de húsares conocido por su falta de principios.

En el mismo instante en que Julian percibió los cuchicheos de dos damas en el baile, vio a su mujer y a su primo apostados en el balaustre de la ventana. Le dio la impresión de que todas las miradas recaían sobre ellos, que los despreocupados ojos de Travers brillaban de un modo extraño, y que en los rasgos de Ulrike había un resplandor desacostumbrado.

En realidad, era una sospecha infundada. Ulrike acababa de rechazar un vals, y Travers simplemente preguntaba por qué tenía que tratarlo siempre como si fuera el último mortal. Respecto al supuesto secreto, se mantenía en silencio. Le había encargado a un amigo berlinés averiguar toda la verdad en la editorial de *Desdichas modernas* costase lo que costase. Así que se ahorra ese impacto hasta que lo tuviera claro.

Julian no tenía ningún motivo para la sospecha. Ulrike se comportaba de modo absolutamente correcto y, sin embargo, hoy se había precipitado por primera vez la antorcha de los celos en su alma apacible. Sufría por ello como por algo indigno, pero comenzó a hacer una observación precisa de Ulrike. Nunca había percibido como algo inoportuno la fría corrección que había caracterizado su comportamiento hacia ella tras el afecto inicial. Detestaba las caricias ostensibles y dejarse ir con pasión. En el fondo Ulrike era exactamente la mujer que él había deseado, y solo a veces le molestaban las extrañas ideas que le surgían de repente y su inclinación por los lugares lejanos. Había asumido como un tributo de culpabilidad la docilidad con la que intentaba compensar de inmediato las pocas escenas que ella le había hecho. De vez en cuando le parecía como si realmente se hubiera equivocado con ella. Luego miraba las parejas a su alrededor y se tranquilizaba pensando que el mundo era imperfecto en todas partes. Darle demasiadas vueltas a semejantes cuestiones era algo que hasta entonces no le habían permitido sus agotadoras obligaciones.

Verbalizar su desconfianza le parecía algo poco elegante, así que callaba. No obstante, Ulrike percibió en los días siguientes que algo había cambiado en su carácter. No sabía cuál era el motivo. Supuso que quizá él estaba recibiendo también escritos anónimos. Se preguntaba si la indudable y fría desaprobación de la que hacía alarde estaba fundada en Travers o en el libro. ¿La cuestión de la que era culpable o aquella de la que era inocente? No quería hacer preguntas. Se temía explosiones fatales.

La tía se iba sumergiendo cada vez más en *Desdichas modernas*. La diminuta figura se inclinaba sobre el volumen rojo con la fanática pasión lectora de una joven principiante, este aparecía una y otra vez como un invitado preocupante entre la costura y se presentaba siempre de nuevo ante los ojos de Ulrike.

¡Sí, el libro!

¡Hacía tanto tiempo desde que lo hojeó! Ahora se sentía impelida casi con un anhelo amoroso hacia el interés pasado de tenerlo entre sus manos y leerlo. Casi lo había olvidado a lo largo del último año. Solo se acordaba vagamente de esto y aquello, y no se atrevía a tocarlo.

Las cartas de Doris Katz contrastaban radicalmente con la indefinida presión con la que vivía en estos días, con la dureza del invierno y la miseria provinciana. Venían desde la primavera suiza hasta el frío desierto que había por todas partes. Ulrike cerró los ojos con anhelo una vez que había leído los animados renglones. Se sintió como llevada en volandas por las alas del viento hacia el sur, creyó oír murmurar a los cipreses o el fluir de las fuentes florentinas, oler las olas del Arno y las flores, beber todo el esplendor con miradas medio muertas de sed.

Doris Katz pasaba marzo en San Gimignano, aquel pueblo de montaña alejado del mundo en la Toscana, donde las torres familiares de la Edad Media se elevaban en el aire romas, extrañas y fabulosas, donde un delicado aire primaveral extendía su olor sobre la tierra dichosa y el luminoso brillo del sol se posaba triunfal sobre las antiquísimas murallas.

La avispada joven se había dado cuenta hacía mucho de que la felicidad de Ulrike era una quimera que se había disuelto en el viento después de un breve periodo. Consolaba a la amiga con una delicada simpatía al hablarle del éxito y la gloria y de las nuevas ediciones de *Desdichas modernas*, que se vendían con muy buena acogida. Cada carta aumentaba el deseo de Ulrike de desplegar nuevamente las alas. Era una naturaleza itinerante, un ave de paso. No cabía en ninguna jaula. Y mientras un mar de pensamientos la llevaba a la lejanía, tenía que vestirse para el baile que el coronel ofrecía en el casino.

En la sala caldeada olía a gas y polvo, y cuando las puertas se abrían penetraba además olor a cocina. Las chicas más jóvenes y los tenientes novatos por supuesto no se daban cuenta de ello. A Ulrike, sin embargo, le ponía los nervios a flor de piel. Se retiró hacia el rincón más apartado de la sala, y se acomodó resignada junto al naranjo plantado en un cubo gigantesco que era el orgullo del dueño del casino, y que presenciaba sin falta todas las fiestas que alborotaban el recinto. Cansada se recostó en la silla y se puso

a reflexionar sobre quién se encontraba en ese entorno fuera de lugar, ella o el naranjo, cuando de repente se acercó a ella Travers con los ojos relampagueantes. Acaba de aparecer, algo centelleó en sus gestos delatando un elevado estado de ánimo, como si viniera directamente de una experiencia fortalecedora o como si le esperara esta.

- ¿Va a bailar hoy conmigo, estimada prima? – preguntó –. Al menos permítame que la felicite por el enorme éxito de *Desdichas modernas*. La segunda edición ya está agotada.

Inclinó su mirada triunfante hacia ella.

Estaba convencida de que quería sacarle el secreto.

- Buena noticia para el editor – dijo con una serenidad forzada –, por lo demás no me interesa especialmente. Mientras tanto contemplaba con mirada aguda al elegante oficial que se encontraba ante ella dando muestras de una caballerosidad tan ejemplar. ¡Ah! Era tan poco apropiado como confidente de una mujer prudente: esta cosa intermedia entre amigo intelectual y galán apasionado que estaba siempre presto a traspasar todas las fronteras tan pronto como ella se lo permitiera.

Su fingimiento irritó a Travers.

- Realmente tiene usted mucho coraje, hermosa prima – dijo –. Permanece en la fortaleza de sus secretos y no abandona las murallas. Incluso al amigo, al aliado, le impide acceder al puente levadizo. Sería más sencillo que me dijera: “Vale, yo he escrito el dichoso libro, ¿pero a usted qué le importa? Usted es demasiado listo para no valorarlo, demasiado caballero para delatarme.” ¿Resultaría tan horrible compartir un secreto conmigo?

- Sí, conde Fritz – replicó enfáticamente –, ¡sería horrible! Usted comenzaría en seguida a hacerme la corte de manera letal, y eso no lo quiero. ¿Qué diría la gente al respecto?

- ¿Cortearla letalmente? ¿Acaso cree que la gente no lo está afirmando ante nuestras narices? Ya es demasiado tarde para pararlo...

- ¡Pero es que mienten! – exclamó Ulrike –. Tenemos la conciencia tranquila.

Travers se retorció nervioso el bigote.

- ¡Una conciencia que a mí no me procura ningún placer especial! – sonrió.

Ulrike se levantó con impaciencia. El suelo le quemaba bajo los pies. ¿Qué sabía ese hombre de su autoría? Y en caso de que supiera algo después de que su suposición se hubiera convertido en certeza, ¿qué tenía que opinar él de este matrimonio, en el que el esposo apenas sabía nada de su mujer más allá de su aspecto externo?

- Solo un minuto – le pidió Travers –. Quiero aconsejarle que tenga hoy cuidado con el diario vespertino. No me refiero obviamente a los periodicuchos de aquí, sino a nuestro periódico berlinés. Hasta donde yo sé, solo están disponibles nuestros dos ejemplares, de modo que la noticia difícilmente caerá en las manos de esta gentuza. Cuidado con la tía, que últimamente se ha convertido en un ratón de biblioteca, y con Julian...

Él se regodeó en su súbito sonrojo.

- Efectivamente usted es diferente a otras mujeres – prosiguió, mientras sacaba de la bocamanga un papel doblado –. Ahora habría esperado su palidez, y usted elige el color púrpura. Aquí está el artículo, por si acaso estuviera usted interesada.

Agarró mecánicamente el recorte y se puso a leer precipitadamente.

Bajó el titular *Noticias literarias* se encontraban las siguientes líneas:

“A las muchas consultas que han llegado a nuestra redacción en referencia al seudónimo de Ulrich Krüger podemos responder en este punto que la autora de *Desdichas modernas* es la esposa de un oficial de alto rango destinado en la guarnición de San en la Alta Silesia. Presumiblemente dentro de poco seremos capaces de comunicar el verdadero nombre de esta dama que ha de ser considerada entre los talentos más destacados de la literatura moderna.”

- Sí – dijo Travers con una sonrisa de superioridad –, quien lea esto, y simplemente disponga de sus cinco sentidos, es muy poco probable que se equivoque. Sinceramente envidio a Ulrich Krüger por sus laureles.

Ulrike respiró profundamente.

- Le doy las gracias, conde Fritz – y lo miró por primera vez desde hacía mucho completamente y de manera franca a la cara –. Usted me ha prestado un servicio, si bien este quizá tenga unas consecuencias diferentes a las que usted cree. Y ahora voy a

seguir demandando su ayuda: ¡Sáqueme de este baile! Comprenderá que no deseo permanecer más aquí cuando la tía puede estar leyendo el periódico vespertino. Hay que poner el diario a buen recaudo mientras quede tiempo. Más tarde habrá que pensar en el paso siguiente.

- Sí – replicó –, tiene toda la razón. Sobre todo, hay que evitar que el periódico caiga en manos de Julian. Él no sería capaz de comprenderlo con su exagerada aversión contra todo lo que sea moderno, poderoso, ajeno a las costumbres anticuadas. No lo necesita como consejero espiritual, para eso ya me tiene a mí...

- Sí, lo tengo a usted – dijo Ulrike, y sobre su semblante recién reanimado se deslizó un trazo de ironía que, sin embargo, a él le pasó desapercibido –. Yo desaparezco ahora – prosiguió con rapidez –, con el pretexto del dolor de cabeza que siempre resulta algo novedoso. Le voy a pedir a la pequeña hija del comandante que me acompañe hasta el guardarropa. Julian se quedará, pues en un momento comienza su rigodón con la esposa del mayor que no se perdería por nada del mundo. Me voy sin Julian y, sobre todo, conde Fritz, sin usted. Permanezca a la vista de Julian para que no lo eche de menos. Están controlando nuestra conversación desde todas partes. Por favor, una cara de verdadera indiferencia, y buenas noches – se detuvo – por el momento.

Se escabulló. Él mantuvo una pose precavida, pero no se resistió a seguirla con la mirada. ¡Qué hermosa era! No se trataba de una *beauté* convencional, no para las masas, no, para eso resultaba demasiado insensible. Era algo para el entendido selecto. Y sus vestidos, que lo trasladaban a Unter den Linden, a los escaparates de Bister o Michaelis.

Y la aureola de la estrella literaria emergente...

Se sentía extraño y dolorosamente excitado y, sin embargo, por primera vez estaba a sus anchas desde que pisara con sus ceñidas botas de charol el deficiente pavimento de esta guarnición del este.

Por sus labios rondaba un triunfo callado. ¡Conozco a las mujeres!, pensaba. Ella se apresura hacia casa para ocultar el periódico con el fin de que nadie lo lea, ni la tía, ni la servidumbre, ni Julian. Se encargaría de que no llegaran más noticias de este tipo... Y el conde Fritz cogió un vaso de ponche de la bandeja del criado que pasaba junto a él, y lo vació pensando en ella y, si no

había más remedio, en la amistad intelectual que se veía capaz de establecer.

A Julian le inquietó la desaparición de Ulrike, sin embargo, de ningún modo podía dejar plantada a la mujer del mayor en el rigodón. Observó con especial atención si Travers también se marchaba, y al menos se sintió tranquilo a ese respecto mientras veía al peligroso primo revolotear de una hija del regimiento a otra con alegría y animación. Decidió abandonar el baile en cuanto finalizara el rigodón. Es lo que correspondía también a su aureola como esposo perfecto.

* * *

¿Durante cuánto tiempo se soporta una vida semejante?, se preguntó Ulrike, mientras entraba en su casa a través de la silenciosa noche seguida de un muchacho con cara de fastidio embutido en una librea demasiado estrecha. Esto se lo había preguntado ya a menudo. ¡Hasta que no se aguante más!, era la respuesta. Hoy había llegado a ese punto. Respiró profundamente después de toda la presión. Sentía que aquello no podía continuar, que la claridad y la verdad tenían que llegar a su relación. De pronto le pareció que ya no podía tolerar más las medias tintas y la falsedad interior de su existencia.

Cuando entró en la habitación encontró a la tía inclinada sobre la mesa, su cara redonda daba muestras de una tensión abstraída, a la izquierda la costura, a la derecha *Desdichas modernas* y justo frente a ella el periódico.

Ulrike llegaba demasiado tarde. ¡Casi mejor!

- ¿Ya has vuelto? – preguntó la tía, y su voz dejaba traslucir cierto apuro. Se irguió, y tal y como se encontraba allí, tan humilde en la luz rojiza de la lámpara, su apariencia se correspondía completamente con la imagen de solterona de la vieja generación y, sin embargo, ¡en su interior no parecía en absoluto pasada de moda! Desde que conocía a Ulrike, había reavivado pensamientos ante los que ella misma se asustaba a veces. Era cierto que hasta ese momento no se había establecido una relación personal entre ellas.

Ulrike había rodeado a la tía de un respeto firme, nunca la había criticado, la había aceptado tal y como parecía ser, pero sin el tono caluroso de un sentimiento de cariño verdadero. Ahora esperaba una pregunta, un reproche, creía que el estricto y soberbio discernimiento de los Reifenstein, que no hacía concesión alguna a los nuevos tiempos, iba a ser puesto en acción contra ella... Veía a la tía presta para la lucha mientras la criada se llevaba la enorme boa blanca de plumas, los guantes y el abanico.

- Siéntate, se te ve tan pálida – dijo la tía en voz baja y algo cohibida –, ¿te ha molestado alguien? ¿Julian o Travers?

- Ay, no.

La tía cada vez se mostraba más tímida. Se produjo una pausa agobiante.

- ¿Sabes? – comenzó la anciana dama con una repentina resolución –, este libro, *Desdichas modernas*, me ha dado mucho que pensar, me ha impresionado, y me ha hecho darme cuenta de muchas cosas que también yo veía a veces poco claras –. Miró a Ulrike con preocupación – ¡Perdóname! Yo no quiero inmiscuirme en tus asuntos, pero, querida Ulrike, si te vieras inmersa en problemas, puedes contar conmigo. Naturalmente solo en la medida en que eso sea compatible con mi amor por Julian.

Ulrike estaba asombrada y conmovida.

- ¿Así que ya has leído el periódico?³⁹

- Sí – replicó la anciana sintiéndose casi culpable –, pero en realidad el descubrimiento no me ha sorprendido. Siempre pensé que ocultabas secretos y, excúsame, más bien creía que tenían que ver con el apuesto Travers. La gente como yo imagina historias amorosas por todas partes, es una costumbre entre las solteras. Y mira, con Travers, eso habría sido injusto con Julian, mientras que este otro asunto...

³⁹ Puede resultar llamativa la utilización del tuteo por parte de Ulrike. Este es el primer diálogo entre ambas que ofrece la novela y, dada la edad y estatus de la tía, se podría haber esperado la utilización del “usted” como una fórmula de cortesía más adecuada. Probablemente, se intenta aquí poner de manifiesto la cercanía que se ha ido estableciendo entre ambas a lo largo de las frecuentes temporadas que han compartido. Por otro lado, este trato hace más verosímil la reacción de la anciana ante el conflicto que está a punto de estallar. (N. del T.)

- Eres muy tolerante. No debería haberle ocultado nada a Julian. Ahí reside mi culpabilidad.

La tía se encogió de hombros.

- Yo misma no he vivido mucho, pero sé que las cosas que parecen más simples son a menudo las más complicadas. No me gusta juzgar. Nadie puede cambiar lo que ya ha ocurrido. Pero ahora Julian no puede enterarse, ahora ya no...

Ulrike se enfureció.

- ¿Cómo se te ocurre semejante cosa? ¿He de seguir viviendo en una situación impostada, en la que tú y Travers sabéis lo que Julian ignora?

- Se te ha pasado el momento de contárselo – replicó la tía -. Ahora has de proseguir. ¿Crees que de lo contrario Julian va a seguir contigo? ¡Y no querrás que esto salga a la luz! ¡Antes prefiero decir que soy yo la autora del libro! – La menuda anciana colocó solemne ambas manos sobre *Desdichas modernas*.

Ulrike no pudo evitar una sonrisa.

- ¿Te parece que se lo creerían? – preguntó.

Entonces se abrió la puerta principal. Pasos apresurados escaleras arriba.

- ¡Julian! – exclamó la tía -. Está subiendo. ¡Por el amor de Dios, quita de aquí el periódico! – Se precipitó sobre la mesa con una rapidez casi juvenil.

- ¡Déjalo! – exclamó Ulrike cogiéndole ambas manos -. Esto se va a saber algún día; si no es hoy, mañana. Y como va a suceder, que suceda. Ya no sigo ocultando nada.

Julian entró y las examinó sorprendido.

- ¿Qué ocurre? – pregunto con inquietud -. Parece que estáis inmersas en una conspiración -. Observó a Ulrike con una mirada escrutadora. Desde el interior de los ojos de ella emanaba una frialdad que encendió sus recelos ocultos.

- ¿Qué secretos tenéis sobre la mesa? – Se acercó -. ¿Simplemente el periódico? ¿Eso es todo?

La tía perdió la compostura.

- ¡No lo leas Julian! – le pidió imprudentemente -. ¡No lo leas! ¡Es mejor para ti!

- ¿Qué está pasando? – exclamó – ¿Qué diablos pasa?

- En ese caso, prefiero ausentarme al menos – dijo la anciana, que se acababa de ofrecer heroicamente a cargar sobre sí todo el

asunto, y abandonó la estancia tras mirar a Ulrike con cierto temor.

Esta estaba junto a la chimenea con los brazos cruzados. La elegante figura con el vestido claro de baile, el collar de diamantes radiantes y la distinguida pose se adecuaban por completo en importancia y clase a la imponente presencia del rubio oficial en uniforme que agarró el periódico con una excitación contenida a duras penas. Parecían una pareja escogida, hechos el uno para el otro, aunque lamentablemente la armonía intelectual dependía de otras cosas. Ulrike percibió que se iba instalando en ella una calma glacial a medida que se aproximaba el momento decisivo. De repente sintió como si ya no estuviera involucrada personalmente en este conflicto, como si estuviera viendo todo el asunto solo con la mirada de un experto psicológicamente entrenado, atento a cómo actuarían ahora las personas.

Julian esperaba leer algo que tuviera que ver con Travers, algo imprevisto que pudiera horrorizarlo. Durante minutos su mirada se deslizó por las columnas, aquí, finalmente reparó en la noticia fatal.

Y súbitamente comprendió...

Le pareció como si algo centelleara ante sus ojos, como si se cayera una venda de ellos. De pronto entendió centenares de cosas. El repentino discernimiento proyectó una serie de luces agitadas sobre el último año, sobre el luminoso día estival en Gandria. Bajo este resplandor distinguió con claridad lo que hasta entonces le había permanecido oculto. Y mientras sus ojos no habían podido decidir mirar hacia Ulrike, se desplazaron del periódico a la mesa y de golpe se quedaron pegados en el punto rojo de la portada oscura, en el libro que se encontraba junto a la costura de la tía.

Allí estaban las *Desdichas modernas*.

Lo cogió mecánicamente con la mano, y con una ojeada casi curiosa examinó el libro de su esposa. En un primer momento se había sentido de forma instintiva como liberado, gracias a que no tenía que ver con Travers; posteriormente, se sintió tan profundamente herido que le pareció que de una sola vez se extinguían todos sus sentimientos por la autora.

Y entonces se cruzaron sus miradas.

Para ambos el primer impulso los empujaba en este momento decisivo a mantener la compostura por todos los medios, como creían que se debían uno a otro.

- ¿El libro es tuyo? – preguntó.

Ella asintió.

- ¡Así que me has engañado! – prosiguió.

- Si quieres llamar engaño a la confusión de una persona – replicó con tranquilidad -. Sin embargo, pienso, Julian, que vamos a ahorrarnos las *grands mots*. Reconozco que todo lo censurable ha partido de mí, y estoy totalmente dispuesta a asumir cualquier consecuencia que se derive de ello.

- ¿Separarte de mí y casarte con Travers? – preguntó con amargura.

Le lanzó una mirada apasionada y llena de tormento.

- Qué poco me conoces, Julian, para creerme capaz de echar a perder mi vida por un oficial conquistador.

- Sí, apenas te conozco – exclamó -, porque si te hubiera conocido como ahora te conozco... – se detuvo, asustado de la vehemencia de su propia voz.

- No te habrías casado conmigo – completó -. ¡Pero creías que me amabas, no lo olvides! Y yo también creía que te amaba. Sí, Julian, y este amor por ti ha sacrificado toda mi personalidad, todos mis anhelos y mi talento. Intenté ser otra persona, la mujer que tú deseabas, y esto me hizo desgraciada. ¡No puedo vivir sin libertad! Procedemos de mundos diversos, y tú, que has seguido siempre la senda llana, prescrita, la que te ha dictado tu deber tal como tú lo entiendes, tú nunca podrás valorarme como corresponde. Olvidas permanentemente que mi vida ha sido más difícil, más enmarañada que la tuya, que he estado mucho más por ahí inmersa en el ajetreo, y me he convertido en alguien muy diferente a quienes te rodean. Me has amputado toda la libertad intelectual, y dado que no tengo capacidad para ser esclava, solo puedo decir: Está bien que hayamos llegado a este punto, y que los sepas todo.

- ¿Y qué va a pasar ahora?

- Tendrá que ocurrir lo que sea mejor para los dos – replicó decidida -. Mira, Julian, sé lo que piensas sobre mi libro y lo que vas a pensar siempre, o lo que estás obligado a opinar. Y este libro ya no lo podrás separar de mí en el futuro. Sin embargo, tienes

que resignarte de un modo otro. Te voy a poner las cosas fáciles. Me voy de viaje por algún tiempo, ahora no me vas a impedir las vacaciones. Lo demás se irá resolviendo cuando estemos más tranquilos, se irá resolviendo de la forma en que tú lo quieras. Ahora podríamos decirnos muchas cosas que sin duda nos producirían más amargura. Otras personas se desahogan vociferando. Tú eres demasiado cortés para eso, Julian, y yo tampoco, yo tampoco podría. Ambos hemos cometido un error y lo reconocemos. Los dos somos demasiado amables para seguirnos torturando como esclavos en galeras. Y ponernos cadenas que nos ahogarían solo de cara a los demás, pero no merece la pena que lo hagamos por “la gente”. Pronto te independizarás lo suficiente de este lugar, y no escucharás lo que por entonces se hable aquí. Y yo, ¡ay, yo! Se pasó la mano por la frente y su mirada dio muestras de ensoñación.

- Y tú podrás respirar a gusto cuando estés lejos – exclamó -. Te pido perdón, Ulrike, por haberte tomado entonces por una mujer; ahora me parece que en el fondo no eres más que una escritora. ¡De verdad! Una ironía del destino que esto me tenga que ocurrir a mí. ¡Pero así es! En realidad, te tengo que pedir perdón por que hayas sido tan desgraciada aquí. Se rio amargamente.

Ella se acercó a él.

- No hables así – le rogó -, sé magnánimo. Concédeme el recuerdo de aquellas primeras horas perfectas de felicidad que te agradezco. He sido siempre pesimista y nunca me he ocultado que la felicidad humana es una flor de malvavisco que solo florece efímeramente. Nuestra dicha ya quedó atrás hace mucho tiempo.

- ¡Por tu culpa! – dijo él con rudeza. Le ofendía profundamente que hubiera sido tan infeliz la mujer que caminaba a su lado con la sonrisa de la satisfacción. No tenía piedad con los llamados “incomprendidos” que se habían lanzado a un agua en la que no eran capaces de nadar.

- ¿No percibes que estoy enferma? – exclamó Ulrike con un apasionamiento repentino -, ¿que tengo nostalgia? ¡Nostalgia, nostalgia!

Se derrumbó en el sillón perdiendo la medida, y se puso a sollozar convulsivamente.

Él se quedó mirándola confuso. Sí, ahora también él se daba cuenta de que con su matrimonio había cometido un error. Sintió en el frío helador de su interior que había muerto el último resto de su amor. Todo lo que iba contra sus convicciones más sólidas, más sagradas, cosas que él nunca podría superar: ¡eso era el mundo de Ulrike! Le resultaba incomprensible y extraña. Hiciera ella lo que hiciera, él no podía pensar en nada. Salió de la habitación con pasos largos y pesados. Hizo que le ensillaran el caballo y cabalgó hacia la ciudad, sin rumbo en medio de la noche. Había mandado que le dijeran a la tía que tenía que marcharse por razones de servicio, y que era improbable que regresara antes del siguiente mediodía.

* * *

Ulrike partió al amanecer.

La tía la acompañó a la estación desierta y gimoteaba cuando el tren entraba a toda velocidad. Prometió hacer todo lo que estuviera en sus debilitadas manos en aras de la reconciliación, aunque Ulrike no pidió nada semejante. En la mente de la tía el mundo exhibía unos colores muy diferentes a los que tenía en la suya: acuarelas diluidas y anticuadas de una caja de pinturas que había perdido el color. Dejar a un hombre mientras fuera posible retenerlo de algún modo era algo que le parecía inconcebible.

Ulrike era consciente de que no es posible cambiar las ideas de otras personas dos minutos antes de la salida del tren, cuando uno tiene que lidiar con el equipaje y la búsqueda del compartimento. Permaneció en silencio sumida en sus pensamientos. De todas formas, tenía la sensación de estar haciendo lo correcto, así que no quedó espacio para ningún planteamiento sentimental. En efecto, Julian se merecía ser liberado de ella. Golpeteo de puertas, llamadas apresuradas, un largo silbido, y luego desapareció la tía en la niebla matinal del andén, llorando y haciendo gestos de despedida. Junto al tren en marcha emergió de nuevo la pequeña ciudad con su desalentadora soledad, mojada por la lluvia bajo el cielo gris,

hacia el que se alzaban los álamos del bulevar. En la oscuridad se extendían los extensos y plomizos campos como un cinturón pálido del paisaje matutino, sin embargo, un extraño calor soplaba desde el suelo húmedo a través de la ventana abierta del habitáculo junto a la que Ulrike estaba de pie. Se trataba de esa calidez fatigosa de un día de marzo que uno no sabe si situar en el invierno o en la cercana primavera.

Entonces volvió a ver la avenida por la que había caminado tan a menudo cavilando sin éxito, las tenues colinas cuyas líneas monótonas habían lastimado a sus ojos necesitados de belleza. La invadió un anhelo candente por el sol y la primavera. De pronto todo quedó atrás, y un bosque de abetos ocultó las vistas. Se recostó en el asiento acolchado y cerró los ojos. ¡Se dirigía al sur! ¡Se encontraba de nuevo en su antiguo elemento de libertad! Su melancolía, la que había padecido todo el invierno, sería mitigada, mañana mismo...

En su imaginación volvió a ver los envejecidos muros junto al lago Zúrich, los imponentes castaños en la orilla, los tilos brotando en torno al palacio de los polacos, y más hacia arriba los perfiles azules y rodeados de luz de las montañas sobre las que transcurría el camino a Italia, el amado país del sol, hacia las cimas de la Toscana vestidas por la primavera...

Libertad y esfuerzo, trabajo y gloria, el futuro se encontraba ante ella con toda su abundancia. Solamente le había faltado talento para el amor, en este aspecto había seguido siendo una chapucera.

* * *

En la terraza del hotel *Baur au Lac* en Zúrich estaba Travers, vestido con un claro traje civil, sentado ante el regalo de una antigua pasión berlinesa, un elegante portafolios cuya primera hoja interior estaba decorada con violetas; el ardor se había apagado, pero al obsequio aún seguía dándole uso. Se gastaba en un viaje sus primeros honorarios literarios. El joven oficial poseía un gran público potencial. Una revista moderna, acaudalada, se había ofrecido a aceptar sus textos casi sin

examinarlos. Así que se encontraba en la senda del éxito y ya no necesitaba de colaborador alguno. Este no era pues el motivo de que escribiera a Ulrike. La carta tenía un contenido muy diferente, esa carta enviada apresuradamente que, si bien pensada de antemano, fue redactada a toda prisa entre los árboles en flor del hermoso jardín junto al lago. Allí mismo estaba una atractiva japonesa, desperezándose sobre una hamaca bajo el porche, y dirigiéndole de vez en cuando una mirada cansada tras los pesados párpados.

El escribió:

“Sé desde hace unos días que su separación de Julian es definitiva. A lo largo de seis meses, a partir de su repentina desaparición, he asumido el martirio del silencio, no he hablado con nadie sobre usted, no le he preguntado ni a Julian ni a la tía. He sido cauto hasta la exageración, por usted.

Entonces Julian fue trasladado al Rin. La tía se mudó allí con el recién nombrado coronel. De modo que ya no me aguanté más. Interrogué a la tía, y ella lo contó todo, incluso su dirección, ¡su domicilio momentáneo!

¡Perdóneme, pero necesitaba verlo todo con claridad!

Conseguí una semana de permiso con gran esfuerzo. Ahora estoy sentado con una sensación extrañamente turbadora junto al mismo lago cuyas aguas bañan su Rapperswil.

¿Por qué le hablo de mí? A usted, para quien, desde aquel baile del comandante en el que yo me encontraba dichoso sin tener motivo alguno, no he sido digno de una palabra escrita, de un saludo. Apparently me consideró un tema zanjado junto con el conjunto de los asuntos de la guarnición.

¡Yo, Fritz Travers, estoy a su disposición para cualquier propósito!

Querida prima, ¡correspóndame!

La tía me contó que Julian y usted pretenden vivir sin un divorcio definitivo hasta que uno de los dos piense en una nueva relación. Julian no va a hacerlo, pues considera que está más protegido con la tía que con una mujer joven, pero yo no quiero amargarme.

¿Por qué no usted?

Sin pretenderlo, yo fui la causa de su ruptura con Julian. Por eso estoy legitimado a ponerme a su disposición. ¡La amo!

De usted dependerá qué tipo de esposo pueda ser, en cualquier caso, no peor que Julian.

No conteste, yo mismo conseguiré la respuesta. Desde la más profunda emoción,

Fritz Travers.”

* * *

Calurosos días de septiembre en Rapperswil... Empapadas en la canícula centelleaban las orillas, y como en un cuento, la isla de Ufenau nadaba, silenciosa y perdida, en el lago luminoso. Alrededor de la casa de Ulrike florecían las rosas, las últimas rosas estivales con un aroma dulce adormecedor. Todo respiraba armonía. Doris Katz pintaba aplicada como siempre en la estancia grande, y Ulrike volvía a ser la de antes, quizás algo más apagada, como las personas que han sufrido una derrota, pero que gracias a su fuerza innata se han sobrepuesto al descalabro con valentía.

Había superado la crisis, de nuevo era capaz de trabajar. Quería demostrarse a sí misma y al mundo que su forma de actuar había sido la correcta, que era capaz de crear algo, algo todavía mejor y más equilibrado que *Desdichas modernas*. Durante los primeros meses en Italia lo había dudado, se había sentido paralizada. El pacífico verano, las semanas tranquilas en el viejo Rapperswil le devolvieron sus facultades.

* * *

Y de nuevo alguien con pretensiones esperanzadas se desplazó a causa de Ulrike desde Zúrich a través del lago.

Travers no era un trovador. No habría pretendido a Ulrike de carecer esta de su fortuna y su talento. Adoraba estas cualidades de corazón. Sus sentimientos hacia ella no eran del todo francos, pero por lo menos de un temperamento cálido y fuerte. Aguardaba

en Rapperswil con impaciencia. No le interesaban las cumbres nevadas de los Alpes de Glarus que brillaban a lo lejos y captaban las miradas hipnotizadas de otros turistas, tampoco la magia de las viñas cuyas uvas maduras casi se reflejaban en el agua, con una expresión prometedora que se apreciaba desde el barco como una exuberancia otoñal en el momento en que el vapor atracaba, y el agua bramaba con más fuerza y se elevaba.

Por lo general, Travers no se mostraba indiferente ante la belleza del paisaje, pero hoy estaba mucho más interesado en sus propias sensaciones que en las colinas y en los enclaves del lago. Los sentimientos de un *décadent* enamorado simultáneamente de una mujer hermosa y de un buen partido. Por fin estaba en la meta. De pronto quería aparecer ante ella como antaño hiciera Julian.

Entonces vio a Ulrike de pie en el jardín, bajo los castaños, haciéndose sombra con las manos sobre los ojos para mirar un velero blanco que revoloteaba sobre las olas como un pétalo gigante. Aún no había llegado a la entrada del jardín, pero sin más dilación se elevó de un salto sobre el pequeño muro. El famoso salto de Travers, el que solía hacer tras divertidas comidas de cortejo sobre las mesas aún puestas, y sin romper un vaso con la punta de sus estrechos pies.

Repentinamente la espigada sombra de Ulrike se proyectó sobre la grava. No se asustó ni se sonrojó, en cambio se formó una sonrisa pronunciada en sus labios.

- ¿Los fantasmas vuelan? – preguntó invitándole con un gesto cordial a seguirla por el estrecho sendero del jardín hacia la casa.

- ¡Soy muy de carne y hueso! ¡Necesito mi respuesta!

Lo miró sacudiendo la cabeza.

- Conde Fritz, en su desespero le queda poca comprensión para una personalidad como la mía. No se imagina en absoluto lo que representó principalmente aquella terrible catástrofe para mí. ¡Usted siempre está pensando en novelas y coqueteo! Cuando recuperé mi libertad, lo hice con todas las consecuencias, y con el fin de no volverme nunca a comprometer. Julian puede pensar lo que quiera. Si encontrase a una mujer que fuera como yo no fui capaz de ser, le allanaría encantada el camino hacia ella. En cambio, para mí ese camino está cerrado. He terminado con el amor tras haberme equivocado en una ocasión. Si me necesita como crítico de sus novelas, entonces bien, pero como objeto de

su pasión, ¡no! He puesto punto final a mi vida anterior. Estoy a salvo de nuevos errores... Así que esta es la respuesta a su carta. Este aspecto del asunto quedaría con esto definitivamente rechazado. Por lo demás, conde Fritz, mi casa está a disposición de todos los conocidos que pasen por aquí por amistad. ¿Desea ser mi invitado? Tengo una vecina muy poco convencional que sin duda le gustará en lo humano y como objeto de estudio. Y mi vieja casa está construida a propósito para quien guste del descanso junto a las olas azules bajo la sombra de los castaños.

Travers había tenido que tragarse mucha decepción durante la serena declaración de Ulrike, pero él era una persona que tras cada fracaso era capaz de hacerse dueño de la situación. Como un tipo a la última estaba en el tranquilo jardín, e intentaba sonreír irónicamente frente al mundo, él mismo y sus sentimientos.

- ¿Descansar? – preguntó -. ¿Cree usted que se puede encontrar sosiego tan cerca del fuego?

Ulrike lo miró a los ojos sonriendo.

- ¿Fuego? ¡Tranquílícese! Es hielo polar gélido.

* * *

Travers se quedó algunos días. Ciertamente le resultaba extraño disfrutar de la hospitalidad de su antigua prima teniendo en cuenta la singularidad de su relación. ¿Pero por qué no después de todo? ¿No era todo peculiar en Ulrike y su entorno? La vieja casa al completo con sus curiosos recovecos y rincones, con sus cuadros y estatuas que proyectaban por las noches sombras tan pintorescas sobre las paredes rojizas. Esta mezcla de arte y confort, estos dinteles contra los que golpeaba el arce. Y la gente que Ulrike congregaba en su casa: Doris Katz con su frescura primitiva de artista, el viejo párroco de Rapperwil con su marcado rostro suizo, el propio Travers, que producía un efecto tan ultramoderno en este marco de matices tan delicados cuando por las noches se sentaba con las piernas cruzadas junto a la chimenea italiana de mármol, y leía sus últimas apasionantes obras.

Y aprendió de Ulrike lo que todavía no había aprendido de ninguna persona que se hubiera encontrado en el mercado de las

vanidades de su existencia previa: que las personalidades especiales son capaces de cimentar sus vidas a su propio gusto, sin hacer ni la mínima concesión a las normas; que el autoconocimiento y la indulgencia son armas poderosas en manos de un ser independiente, armas que también pueden calmar todas las acritudes que un conflicto grave trae consigo a la existencia. Ulrike tenía su trabajo, su talento, esto le proporcionaba satisfacción y equilibrio...

Cuando Travers partió, y tanto ella como Doris Katz lo despedían con pañuelos blancos junto al portón de la tapia del jardín, el habitual rompecorazones dio, sin embargo, un suspiro melancólico. Me han dado calabazas, se dijo a sí mismo. ¡La primera vez! Pero he aprendido algo de ella. Las mujeres no solo piensan en coquetear. Hay excepciones... ¡por desgracia!

III

DAS SCHICKSALSBUCH
EMIL ROLAND (EMMI LEWALD)⁴⁰

⁴⁰ Se ha considerado útil ofrecer el texto original en alemán gráficamente actualizado. La obra solo se encuentra publicada en la denominada letra gótica (*Frakturschrift*), lo que en cierta medida dificulta su lectura.

Das Vollmondlicht hing gleich zarten Silberschleiern am nächtlichen Gebirge. Wie bewegungslose Schemen stiegen vereinzelte Baumsilhouetten aus dem weißlichen Nebel und bezeichneten den schmalen Bergpfad, der sich von der Höhe herniederwand. Auf dem höchsten Felsenkegel, der von hier aus sichtbar war, hoben sich, von elektrischem Lichtglanz aus dem Dunkel gegen den Himmel gezeichnet, Mauerwände und Veranden – das Hotel des Monte Generoso, zu dem die Zahnradbahn täglich durch Tunnel und Laubwälder emporächzte, einen schrillen Ton in das Herdgeläute der Alpenwiesen tragend.

Jetzt zwar regierte die feierliche Stille der Sommernacht, in der nichts zu vernehmen war als geheimnisvolles Baumrauschen und ein rüstiger Wanderschritt.

Julian empfand das ganze Glück des Augenblicks. Immer wieder, seit er diese Fahrt gen Süden angetreten, die erste seines Lebens, staunte er über die Schönheitswunder ringsum, von denen er in seiner östlichen Garnison wohl geträumt, aber doch keine rechte Ahnung gehabt hatte. Einen starken Zug zum Reisen hatte er schon lange empfunden, ihm aber nicht nachgeben können, erstens seiner kranken Mutter wegen nicht, zweitens weil er seine Kompanie ungern allein ließ. Er war seit einigen Jahren Hauptmann, und wenn er auch nicht zu den Ehrgeiztollen gehörte, so fand er doch, daß der Mensch in erster Linie seine Pflicht zu tun habe. Das war in der alten Familie, der er entstammte, von jeher Brauch gewesen. Als aber seine Mutter starb und das Leben ohne sie ihm die kleine Stadt noch melancholischer machte, als sie ohnehin war, gab ihm der Oberst den längeren Urlaub ungebeten. Sein Gönner fühlte, daß Luftveränderung ihm nötig sei.

Wie er diese Fahrt genoß, diesen vollen Trunk aus dem Becher des Südens! In das monotone Gewebe seines Lebens kamen endlich bunte, freudige Muster. Bisher hatte er die Welt erträglich gefunden, jetzt erschien sie ihm schön, wunderschön!

Bei der Biegung des Weges geriet er in tiefes Walddunkel. Er verirrte sich ein paar Mal auf den steinigen Wegen. Er geriet auf Wiesen, deren Grün im Mondschein lebendig erzitterte; er sah dunstige Fernen auftauchen, die weite, träumerisch hingelagerte Ebene der Lombardei, dann wieder Walddickicht, und endlich ein gastliches Licht, das lockend durch die Zweige schimmerte. Das war's, was er suchte, das Hotel Pasta, wo er zu übernachten gedachte. Wie ein großer, viereckiger Kasten lag es am Waldrand. Musik klang aus den Fenstern. Um die grünen Läden sang der kühle Höhenwind.

Ein Hauch von Wärme und Behaglichkeit wehte ihm aus dem Vestibül entgegen. Sein Gepäck, das er am Morgen von der Bahnstation vorausgeschickt hatte, lag pünktlich im bestellten Zimmer. Er liebte das Ordnungsgemäße, fühlte sich sehr befriedigt und stieg nach beendeter Toilette in den Eßsaal hinab. Eine laute Mailänder Gesellschaft tafelte an den Tischen. Er kam sich etwas verloren vor in dem lärmenden Kreis, zwischen den unbekannten Lauten einer Sprache, deren dürftigste Brocken ihm nicht einmal vertraut waren.

Da passierte Julian etwas Sonderbares, wenigstens etwas, das ihm noch nie geschehen war.

Ein weibliches Gesicht ihm gegenüber frappte ihn mit einem Male so sehr, daß er ganz seine gewohnten guten Formen vergaß und minutenlang wie geistesabwesend hineinsah.

Der Dame tat es nicht viel, denn sie schälte eine Orange und hielt die Lider gesenkt; sie schien sich in diesem Augenblick für nichts anderes zu interessieren als für Orangen...

Er fühlte, wie ihm ein langsames Erröten bis tief in die Haarwurzeln stieg. Er begriff sich mit einem Male nicht mehr. Ihm war, als sei er weit herausgetreten aus dem Rahmen, der bisher sein Sein begrenzte, als habe die Fee des Südens ihre Lilienhände auf seine Schultern gelegt und gesprochen: „Du hast dich in meine Kreise begeben, nun löse ich jede Schwinge deiner Seele.“

Seit Jahren hatte er sich nicht mehr so jung gefühlt wie in dieser Stunde. Die schöne Mondscheinnacht, durch die er gewandert, war wie ein Vorspiel gewesen. Mit diesem Gesicht trat aber erst die Heldin auf die Bühne...

Nachdem sie ihre Orange verzehrt, stand sie auf, sah ihn flüchtig an und verschwand auf der Terrasse.

Er fand nicht den Mut, ihr nachzugehen. So etwas hatte er nie getan, selbst als Leutnant nicht.

Auch den Oberkellner frug er nicht aus; das erschien ihm zu trivial... Aber ein heftiges Bedauern erfüllte ihn, daß sein Urlaub auf die Neige ging, daß er nicht wenigstens noch einen Tag bleiben konnte, um zum zweiten Male über den banalen *Table d'hôte*-Tisch hinweg in dies verlockende Angesicht zu sehen.

Er hatte ziemlich ungefesselt von Weiblichkeit gelebt, seine ganze Jugend lang. Er war nie ein „*homme á femmes*“ gewesen, und wenn er auch den Heiratsvorsatz öfters erwogen, so hatte doch der zündende Funke im letzten Moment immer gefehlt. Heute schlug es ein in seine Seele. Eine ungekannte Wärme durchzitterte sie. Lebhaftige Träume umschwirrten ihn die ganze Nacht, da droben im einsamen Hotel, das der Bergwind umsang.

Wie schade, daß er reisen mußte – aber er mußte! Nachurlaub zu nehmen wäre dem Pflichttreuen undenkbar gewesen.

Sein Urlaub und sein Billett gingen rettungslos zu Ende.

* * *

Am nächsten Morgen wachte er beruhigter auf. Es war ihm gegangen wie bisher immer. Was er für eine starke Flamme gehalten, erwies sich zum Schlusse doch als Strohfeuer. Er war kein Mann der nachhaltigen Eindrücke, ja, er wünschte kaum, der Dame von gestern noch einmal zu begegnen, – wer wußte, ob sie bei Tage so gut aussah wie gestern Abend! Und um die hübsche Erinnerung wollte er sich doch nicht bringen.

In früher Stunde stand er reisefertig am kleinen Bahnhof. Der frische Geruch des Waldes umwehte ihn und machte ihm das Scheiden schwer. Es war die letzte Höhe, die er auf dieser Reise erklommen, nun ging es wieder talab und nordwärts in die öde, kleine Stadt, wo poesielose Schornsteine zu Dutzenden rauchten und solid denkende Mütter dem wohlbeleumundeten Hauptmann ihre Töchter auf dem Präsentierteller entgegenbrachten.

Er seufzte unwillkürlich. Da trat die Dame von gestern abend plötzlich aus dem Walde, einen Strauß lose zusammen genommener Blumen in der Hand, Anemonen und Bergorchideen, wie sie in üppiger Fülle auf dem Generoso wachsen.

Ihm war, als käme das volle Leben in blühender Gestalt aus dem Baumdickicht geschritten. Ein Glücksgefühl durchzuckte ihn, einer jener elektrischen Schläge, denen fast niemand entgeht.

Da knarrte die Zahnradbahn aus dem Felsentor heran. Das Gedränge der Hastenden trieb ihn vorwärts.

Er fühlte sich bei diesem Wiedersehen kühner werden und nahm neben ihr Platz.

So fuhren sie schweigend talab, während ringsum die Laubwälder im Sonnenglanz funkelten und aus der Ebene helle Seen emporgrüßten.

„Ich dachte, Sie würden länger oben bleiben, Fräulein Gade,“ sagte plötzlich eine Stimme hinter Julian.

Seine Nachbarin wandte sich um, beinahe über seine Schulter weg. „Ich komme wieder zurück,“ sagte sie; „ja, ich werde noch hier sein, wenn Sie bereits wieder in Brüssel sitzen; ich fahre heute nur zu Tal, um Doris Katz diese Blumen zu bringen. Sie braucht sie für ihr neues Bild, und diese Sorten wachsen nicht in Gandria.“

„Was ist Gandria?“

„Das ist die Romantik, wie sie nicht unverfälschter erdacht werden kann,“ entgegnete Fräulein Gade, „ein kleines Felsennest am Luganersee, ein Gemisch von armseligen Baracken und von traubenschwersten Weingärten, ein Eldorado für Schwärmer aller Art und für Maler insbesondere. Darum hat meine Freundin auch seit kurzem ihr Atelier dort aufgeschlagen.“

„Wie gut Sie es doch haben!“ seufzte die andere. „Unsereins hat seine knappen vier Wochen zum Reisen, und Sie sind frei wie der Vogel in der Luft. Sie glückliche Jugend!“

Fräulein Gade strich über ihre Blüten und sagte lächelnd: »Ja, ich verstehe zu leben.“

Plötzlich fühlte sie den unverwandten Blick ihres Nachbars, der gespannt zugehört hatte. Sie erhob die Augen, um ihm mißbilligend auf die Stirn zu sehen. Aber die Mißbilligung blieb im Keime stecken. Julian hatte Vorteil davon, daß er ein „*bel homme*“ war, – Fräulein Gade kassierte seinen interessierten

Blick mit einem duldsamen Lächeln ein und verstummte. Die Brüsselerin seufzte. „Die Lebenskunst ist die größte. Viele haben es so gut in der Welt und merken es nur nicht.“

„Und vielen geht es miserabel, und sie amüsieren sich doch,“ fuhr Fräulein Gade fort, „alles ist Temperamentsache. Zum Beispiel Doris Katz. Sie hat zeitweise gehungert; sie hat anfangs nie ein Bild verkauft; sie hat lediglich vom Terpentingeruch gelebt und sich doch nicht unterkriegen lassen. Immer Kopf hoch! Das nenne ich schneidig. Solche Schneidigkeit imponiert mir.“

Julian lächelte ein wenig.

„Früher war das Schneidigsein ein Privileg der Männer,“ sagte die dünne, alte Stimme hinter ihm; „schneidige Frauen sind eine Rarität.“

„O, nein, die gab's zu allen Zeiten!“ rief Fräulein Gade mit Überzeugung. „Oder war etwa Clölia nicht schneidig, als sie sich in den Tiber stürzte? Und Katharina von Bora, als sie den Sprung aus dem Klosterfenster verübte?“

„Sie eilen ja durch die Jahrhunderte auf Windesflügeln.“

„Ja, ich bin Schnelldenker.“

Julian, der das Gegenteil war, empfand etwas wie Neid. Er besaß selbst ein gutes Teil Intelligenz, aber sein Verstand ging mit langsam ernsten Schritten; rasche Gelegenheitssprünge zu machen, das vermochte er nicht.

Plötzlich leuchtete die grüne Fläche des Luganersees aus dem Tal. Wie ein herrlicher Farbentriumph lag er zwischen den ernstgeschwungenen Bergen, dehnte seine schimmernden Arme über das Land und spiegelte die morgendliche Sonne in seinem Schoß.

Julian nahm sein Opernglas hervor, sah hindurch und bot es seiner Nachbarin an. „Sie müssen es vielleicht noch stellen, gnädiges Fräulein,“ sagte er ritterlich.

Dieser Anfang war nicht apart; aber dafür hatte das Wesen des Sprechers etwas von jener fast aus der Mode gekommenen Ritterlichkeit, in der die vornehmen Männer vergangener Tage exzellierten.

Fräulein Gade fühlte sich sympathisch berührt; das passierte ihr nicht allzu oft, da sie keine auf Schwärmerei gestellte Natur war, sondern sich eher für ein kühl empfindendes Wesen hielt. Während sie durch das Glas jedes Dach von Capolago, jede kleine Barke auf

dem See mit handgreiflicher Deutlichkeit emporschimmern sah, konstatierte sie in Gedanken, daß ihr Nachbar jener Hauptmann aus Norddeutschland sein müsse, dessen Namen sie heute früh im Fremdenbuch gelesen hatte. Sie wunderte sich, daß ihr gestern abend diese stattliche Erscheinung nur so flüchtig aufgefallen war.

„Welch herrliches Grün dieser See hat,“ bemerkte Julian.

„Nicht wahr,“ versetzte sie, „diese Farbensattheit ist es, die einem im Süden so wohltut. Wenn man denkt, wie so mancher deutsche Himmelsstrich in dieser Beziehung bedacht ist, wie kärglich das Grün, wie blaßblau die Luft, wie monoton das Wasser.“ Sie gab ihm das Glas zurück und wandte sich der alten Dame zu. »Freilich, solche Beleuchtung kann auch ihren Reiz haben. Nicht wahr, Madame?! Wenn ich zum Beispiel an Ihr Brügge denke, diese Märchenstadt mit graubraunen Mauern und grauen Nebeln.“

Julian drehte sich nach der Angeredeten um und sah in ein freudloses, blasses Frauengesicht, das sich trotz der Sommerwärme fröstelnd in einen Spitzenkragen verkroch.

Dennoch hatte er gleich Gelegenheit, das alte Wesen zu beneiden. Der Zug hielt am Seeufer. Fräulein Gade sprang behende aus dem Coupe und ging so sehr in Fürsorge für die kleine Belgierin auf, daß sie ihn kaum mehr zu bemerken schien.

Sie schien ihm nicht nur schön, sondern vor allem so apart. Eine frische Heiterkeit beherrschte alle ihre Bewegungen, und der lose Haarknoten hatte wahrhaft griechischen Schwung, ihre Toilette war tadellos – ja, so etwas gab es unter den Regimentstöchtern daheim nicht, unter den kleinen, blonden Gören, mit denen er die wenigen Leutnantsjahre, die ihm durch keine Familientrauer brachgelegt waren, vertanzt hatte.

Der große Salonraddampfer rauschte heran. Fräulein Gade hatte nur Augen für die Alte. Sie suchte ihr einen warmen Kajütenplatz aus. Julian stellte sich an das Steuer und sah auf die Landschaft. Sie leuchtete festtäglich in ihrer Sonnenpracht. So gigantisch pflanzte sich der Salvatore an den Seerand. Die Bergzüge über Lugano blauten verlockend, und den Zug großartiger Wildheit, den die Felsen trugen, die rechts und links in die Wellen tauchten, dämpfte die weiche Sommerschöne der blühenden Ranken überall. Luganos Häuserreihen blitzten wie weiße Tauben in der Ferne. Julian suchte den Monte Generoso

mit seinen Blicken und gedachte der letzten Nacht, als er schlaflos das Fenster dort oben aufgestoßen und hinausgeträumt hatte auf die verheißende Ebene, in der, der Alpenwelt zu Füßen, Italien lag und an klaren Tagen das weiße Phantom des Mailänder Doms sich aus der herrlichen Fläche hob.

Machte denn das einsame Genießen nicht schon glücklich genug? Mußten auch Menschen dabei sein, mit denen er empfand?

Er bekam mit einem Male Lust, auch nach Gandria zu fahren. Es hatte ihm so verlockend geklungen, was sie davon gesagt.

In Lugano stieg die Belgierin aus. Fräulein Gade umarmte sie zum Abschied, verließ dann auch den Dampfer und wandte sich der nächsten Barke zu.

Vor der Barke stand jedoch bereits Julian.

Der junge Fährmann, froh, beide Fahrtgelegenheiten praktisch in eine zu vermischen, redete zu, daß man doch zu zweien die Barke benutzen solle. Der Hauptmann, der seine Rede halb, und Fräulein Gade, die sie ganz verstand, lächelten sich fragend an und stiegen beide ein.

Hinaus in den See glitt der Nachen.

„Ein Tag *I a*,“ sagte Fräulein Gade.

Der Hauptmann stellte sich vor. Das war ein banaler Weltmeister, der in die Poesie der Stunde klang und der Dame vorübergehend die Laune verdarb.

„Lassen wir das doch,“ versetzte sie kühl. „Von Mensch zu Mensch, genügt das nicht?“

„In der Welt, in der wir nun einmal leben!“ entschuldigte er sich.

„Was ist die Welt, in der wir leben?“ rief sie lebhaft. „Jede Zeit ist jetzt“, sagt Bismarck, – die Welt, die jetzt für uns in Frage kommt, die besteht aus sonnenbeglänzten Felsen, die in grünes Wasser schauen, aus Frühlingspracht und Bergeswind – Stadtformeln gelten hier nicht. Wir sind im freien Lande Schweiz, und ich bin immer das Kind des Landes, in dem ich mich gerade aufhalte.“

„Also werde ich nie erfahren, wessen Kind Sie sonst sind?“

„Niemals!“ lächelte sie. „Ich bin nun einmal nicht für Personalia.“

„Wo leben Sie für gewöhnlich?“ forschte er hartnäckig weiter.

„Wo es mir gerade gefällt,“ brach sie, etwas ungeduldig werdend, ab.

„Ich bin auch Naturschwärmer, aber keiner von den ausschließlichen. Schließlich ziehe ich den Menschen der Natur immer vor.“ Er sah sie voll Verehrung an.

„Ich nur unter Umständen,“ meinte sie. Sie sah in die Ferne. Er wurde ernster und ernster; er fühlte, daß sein Herz sich irgendwo festzuankern begann, und fürchtete plötzlich, daß es in unsicherem, vielleicht auch nicht mehr freiem Grunde Anker warf.

Beide schwiegen eine lange Weile.

Die reizenden Ufer Castagnuolas schwanden vorbei. Weingärten und Ölbäume grüntem am Berghang, Villen und kleine Schlösser zogen wie Märchenbilder vorüber, Villen, an deren weißen Mauern die grüne Flut lustig emporsprang, alte Steinpaläste, in deren wappengeschmücktem Gondelhafen leere Kähne traumhaft sich wiegten, als warteten sie auf ein liebendes Paar, das eng umschlungen herabgestiegen kam über die moosbegrüntem Stufen. Die blauen Berge Italiens, über die der Weg nach Como ging, begrenzten in der Ferne den See, und hinter den Fahrenden lag Lugano, schon vom Mittagsdunst eingehüllt, blasser und blasser werdend, darüber der Salvatore wie ein matter Riesenschatten.

„Es ist doch der schönste See,“ sagte Fräulein Gade, „wenigstens der, welcher am kräftigsten erhält, nicht so verweichlicht als die andern. Der Comersee hat vielleicht noch mehr Poesie, aber ich muß sagen, mir ist in seinen blütenduftenden Villengärten nach einiger Zeit immer halb wunderlich zumute geworden, so, als bekäme man Blumenvergiftung, und der Lago Maggiore? Die ganze Inselwirtschaft erschien mir am dritten Tag stets wie Spielerei, es hat was vom Puppentheater; meinen Sie nicht auch?“

„Ich weiß nicht, aber hier ist's allerdings am schönsten,“ entgegnete er schlicht. „Schade nur, daß ich heute nacht schon über den Gotthard weiter muß. Dies ist meine letzte Reisestation.“

„Dann haben Sie wenig Zeit für Gandria,“ versetzte sie gleichgültig. „Da sind wir übrigens schon.“

Ein paar Dutzend Baracken hoben sich aus dem Weingelände, ein verfallener Campanile dazwischen mit leerem Glockenstuhl,

am Wasser das Wirtshaus mit luftiger Veranda, die auf Pfählen in den See hinausgebaut war; sengende Mittagsglut auf allem; der ganze kleine Ort wie in ein Sonnenbad getaucht. Gelber wilder Ginster, Rosen und Mandelblüten schauten aus Gärten und Fenstern. Bis zum Wasser herab hing das blühende Geranke und spann ein Zaubernetz über den armseligen Fischerort.

„Nun?“ fragte sie.

„O, das ist, um Ort und Zeit und alles zu vergessen.“

Sie sah ihn zweifelnd an. „Ich glaube, Sie gehören nicht zu denen, die um irgend einer Sache willen jemals die Zeit versäumen; ich glaube, Sie sind unendlich korrekt.“

„Heute nicht,“ dachte er und schwieg.

Fräulein Gade war vor Julian aus dem Boot gesprungen, das laut an die steinerne Treppe anstieß. Der alte Wirt kam zur Begrüßung, und auf der Veranda erschien Doris Katz, ein ältliches, sehr häßliches Wesen, das aber eine Art genialer Häßlichkeit hatte und darum keineswegs abstoßend erschien. Mit der einen Hand beschattete sie ihr Auge, mit der andern hielt sie ihre Palette.

„Natürlich wieder bei der Arbeit!“ rief Fräulein Gade.

„Wozu wäre ich denn auch sonst auf der Welt!“ sagte Doris. „Du bringst jemand mit – Offizier in Zivil, das sehe ich von hier aus –, Anklang an die preußische Heimat. Seien Sie mir willkommen, Motiv von daheim! Ich werde Ihnen sofort im heißesten Landwein den Willkommenstrunk kredenzen. Bitte hier rechts in mein Atelier.“

Als Julian das Atelier betrat, wurde ihm vollends zumute, als schritte er in eine andere Welt. Der dürftige Raum war mit den herrlichsten Blumenstudien angefüllt, die in fast unglaublicher Üppigkeit die Verschwendung des Südens schilderten; durch das offene Fenster herauf blitzte der schillernde See und winkten die duftzitternden Berge gegenüber, ein menschenvoller Dampfer kam von Porlezza und legte für eine Minute rauschend in Gandria an. Verwundert schauten die Vorüberfahrenden das kleine, graue Nest am Berghang an, die primitive Osteria, hinter deren Fenstern sie wohl eine andere Staffage vermutet hätten als die drei vom Zufall hier zusammengeworfenen Touristengestalten, die dem vorbeiziehenden Schiff wie einem hübschen Schauspiel zusahen.

Fräulein Gade hatte sich auf das Fensterbrett geschwungen und ließ die Sonne in ihrem Weinglas funkeln, die goldene Lichter in das purpurne Rot warf. Julian wurde immer gesprächiger, und Doris Katz sah immer wohlgefälliger zu dem stattlichen Paare hinüber, zu den beiden mondänen Gestalten, die da in ihre verzauberte Blumenwildnis hineingeraten waren. Dann aß man auf der kleinen Veranda Maccaroni, während die Honoratioren von Gandria am Nebentisch Würfel spielten. Man sprach von alledem, wovon flüchtige Reisebekanntschaften zu reden pflegen, von Land und Leuten, von Rundreisebillets und Betrogenwerden, vom Zauber Italiens und der Stumpfsinnigkeit der Heimat. Als es kühler wurde, wanderte man durch die Rebenterrassen, über die ungepflegten Wege, auf die unzählige Rosenblätter niedergeregnet waren, an winzigen Häusern vorbei, in denen echt Rembrandtsches Helldunkel und sonst nichts durch die offene Tür zu sehen war. Und endlich, viel zu früh, tauchte in der Ferne der letzte Dampfer auf, den Julian benutzen konnte, und er wußte noch immer nicht recht, wer eigentlich Fräulein Gade war!

Doris Katz, das kleine, unheimliche Frauenzimmer, das so behende über die Treppenstraßen von Gandria sprang und ihn zuweilen so wohlwollend ansah, hatte er nicht zu fragen gewagt. Nun fragte er Fräulein Gade direkt, ob sie ihm nicht ihre Adresse geben, ob er sie nicht wiedersehen könne?

Sie überlegte. „Eigentlich haben solche Wiedersehen wenig Zweck,“ entgegnete sie dann kühl. „Nun haben wir Ihnen so schön die Honneurs von Gandria gemacht, behalten Sie uns doch in diesem Rahmen in Erinnerung. Glauben Sie mir, kurze Episoden sind meist zehnmal netter als verlängerte Bekanntschaften.“

„Sie wollen mich nicht wiedersehen?“ fragte er traurig.

Sie war bisher kühl gegen ihn gewesen; nun ging ihr plötzlich sein Ton zu Herzen.

Das Schiff legte an. Er sagte ihr rasch Lebewohl und stieg die Stufen neben der Veranda herab. Sie überlegte einen Moment, rief ihm ein plötzliches „Halt“ nach und schnellte ihm ihre Visitenkarte zu. Er fing sie geschickt auf, an der untersten Stufe stehend, und quittierte mit einem dankbaren Blick.

Da tauchte plötzlich Doris Katz neben ihrer Freundin auf. „Damit Sie auch einen Besuchsgrund haben!“ rief sie übermütig und warf ihm ein Buch zu. „Sie können es ja lesen und ihr dann wieder bringen.“

Etwas verwundert fing er die aufgedrungene Gabe auf und preßte das elegant gebundene Buch, um es nicht hinfallen zu lassen, mit einer schnellen, unwillkürlichen Bewegung an sein Herz. Die Bootsleute trieben zur Eile. Er eilte auf das Schiff. Fünfmal grüßte er noch nach Gandria zurück; dann vorsank es ihm im zarten Dunst der abendlichen Stunde.

* * *

Fräulein Gade lehnte unmutig am Geländer der Veranda.

„Doris,“ sagte sie, „das war überflüssig – mit dem Buch.“

„Ich halte es für einen Dienst,“ versetzte diese. Wissen muß er's doch. Denn einmal wird er dich heiraten wollen. Ich habe Blick dafür. Er ist regelrecht geliefert. Ich wette, daß er bei seinem nächsten Urlaub bei dir antritt und um dich anhält. Und ich wette, daß du ihn wirst nehmen wollen. Dein Buch kannst du ihm natürlich nicht unterschlagen. Solche Bücher sind ein Stück des Autors selbst. Also ist's besser, er liest es vorher, dann weißt du gleich sein Urteil.“

„Und glaubst du etwa, daß dies Urteil günstig ausfallen wird? Doch wohl kaum?“

Doris Katz zuckte die Achseln. „Ich habe dir immer gesagt: es ist ein tüchtiges Buch; es stiftet auch vielleicht Nutzen dank seiner guten Tendenz, aber es kam dir nicht zu, es zu schreiben. Du bist zu jung und zu hübsch dazu und auch mit dem Lieben noch nicht fertig. In dem Stadium soll man keine Bücher in die Welt senden, die allzu scharf sind. Du bist ‚du‘, und wer dich ganz versteht, wird sich sagen, daß deine Persönlichkeit durchaus nicht so sarkastisch, hart und pessimistisch ist wie die Sachen, die du schreibst. Leute wie du werden aber nur selten ganz verstanden, und wer sich psychologisch nicht mit ihnen abzufinden weiß, nennt sie ‚unweiblich‘ und bricht ihnen damit den Stab – wenigstens die blöde Menge. Ich halte den, der dort abdampft,

zwar nicht gerade für einen aus der ‚blöden Menge‘, aber immerhin doch für reichlich ‚*vieux jeu*‘. Dich verehrt er, aber dein Buch wird er schwerlich goutieren. Was willst du machen?“

„Diesen einen Tag vergessen,“ sagte Fräulein Gade. „Was gehen mich Liebesgeschichten an? Ich will gar keine . . .“

Doris sah sie scharf an. „Das glaubst du selbst nicht. ‚Das Leben hassen, in Wüsten fliehen, weil nicht alle Blütenbäume reiften‘, steht einem Mädchen deines Schlages nicht an. Du bist eine zu gesunde Natur, und daß du dich jetzt über dein Buch, auf das du bisher so stolz warst, ärgerst, beweist mir nur, daß der norddeutsche Kriegsgott nicht bloß mir, sondern auch dir gefallen hat.“

„Ich ärgere mich, daß du es ihm gegeben hast, nicht über das Buch. Was soll die ewige Verquickung von Mensch und Autor? Was man schreibt, ist Privatsache, wie Religion Privatsache ist. Ich stecke gesichert hinter meinem Pseudonym. Zu verraten brauche ich es niemand, wenn ich nicht will. In diesem Falle werde ich es nicht wollen. Folglich tut das Buch doch nichts zur Sache.“ Sie brach einen Blütenzweig ab und warf ihn in den See. „Und was du von Heiraten redest, das ist Unsinn. Du weißt, damit bin ich fertig, seit –“ sie murmelte einen Namen.

„Du meine Güte,“ rief Doris, „wärmst du die alte Sache wieder auf! Einer Jugendliebe schließlich den Laufpaß zu geben, weil man mit erwachsenen Augen plötzlich einsieht, daß nichts an ihr war, außer etwa die Vergoldung, mit der die eigene Phantasie sie überkleidet hat, das ist doch immerhin keine Erfahrung, die zu gänzlichem Abrüsten in dieser Beziehung berechtigt. Was war daran?“

„Was daran war? Der ganze große Schmerz um ein zertrümmertes Ideal!“ rief Fräulein Gade. „Und das soll nichts sein?“

Doris zuckte die Achseln. „Du bist *au fond* doch eine Schwärmerin. Ja, ja, du bist anders als dein Buch. Wer dich danach beurteilen will, urteilt falsch. Aber komm', wir wollen Tee trinken. Die Abendkühle beginnt. Hörst du, wie es in den Blättern schauert? Das ist die Zaubermusik von Gandria! Ich weiß jemand, der Gandria in seinem Leben nicht wieder vergißt.“

Fräulein Gade erhob sich schnell und streckte die Hand aus, als schüttelte sie einen Eindruck von sich ab.

„Weißt du, Doris,“ sagte sie, „andernfalls hätte ich ihn ganz gern wiedergesehen. Solche blonde Riesen sind mein Geschmack, aber daß du ihm das Buch zugesteckt hast, verdirbt mir die Lust daran. Ich will ihn nicht wiedersehen. Ich werde es energisch zu hindern suchen.“

Sie trat in das dämmerige Atelier. Zu der leeren Veranda herauf gurgelte mit süßem Wellenlaut das im letzten Abendschein bleicher und bleicher werdende Wasser des schönen Bergsees.

* * *

Julian fuhr über den nächtlichen Gotthard. Klare Mondscheinstunden waren dem heißen Tage gefolgt, und die Riesen des Gebirges standen in silberner Verklärtheit gegen den tiefdunklen Himmel.

Er öffnete das Fenster. Nach frischen Wiesen roch es da draußen, nach Bergnelken und Goldlack. Das waren noch die Düfte des Südens, die dann im Weiterfahren hinstarben in der klaren Herbheit des Höhenwindes, in dem kühlen Wassergeruch der tobenden Flüsse, die sich wie in ewiger Verzweiflung niederwarfen von den steilen Felsenkämmen des Gotthard.

Immer wieder nach Gandria zurück dachte Julian. Immer wieder nahm er die kleine Visitenkarte aus seinem Taschenbuch, auf der fein und winzig, in Kupfer gestochen, die drei Worte standen:

Ulrike Gade
Rapperswyl.

Rapperswyl – irgendwo in der Schweiz mußte das liegen, an einem jener lichten Seen, die man immer durcheinander bringt, solange man nicht selbst einmal dort war. Die neue Stadt trat in seinen Horizont wie etwas Wichtiges, Geheimnisvolles, wie etwas, das bestimmt war, eine Rolle in seinem Leben zu spielen. Vielleicht fuhr er beim nächsten Urlaub dorthin, – vielleicht? Nein, gewiß! Er lehnte sich im Wagen zurück und träumte. Das war ja alles so neu und schön und hold...

Erst mit dem Morgenschimmer verblaßten die bunten Farben seiner Luftschlösser. In einen grauen, regnerischen, deutschen Tag war der Zug aus dem Süden hineingebraust. Die Landschaften lagen entzaubert da; Julian fühlte, wie das Alltagsmenschentum wieder von ihm Besitz nahm und die jugendliche Schnelle seiner Empfindungen in müderes Tempo überging. Ja, wiedersehen wollte er sie noch immer, die schöne Freundin aus Gandria, aber nicht überstürzt, nicht ohne Vorbereitung, nicht ohne genaue Orientierung über ihre Person. Gründliche Erkundigungen wollte er einziehen über ihr Vorleben und ihre ganze Existenz, ehe er einen entscheidenden Schritt tat. Das ist ja so leicht heutzutage. Irgendwelche gemeinsame Bekannte hat man immer, die von dem und dem die genauesten Mitteilungen zu machen wissen. Allerhand Pläne schwirrten durch seinen Kopf.

An einer großen Fabrikstadt sauste jetzt der Zug vorbei. Dampfende Schlote, so trist aus dem Nebel steigend... ein Häusermeer von monotonem Grau, das so verschlafen dalag und dem Auge nichts zu sagen hatte – ein Riesenbahnhof, in dem die regenmüde Menschheit verdrossen und übelgelaunt mit zu vielem Handgepäck nach gut deutscher Manier umhertobte. Ein Pfeifen, ein Knarren, ein Weitersausen in eine langweilige Ebene hinein, aus der Pappeln stumpfsinnig in die Höhe ragten.

Julian seufzte, und da er sich auf einen solch freudlosen Hintergrund das blütenreiche Bild Gandrias nicht mehr hinzuzaubern vermochte, nahm er das Buch zur Hand, das Doris Katz ihm so unmotiviert zugeworfen. Ein Roman – er war kein großer Romanleser, er gehörte zu den blinden Hassern alles Modernen, die Maeterlinck und Hofmannsthal kaum dem Namen nach kennen, grundsätzlich nichts von solchen neuen Geistern wissen wollen und sie ohne weiteres en bloc verdammen, weil sie nicht befähigt sind, sie zu begreifen.

Schon der Titel „Moderne Leiden“ mißfiel ihm. Der männliche Auturname klang ihm gesucht. Von den ersten Seiten schon wehte ihm eine herbe, strenge Tendenz entgegen, ein Zugwind von Schonungslosigkeit, von zersetzender Kritik. Mit dem Gefühl, daß ein sehr unangenehmer Mann dies Buch geschrieben haben müsse, klappte er es bald wieder zu und beschloß, es nicht eher wieder zur Hand zu nehmen, als bis es ihm zu dem von Doris

Katz angegebenen Vorwand dienen konnte. Doris Katz sank in seiner Achtung, daß sie solche Bücher besaß. Ulrike – in seinen Gedanken war sie bereits „Ulrike“ – hatte es gewiß nicht gelesen oder sich bei der Lektüre gewiß ebenso abgestoßen gefühlt wie er.

Jedenfalls beschloß er infolge dieser Empfindung, sich mit keiner Nachfrage an Doris Katz zu wenden, sondern lieber einen andern Plan zu verfolgen.

* * *

Drei Tage später saß er, schon wieder ganz eingelebt, in der kleinen Garnisonstadt, über der schwer und geisttötend eine lähmende Hitze brütete, so daß die Menschen noch nachtwandlerischer über die schlecht gepflasterten Straßen gingen als gewöhnlich. Er tat den ersten Schritt auf der Spur Fräulein Gades. Er schrieb einer alten Tante, die in Ragaz zur Kur war, einen acht Seiten langen Brief, ein etwas linkisches Schriftstück. Wie in solchen Fällen üblich, motivierte er sein Ansuchen mit dem „Interesse eines Kameraden an der Betreffenden“ und bat in den ehrerbietigsten Tönen, die er immer für das gute, alte Stiftsfräulein gehabt, daß sie doch auf ihrer Heimreise in Rapperswyl Station machen und alles auskundschaften möchte, was dort über Ulrike Gade zu erfahren sei? Er kannte die Vorliebe der Tante, die in ihrer Jugend selber mit romantischen Unternehmungen zu kurz gekommen war, für alle Dinge, die aparten Anflug hatten, und verrechnete sich nicht.

Eine Woche später etwa – er kam von einer heißen Regimentsübung staubbedeckt und müde zurück – elektrisierte ihn der Anblick eines Briefes mit Schweizer Marke. Wie viele Neffen, gewohnt, Briefe älterer Tanten erst auf der zweiten Seite zu beginnen, da die erste stets dasselbe bringt, blätterte er sofort in die Mitte.

„Was also die bewußte Dame betrifft“ – sein Atem ging schneller –, „so sind meine Resultate dürftig, aber vielleicht nicht ohne Wert. Ihre Wohnung habe ich schnell gefunden. Denke dir ein längliches, viereckiges Gutshaus mit grünen Läden dicht am

See; eine Reihe herrlicher Kastanien davor, unter denen steinerne Bänke stehen; ein großer, verwilderter Garten, der zwar besser gejätet werden könnte, aber nicht ohne Poesie ist. Das Haus gehörte seit Menschengedenken einem Fräulein Müller – ja, erschrick nicht! Wirklich Müller. Nach ihrem Tode im letzten Jahre hat sie es ihrer Nichte Ulrike vermacht, die zeitweise bei ihr gelebt hat, jedenfalls sehr viel mit ihr in der Welt herumgereist ist. Denn Fräulein Müller war immer nur wenige Herbstwochen in Rapperswyl, hat aber dank ihrer großen Wohltätigkeit, welche die Nichte jetzt fortsetzen soll, einen sehr guten Namen in dem kleinen Nest hinterlassen. Weißt du übrigens, daß in Rapperswyl ein Museum mit polnischen Erinnerungen ist? In einem reizenden Bergschloß, das Ulmen umrauschen; fabelhaft romantisch. Grünumrankte Tore, und die Wappen vornehmer polnischer Geschlechter an den Wänden, eine feudale Luft. Seltsam, so mitten in der Schweiz dies Denkmal der alten Polenherrlichkeit! Vielleicht hat Fräulein Müller in ihrer Jugend einen polnischen Edelmann geliebt und sich dann aus Pietät in Rapperswyl angekauft. Freilich, die Liebe konnte auch nur unglücklich sein, denn ein edler Pole kann natürlich keine Müller heiraten.“

Julian wurde etwas ungeduldig beim Lesen. Er überschlug einige Absätze, in denen lediglich von Polen die Rede war, und fand dann den gesuchten Faden wieder.

„Natürlich drang ich in das Haus ein, unter dem Vorwand, es kaufen zu wollen. Ein nettes, altes Mädchen hütet es. Sie erzählte, daß Fräulein Gade den Winter in Rapperswyl verbringen werde und schon Anfang Oktober eintreffen wolle. Sie lebe seit dem Tode der Tante ganz allein – das, lieber Julian, gefällt mir weniger und tat mir im Interesse deines Kameraden leid. Die Dame ist erst dreiunddreißig, also Selbständigkeitsberechtigung noch nicht vorhanden. Mit ihren Verwandten, den reichen Müller-Gades in Berlin, Verlagsbuchhändler oder Bankiers – das bekam ich nicht heraus, da überhaupt alle Begriffe, die sich nicht auf Rapperswyl bezogen, im Gehirn dieses Mädchens sehr ungeordnet durcheinander fielen – mit diesen Verwandten also wäre sie seit einiger Zeit zerfallen obwohl sie noch vor zwei Jahren länger im Hause derselben gewesen sei. Ihre Eltern sind längst tot, ihre Vermögensverhältnisse sehr gut, wenn auch nicht glänzend. Die alte Wirtschafterin stellte ihr und ihrem Charakter ein

vortreffliches Zeugnis aus. Derselben Meinung sei auch der Pastor des Ortes. Mehr, lieber Julian, war nicht zu ermitteln. Rapperswyl selbst kannst du ja im Bädeler nachlesen. Es steht alles drin, auch Ufenau und Polenburg.

Vielleicht besuchst du mich bald im Kloster. Du hast es ja nicht weit.“

Der Brief endete in Beteuerungen verwandtschaftlicher Zuneigung. Julians ganze Seele war bei Ulrike, die der Pastor von Rapperswyl gelobt hatte. Das wog schwer in seinen Augen, solch ein unparteiisches, geistliches Urteil; aber ehe er sich ganz in süße Sicherheit einwiegte, mußte doch noch die Familie Müller-Gade in Berlin gründlichst erforscht werden. Die etwaigen Achillesfersen und Schattenseiten dieses ihm bis dahin unbekannten Geschlechts – ermitteln mußte er sie, wenn sie da waren, und waren keine da, um so besser!

Vor seinen grübelnden Gedanken stieg das Bild eines jungen Veters, des Grafen Fritz Travers, plötzlich empor. Dieser war auf der Kriegsakademie bereits im dritten Jahre; er hatte endlos mitgemacht in allen Kreisen, die sich ein Offizier nur erlauben konnte; vielleicht war ihm auch die Familie Müller-Gade einmal in den Weg gekommen: wenn nicht, so bürgten die gesunden Sinne, die scharfen Augen des Grafen Fritz auch in diesem Falle für eine richtige Ermittlung der Sachlage.

Julian schrieb ihm noch am selben Tage. Er fühlte eine seltsame Erregung, seit die Dinge in Gang kamen. Jede Nacht träumte er von Wellenrauschen und wußte nie, ob es eigentlich die Wellen des Luganer Sees waren oder die noch unbekannten von Rapperswyl?

Graf Fritz antwortete umgehend:

„Verehrter Vetter!

Nichts leichter als das. Bei meinen Fahrten durch Berlin, wenn ich auf Menschengesuche ging, kamen mir Müller-Gades allwinterlich aufs häufigste in die Finger. Du weißt, daß wir Travers' uns nicht wenig auf unsere Vorurteilslosigkeit einbilden. Daß ich mit ihnen verkehrte, kennzeichnet sie also nicht unbedingt. Wenn ich aber sage: du könntest ohne Frage auch mit ihnen verkehren, so weißt du damit, daß die Familie einwandfrei ist. Niemand von ihren vielen Gliedern hat je Bankrott gemacht,

sich erhängt oder ist mit anderer Leute Frauen davongegangen. Sie sind sämtlich korrekt. Untereinander zerfleischen sie sich zwar gelegentlich, sagt man – aber diskret und hinter den Kulissen, so daß es Fremde unmöglich stören kann. Es ist eine richtige großindustrielle Berliner Familie mit gesellschaftlichem Ehrgeiz. Auf den Routs des Stammhauses schweben viele bemerkenswerte Namen durcheinander. Eine Menge Offiziere verkehren bei ihnen, und nicht bloß die kommandierten. Jeder nimmt seine Frau mit dahin. Ich würde es auch tun, hätte ich eine – aber mein nie erschautes Ideal schwebt noch im Weiten. Unsereins könnte ruhig in diese Familie hineinheiraten, und dein Kamerad, verehrter Vetter, wird, wenn er eine Gade heiratet, nicht weiter von seinem Kothurn heruntersteigen müssen als die meisten von uns, die lieber mit einem vernünftigen bürgerlichen Mädchen leben, als mit einer Ahnendame verhungern wollen.

So viel über die Familie im allgemeinen. Nun zu deiner speziellen Frage nach Ulrike Gade. Ich weiß nicht, wie viel du meinem Menschenurteil zutraust; jedenfalls ist es in diesem Falle ein Urteil aus eigener Anschauung, da ich Ulrike kenne. Jawohl, ich kenne sie, soweit man sich in Gesellschaften kennen lernt. Viele behaupten zwar, das sei gleich Null; ich finde, auch die flüchtigste Bekanntschaft gibt Handhaben genug, um Schlüsse zu ziehen, das heißt dem, der überhaupt Schlüsse ziehen kann. Sie erschien mir immer wie eine Extraausgabe im Vergleich zu den übrigen Familienexemplaren. Übrigens heißt sie nur Gade und nicht Müller, wie deinem Kameraden vielleicht lieb zu hören ist, falls er engherzige Tanten oder unmoderne Onkels haben sollte. Ihre Vettern führen den Doppelnamen. Sie ist die einzige Tochter des einzigen Gade, der Ideale hatte. Das ist nämlich etwas, was die andern bei ihrer phänomenalen Nüchternheit nicht kennen. Ihre Mutter starb früh. Ihr Vater war eine Art Privatgelehrter und so ideal, daß er fast sein ganzes Geld nach und nach an Ausbeuter aller Art weggab. Er reiste beständig mit der Tochter, so daß diese – sie mag dreiundzwanzig Jahre gewesen sein als er starb – niemals recht wußte, wo sie eigentlich zu Hause sei. Jedenfalls wußte sie im Archipel ebenso gut Bescheid wie in den Straßen Berlins. Als sie verwaist und in beschränkter Lage zurückblieb, wurde sie in der Familie Müller-Gade von einem zum andern weitergegeben. Dann wollte ein Vetter sie heiraten; sie sagte nein, verkrachte

infolgedessen mit dem Hauptbestande der Familie, lebte hierauf mit irgend einer Tante Müller theils auf Reisen, theils auf deren Besizung in der Schweiz. Vor einem Jahre etwa starb die Tante und ließ sie in pekuniärer Selbständigkeit zurück. Ihr abhängiges Leben mag für den besonderen Geist, den sie besaß, drückend genug gewesen sein. Jedenfalls sieht sie auf keine glückliche Jugend zurück; das gab auch ihrer Art in jener Zeit, als ich sie öfters sah, ein besonderes Gepräge; sie war verschlossen, nicht für jeden liebenswürdig, ein wenig Pessimistin und einer tüchtigen Ironie fähig; sie machte immer den Eindruck eines Sklaven, der die Ketten brechen möchte. Daß sie einem reichen Vetter, dem Hauptmatador der jüngeren Generation, einen Korb gab, bewies, daß sie ein famoses Mädchen ist. Eine kleine Freundin erzählte mir damals, sie, die bewußte Ulrike, habe diesen Vetter früher sehr gerne gehabt, er sei ihr aber mit der Zeit zu materiell und nüchtern geworden, und da sie nur aus Liebe heiraten wolle, habe sie lieber dem Familienstolz des sehr selbstgefälligen Geschlechts mit einem energischen ›Nein‹ ins Gesicht geschlagen. Ich glaube, daß es so ist. Nun wird sie wohl wie eine verzauberte Prinzessin auf ihrer Burg in den Alpen sitzen, und der Ritter, der durch die Dornenhecke zu ihr möchte, wird wohl in erster Linie nicht materiell und nicht nüchtern sein dürfen, wenn er sie erlösen will. Da die Familie sie totschweigt – der Vetter mit dem Korb hat sich inzwischen anderweitig, wenn auch mit geringerer Qualität, versorgt –, dürfte es für mich schwierig sein, von ihrem jetzigen Leben etwas zu ermitteln. Ich glaube, sie stehen auch kaum mehr in Beziehung. Naturen wie diese machen, wenn sie sich gekränkt fühlen, energisch Schicht.

Wie geht es bei dir? Vielleicht kann ich mir im nächsten Herbst deine Existenz selbst einmal betrachten, da ich nach beendeter Akademiezeit wohl zu der Schwadron meines alten Regiments zurückkomme, die seit kurzem bei euch liegt. Wie ich nach den Berliner Jahren ein solches Nest wieder aushalten soll, weiß ich zwar nicht. Du hast Talent für die kleinen Städte. Vielleicht gibst du mir das Rezept.

Verehrungsvollst

Dein Vetter

Fritz Travers.“

* * *

Julian wußte, daß sein junger Vetter weder ein Schönredner war noch ein Phantast. Wenn er ihm auch im allgemeinen nicht viel Gutes zutraute, seinem gesunden Urteil traute er doch.

Er beschloß, Ulrike wiederzusehen und von dem Eindruck dieses zweiten Begegnens alles abhängig zu machen. So oft war eine Schwärmerei auf den ersten Blick bei einem Wiedersehen in ihm verblaßt. Wenn seine Gefühle diesmal die Liebesprobe bestanden, so lag ja nichts im Wege, Ulrike zu heiraten.

Die Vermögenslage beider erlaubte es ja.

Zuweilen dachte er daran, erst eine Korrespondenz mit ihr zu beginnen, aber seine Scheu vor dem Briefschreiben war zu groß. Er hatte das Gefühl, sich mit einer solchen Tintenquälerei selbst den Reiz von der Sache zu nehmen, und beschloß, es als echter Militär mit dem abgekürzten Angriff zu versuchen.

* * *

Rapperswyl lag im Abendleuchten da, festlich geschmückt vom gelben Glanze des Herbstlaubs, als Julians Dampfboot, an der stillen Ufenau vorbei, dem grauen Städtchen entgegenfuhr.

Gleich nach den Manövern hatte er einen zweiten, kurzen Urlaub erbeten, nicht ohne einige Schwierigkeit auch erhalten und war dann südwärts gedampft. Heftige Ungeduld trieb ihn. Das alte, stolze Zürich erstaunte ihn zwar eine kurze Minute, als er es so königlich ausgestreckt sah am bergumkränzten Ufer, aber lange dauerte der Zauber nicht. Ihm waren andere Dinge wichtiger, ja selbst die holden Gelände des Sees schwebten wie etwas Unwesentliches an seinem Blick vorbei. Er stand am Steuer und träumte in den Abendschein hinaus, bis endlich das dunkle Städtchen seiner Sehnsucht sichtbar wurde und über den Dächern die grüne Burg sich düster vom offenen Flammenmeer der versinkenden Sonne abhob. Und endlich sprang er ans Ufer; endlich fand er das gesuchte Haus, fand es, wie die Tante es geschildert, mit grünen Fensterläden und großen Kastanien dicht am See.

Und wenige Minuten noch, da stand er vor ihr und spielte vor ihren verwunderten Blicken seine kleine Komödie ab, die er sich hundertmal eingeübt in den langen, staubigen Manövertagen, in den ärmlichen Holzstuben der schlechten Heidequartiere da droben in den schönheitsverlassenen Gefilden seiner östlichen Provinz. Daß er zufällig hier vorbeikomme, sagte er, daß er ja noch immer Fräulein Katz' Buch habe und es nicht hätte lassen können, sich so im Vorüberfahren nach ihrem Befinden zu erkundigen. Sie habe zwar damals in Gandria gesagt, das Aufwärmen kurzer Bekanntschaften sei Unsinn, aber er könne das nicht finden, nein, wirklich nicht...

Er sprach ernst und männlich, ohne Überhastung, mit der vollbewußten Würde, die er als reifer Mann und als Offizier für geboten hielt, an den Tag zu legen – und gerade das war es, was dieser Persönlichkeit, die im Grunde wenig innere Eigenart besaß, einen unbestreitbaren Charme verlieh, diese vornehme Haltung in Rede und Gebärde, dies vollkommen Männliche des Auftretens, das so harmonisch paßte zu der äußeren Stattlichkeit der Erscheinung. Und das war es auch, was Ulrikes festeste Vorsätze ins Schwanken brachte. Nein, sie hatte kein Wiedersehen gewünscht! Frei wollte sie sein, nach ihrer geknechteten Jugend das ungefesselte Leben weiterführen, das sie seit dem Tode der Tante in vollster Selbständigkeit genoß. Nun war er doch gekommen, plötzlich, ohne daß es sich hindern ließ. Sie stand am Fenster, wie eingerahmt von den Bäumen ihres Gartens, die leise an die Scheiben pochten; er neben ihr, dem gefährlichen Punkte immer näher kommend.

Sie deutete auf das Buch in seiner Hand. „Wie ordentlich Sie sein müssen,“ sagte sie mit gepreßter Stimme, „daß Sie eine solche Kleinigkeit nicht vergaßen . . . Wie gefiel Ihnen denn das Buch?“

„Reden wir nicht davon,“ versetzte er. „Solche Bücher sind mir schrecklich – ich hoffe, Ihnen auch. Wenn ich Ihnen etwas zu verbieten hätte, ich würde Ihnen nie erlauben, ein solches Buch zu lesen.“

Sie mußte unwillkürlich lächeln. „Jemand die Lektüre eines Buches verbieten, das man selbst geschrieben hat... das ist richtend für das Buch... und kränkend für den Autor,“ dachte sie.

Das heißt: solche Leute, mit denen hatte man ja nichts zu tun, mit denen verstand man sich eben nicht!

Ulrike fuhr auf. Da war Julian schon bei seiner Bewerbung. Daß er sie hätte wiedersehen müssen, sagte er, um zu prüfen, ob seine Liebe wirklich eine Liebe sei. Und er habe sich nicht geirrt, nur sie könne ihn glücklich machen trotz ihrer Verschiedenheit. Und verschieden wären sie; damals am Luganer See hätte ihre Sicherheit, ihre Selbständigkeit ihn fast erschreckt; sein weibliches Ideal sei immer viel unselbständiger gewesen. Aber das fiel nun ja alles von selber fort. Wenn sie ihn nur liebte, darauf käme alles an. Und, nicht wahr, das täte sie doch? Es wäre schrecklich, wenn sie es nicht täte. „Antworten Sie doch!“ bat er. „Warum sind Sie so stumm? Warum reden Sie denn noch immer nicht?“

Sie merkte gar nicht, daß er in einem fort Fragen stellte, sie sah immer nur auf das Buch, das er achtlos auf den Tisch geworfen hatte. Wie ein roter Fleck brannte es auf der dunkeln Decke, das Buch, das er so schrecklich fand und das sie doch geschrieben...

Er ergriff ihre Hände. „Reden Sie doch, Ulrike, Sie martern mich!“

Sie entzog ihm ihre Finger. »Nein, Sie martern!« versetzte sie tonlos. „Wie soll ich antworten können, wenn ich die Antwort selber nicht weiß!“

„Ja oder nein, das ist doch einfach.“

„Nicht so einfach, wie Sie meinen –“

„Ulrike!“ rief er erschreckt. „Sind Sie etwa nicht mehr frei?“

„Gerade, weil ich so frei bin... es fragt sich, ob man dies kostbarste der Güter opfern darf, wenn man es so hoch wertet wie ich...“

Er trat plötzlich verletzt von ihr fort. „Sie lieben mich eben nicht,“ sagte er.

Da fühlte sie es mit einem Male in fast erschreckender Klarheit, daß das nicht richtig sei, daß wirklich, ihr selbst zum Staunen, ein heißes Gefühl für ihn in ihrem Herzen lebte.

„Lassen Sie mich einen Tag und eine Nacht darüber nachdenken,“ sagte sie schweratmend.

„Nein, ich kann nicht warten. Lassen wir das. Entweder liebt man, oder man liebt nicht.“

„Ich werde Ihnen morgen schreiben,« sagte sie. »Jetzt kann ich nicht antworten.“

Er nahm seinen Hut und wollte gehen. Da sah sie, wie blaß er geworden war. Eine Rührung überkam sie. Er mochte irgend etwas Derartiges in ihrem Blick lesen, und ohne ein Wort abzuwarten, setzte er seinen Hut wieder auf den Tisch und ging auf sie zu.

Sie wich bis an das Fenster zurück. Das rote Buch tanzte ihr vor den Augen. Dann sah sie nur noch sein Gesicht und ließ die Dinge widerstandslos gehen, wie sie gehen wollten.

Eine Minute später war sie seine Braut.

* * *

Julians rasche Verlobung war vielleicht die erste temperamentvolle Tat seines Lebens. Seine Ahnherren, soweit es sich aus Chroniken feststellen ließ, hatten einst für berühmte Raufbolde gegolten, die von einem wohlbefestigten Schloß am Bodensee herab Krämer überfielen und besiegte Gegner hartherzig in ihren finsternen Verließen schmachten ließen, kurz, all jenen feudalen Unfug trieben, der im rücksichtsloseren Mittelalter bei adeligen Herren Sitte war. Im Laufe der Jahrhunderte hatte sich aber das Blut des hitzigen Geschlechts merklich verdünnt, im selben Maße wie der Kothurn, auf dem sie standen, niedriger geworden war. Die Herren von Reifenstein waren keine Raubritter mehr, sondern harmlose Beamte und brave Leutnants; sie dachten eher pedantisch als heißblütig, heirateten getrost in bürgerliche Familien, und nur die unverheirateten Reifensteins weiblichen Geschlechts schnürten sich im Hinblick auf ihre Stiftsplätze noch den Panzer eines besonderen Adelsstolzes um die Seelen.

Alle aber hatten ein schönes Erbteil aus der feudalen Vergangenheit überkommen, das war einmal eine natürliche Vornehmheit des Empfindens, die sie auszeichnete, und zweitens die Fähigkeit, bei besonderen Gelegenheiten – wenn auch nur einmal im Leben – heißblütig aufzuflammen und etwas von jener

alten Raubritterenergie in sich zu entwickeln, die ihre Ahnherren am Bodensee einst so gefürchtet und berühmt gemacht hatte.

Vielleicht war es der vorteilhafteste Moment in Julians ganzem Leben, als er – hingerissen von der Situation – in dies seltene, schnelle, lebensvolle Tempo geriet; jedenfalls war es derjenige Moment, dem er Ulrikes Liebe und ihre Hand verdankte...

In der Mitternachtsstunde, die diesem Abend folgte, ging Ulrike erregt in ihrem Zimmer auf und ab. Sie war glücklich. Sie hatte nie geglaubt, daß man es durch die Liebe werden könne. Nun wußte sie's.

Nur mit der Buchangelegenheit hatte sie sich noch abzufinden.

Sie tat es denn auch mit der resoluten Entschlossenheit einer kräftigen Natur, der eine kleine Beimischung von Solneß' „robustem Gewissen“ nicht abgeht.

Sagen konnte sie Julian unmöglich mehr, daß sie der Autor war. Vielleicht, wenn er ihr Bedenkzeit gelassen, hätte sie es doch getan. Aber wozu ihm seinen Himmel zerstören, ihn wie mit feurigem Schwert aus seinem Paradiese verjagen? O, sie wußte, wie das tat, wenn einem Luftschlösser zerstört werden! Sie besann sich nur zu deutlich auf die Stunde, als sie sich einst klar darüber wurde, daß ihre ganze, lange Jugendliebe nichts als ein Mißgriff, ein Irrtum, eine Einbildung gewesen war, auf die Geburtsstunde jenes Menschenhasses und Weltschmerzes, jener stumpfen Wut auf „alles, was besteht“...

Und was bedeutete denn überhaupt dies eine Buch? Ein Versuch war's, ob sie auch könnte, was andre können, – sie, die man bisher immer „talentlos“ genannt, weil sie keine Lust zu schlechtem Klavierspiel, keinen Hang zum „Brennen“, „Kerben“ oder „Punzen“ hatte. Niemand wußte von der Autorschaft dieses Buches außer Doris Katz, die ihr vorsichtshalber, damit das Geheimnis auch gut gewahrt werde, die ganze Verlegerkorrespondenz besorgt hatte. Die Autorschaft war ihr Geheimnis, durfte es bleiben. Was ist denn ein Buch heutzutage? Ein Sandkorn in der Wüste, ein Tropfen in der riesigen Bücherwelle, die jährlich den Markt überschwemmt und dann verschwindet, in nichts zurück. Vor einem halben Jahre war es erschienen; kein Kritiker hatte es beachtet. Niemand würde es vielleicht jemals beachten. Wozu also mit einer solchen

Kleinigkeit ihm, den sie liebte, die Freude verderben? Nie war ihr das Buch so gleichgültig gewesen wie jetzt. Die selige Stunde, als sie in Rom mitten in der Frühlingszeit das erste Exemplar erhalten und stolz und verzückt betrachtet hatte, die war vorbei.

Jetzt interessierte sie sich nur noch für Julian, der ihr schon damals in Gandria gefährlicher gewesen, als sie sich gestand. Ja, die Liebe war doch die große Hauptsache im Leben! Die Dichter fabeln doch nicht! Nun wußte sie, was mit ihrem Leben anzufangen sei. Die ungebundene Freiheit war zwar schön gewesen, aber dies war noch schöner! Endlich etwas, worüber sich nicht ironisieren, nicht spotten ließ, etwas Ganzes, Volles.

Sie war nicht umsonst die Tochter des „einzigen Gade, der Ideale besessen hatte“. Mit Begeisterung gab sie sich dem neuen Glauben hin und genoß das Glück, das er ihr brachte, mit den vollen Zügen eines Durstigen, der noch nie von so köstlichem Tranke gekostet hat.

* * *

Der junge Graf Travers behielt mit seiner Ahnung recht. Er kam nach beendeter Kriegsakademie zu der Schwadron, die in Julians Garnison lag, und wenn er die Notwendigkeit, in einer kleinen Stadt atmen zu sollen, auch als halben Todesstoß empfand, so beschloß er doch, die Kugel, von der er fest annahm, daß er sie sich noch einmal durch den Kopf jagen würde, jetzt noch nicht anzuwenden.

Als er den ersten Abend nach der Übersiedlung von Berlin mit einem guten Bekannten aus früherer Zeit aus dem Kasino fortschlenderte, erkundigte er sich nach Reifensteins.

„Ach,“ sagte der Kamerad, „die sind so glücklich, daß es gar nicht zu sagen ist.“

„O weh,“ seufzte er, „je glücklicher ein Ehepaar, um so langweiliger für andere.“

Er beschloß, seinen Besuch möglichst hinauszuschieben.

Nach drei Tagen langweilte er sich aber bereits so in dem kleinen Nest, daß er doch hinging.

Er kam gerade in die Kaffeesitzung nach einem Diner herein, einem Drei-Uhr-Diner, eine Vorstellung, die ihn schauern machte. „Wie kann man,“ dachte er, „in der grellsten Stunde des Tages, in der niemand auf der Höhe seines Esprits und namentlich seines guten Aussehens zu stehen pflegt, ein Dutzend Menschen um seinen Eßtisch gruppieren, die alle im verklärenden Schein des künstlichen Lichtes zehnmal besser aussehen und gescheiter reden würden! Warum nicht den Anblick dieser Runzeln mildern, die enge Lebensverhältnisse hineingezeichnet haben in die Gesichter von Menschen, die vielleicht einst hübsch oder sorglos ins Leben schauten? Unklug und ungeschickt im höchsten Grade! Aber freilich, die ganze kleine Stadt würde Kopf gestanden haben, wenn jemand etwa um halb acht Uhr hätte dinieren lassen wollen! Dem korrekten Julian sah es ähnlich, daß er es daraufhin nicht riskierte, – aber Ulrike, die doch aus hauptstädtischem Leben stammte, hatte die etwa das Heft nicht in der Hand?“

Er erregte Sensation, als er eintrat. Die Infanteriedamen führten zwar genau Buch über jeden Kavallerieleutnant, der in die Garnison verschlug, aber außer seinem Namen wußte noch keine etwas von ihm. Die ungewöhnliche Persönlichkeit frappierte. Travers sah mehr wie ein schöner Zigeuner aus als wie ein deutscher Offizier. Das unheimliche Augenfeuer innerlich rastloser, nervöser Menschen leuchtete ihm seltsam genug aus dem blassen Angesicht, dazu diese Mischung von Blasiertheit und Ironie im Ausdruck: wie der Sohn eines fremden, schönen Stammes stand er plötzlich zwischen den schwatzenden Herdenmenschen, die alle aus einem Stoff geschnitzt schienen, und denen kein höherer Gedanke von der Stirn zu lesen war.

Julian kam herzlich auf ihn zu. Die große, breitschultrige Gestalt gefiel Travers einen Augenblick, dann schien ihm plötzlich, als ob Julians Ton etwas reichlich zur Biederkeit hinüberneige. Nun ja, natürlich, in solch biederem Milieu! Das Milieu ist es ja, das wie ein Polyp mit Fangarmen alles an sich zieht und allen die Marke aufdrückt, die sie dann durchs Leben tragen, ohne es zu wissen.

Ihn schauderte, daß er hier existieren sollte. Er hätte am liebsten die Arme erhoben und gerufen: „Ihr armen Leute, wie dauert ihr mich!“ aber sie würden sein Mitleid ja gar nicht

begriffen, sie würden ihn entsetzt angeschaut, ihn ihrerseits bemitleidet haben, im Glauben, daß er wahnsinnig geworden sei.

Da trat – mitten in diese Gedankengänge hinein – die Hausfrau auf ihn zu.

Das war die Ulrike aus dem Berliner Salon, wie er sie vor drei Jahren kennen gelernt, aber mit einem liebenswürdigen Lächeln, das sie damals nicht gehabt.

„Wahrhaftig, sie fühlt sich wohl hier,“ dachte er, als sie ihn auf die alte Bekanntschaft und die neue Verwandtschaft hin wie einen guten Freund begrüßte, „sie hält das Leben hier aus. Die hatte ich überschätzt.“

Sie wies ihm einen Platz zwischen zwei Regimentsdamen an. Eine halbe Stunde lang mußte er eine Unterhaltung über sämtliche Ausflüge, die von der Stadt aus zu machen waren, erdulden. Man pries die Gegend als „lieblich“.

„Lieblich,“ sagte er zu der lobsingenden Majorin, „lieblich werden immer jene Gegenden genannt, in denen die Berge zu niedrig sind, um der Rede wert zu sein, und die Reize so verschwindend, daß man sie nicht einmal mit dem Opernglas zu finden vermag. Stumpfsinnige Felder, dahinter eine schwache Hügelung, vorn ein paar Pappeln, die oben ausgehen wie alle Pappeln, – der Himmel beschütze einen vor solcher Lieblichkeit!“

Ulrike horchte scharf auf. Ihre Blicke begegneten sich, und es lag in ihnen wie eine Ahnung stummer Freimaurerei. Die andern Damen fanden seine Äußerung sehr arrogant, aber weil er so hübsch war und sie so neugierig, beschäftigten sie sich weiter mit ihm.

„Sie werden sich hier schwer einleben,“ tadelte die Majorin. „Nehmen Sie sich ein Beispiel an Ihrer Frau Cousine, die in ihren Mädchenjahren doch so viel gereist ist und solch wechselndes Leben geführt hat und sich nun in diesem lieben Städtchen so außerordentlich wohl fühlt.“

„Wirklich?“ fragte er zu Ulrike hinüber. „Sie müssen mich in die Lehre nehmen und zeigen, wie man es macht.“

„Es ist leicht,“ versetzte Ulrike ruhig.

Die Ehemänner kamen aus dem Rauchzimmer und warfen ihren Gattinnen rollende Blicke zu, die an Aufbruch mahnen sollten; in dem Rollen wurde bereits leicht der Zorn markiert, der

ausbrechen würde, falls nicht sofort dem Gebot des Herrn Rechnung getragen würde.

Eine umständliche Verabschiedung erfolgte. Ulrikes liebenswürdiges Lächeln und ihre immer wieder hingebotene Hand waren wie ein fester Pol in dem Knäuel sich windender Gestalten. Ein paar Junggesellen blieben noch, und während Julian sich mit ihnen in das Rauchzimmer zurückzog, ließ er den Vetter bei Ulrike zurück.

Zum ersten Male vergaß Travers das Elend der kleinen Garnison. Die Zimmereinrichtung war so elegant, die Hausfrau so apart, daß er, beruhigt und tief aufatmend, seine Lackstiefel unter ihren Tisch streckte.

„Wissen Sie, wie Sie mir eben vorkamen, so im Schoße Ihres Regiments?“ fragte er. „Da gibt es ein Stormsches Gedicht von einer schönen Frau, die wie ein Stern zwischen den andern steht und sich fortsehnt, aber sie sagt nicht, wohin. Nur ein Kundiger versteht es, von ihren Augenbrauen abzulesen, daß sie Heimweh hat nach einem verlassenen Strande, nach Gegenden, die anders und schöner sind als diese zum Beispiel... Sie sind so viel gereist, daß ich nicht begreifen würde, wenn es bei Ihnen anders wäre...“

Ulrike sah gedankenvoll vor sich hin. Dann sagte sie mit etwas gezwungener Stimme: „Sie fassen mich zu lyrisch auf. Ich bin momentan nichts als eine brave Hausfrau, deren einziges Hoffen den ganzen Tag darauf gerichtet war, daß ihr Diner gut klappen möge, und die nun die Anerkennung ihres Mannes dafür erhofft, daß sie einigermaßen zufriedenstellend die Honneurs gemacht hat.“

„Welche objektive Gelassenheit müssen Sie besitzen, verehrte Cousine,“ versetzte er etwas gekränkt, da er merkte, daß sie nicht offen gegen ihn war, „um in einem Jahre die schwere Kunst erlernt zu haben, sich in Verhältnisse zu fügen, die Ihnen im Grunde ebenso heterogen sein müssen wie mir. Ich weiß nicht, ob Sie sich noch unsrer kleinen philosophischen Gespräche von früher erinnern. Damals, vor drei Jahren, als ich die Ehre hatte, Sie im Hause Ihrer Verwandten kennen zu lernen. Wir saßen damals zuweilen, wenn andere tanzten – das Tanzen langweilte Sie, und Sie hielten es für geistlos –, in einer Palmenecke des schönen Warmhauses, die an glückliche Tropenwälder, an indische Wildnis gemahnte, zusammen und redeten über die Welt

und ihre Miseren, die Menschen und ihre Schwächen, und machten alles, was vorhanden war, so herunter, als wäre der ganze Globus nicht einen aus dem Kurs gekommenen Pfennig wert. Und jemand, der so energisch zu denken, so erbarmungslos zu kritisieren verstand, sollte mit einem Male so duldsam geworden sein? Ich kann nicht daran glauben! Die Schärfe Ihres Urteils haben Sie schwerlich eingebüßt, vielleicht nur die“ – er hob die halb gesenkten Lider langsam auf und sah ihr forschend ins Auge – „nur die Ehrlichkeit!“ schloß er dann.

Sie wurde lebhaft. „O nein, aber selbst wenn – ist diese Art der Unehrlichkeit nicht vielleicht eine Tugend? Wenn man rücksichtslos ehrlich sein will, pflegt man unliebenswürdig zu sein. Jetzt bin ich vielleicht weniger ehrlich geworden, aber liebenswürdiger. Diese Metamorphose halte ich für eine Verbesserung.“

„Sie nehmen also eine Maske vor,“ sagte er mit jenem weichen Ton, den seine Stimme bisweilen annehmen konnte; „dürfte ich als Vetter Julians nicht um den Vorzug bitten, daß mit mir ohne Maske verkehrt wird?“

„O nein,“ versetzte sie, „ich möchte Sie auch nicht ganz unmaskiert. Auch handelt es sich gar nicht um Masken. Es ist etwas anderes; wir müssen uns gegenseitig beweisen, daß wir seit unserer Bekanntschaft gereift sind.“

„Und glauben wir das?“

„Ich kann für Sie nicht urteilen.“

„Doch, ich bin gereift,“ sagte Travers mit Entschiedenheit. „Ich habe viel gelernt in meinen Akademie Jahren; ich habe bekommen, was ich vorher dank meiner Korpserziehung nicht hatte: – Interessen; ich meine weitergehende, nicht bloß für Rangliste und Pferde. Ich bin sogar unter die Literaten gegangen. Novellen, Dramen, solches Zeug habe ich geschrieben, – allerhand, was eigentlich ein Offizier nicht schreiben soll. Ich interessiere mich brennend für tausend unmilitärische Dinge. Mit einem Riesenkoffer Bücher bin ich hier angekommen; ich halte mir inkognito Zeitungen, deren Namen ich hier in Julians Hause kaum zu nennen wage. Sie sehen, ich plaudere offen alle meine Geheimnisse aus. Ich bin noch ehrlich, allerdings nicht ohne eigennützigen Hintergedanken. Ich bitte Sie,“ – und er faltete seine schönen Hände, während er die Ellbogen auf die Knie

stützte und Ulrike flehend ansah – „interessieren Sie sich ein wenig für mich; sehen Sie, ich bin hier wie der Fisch auf dem Sande, geschleudert aus meinem eigentlichen Element auf ein ungastliches Ufer, auf dem ich nicht leben kann. Wie Odysseus auf der Insel des Polyphem bin ich hier gestrandet. Mein Polyphem ist die Langeweile, die mich erwürgen wird, wenn mich niemand rettet. Sie können mich retten. Sie haben dieselben Interessen wie ich. Sie kennen Welt und Menschen und sind nicht wie all die andern hier, die kaum hinausgesehen haben über die Mauern dieser Stadt oder den Zaun ihres Regiments. Lassen Sie uns zuweilen von den Dingen sprechen, die da draußen liegen, von Kunst und Literatur und Theater und Philosophie, von der Welt und ihrem Reichtum, – und wenn Sie Ihrer Güte die Krone aufsetzen wollen, so seien Sie ein wenig huldvoll gegen meine kleinen literarischen Versuche, lesen Sie meine Manuskripte durch, – tadeln Sie, streichen Sie aus, verbessern Sie, wo Sie wollen, aber lassen Sie mich nicht umkommen vor Hunger nach Verständnis!“

Ulrike mußte lächeln über sein Ungestüm. Er lachte mit einem Male auch.

„Nicht wahr, ich bin gleich mit schwerem Geschütz in Ihr Haus hereingefahren?“ sagte er, „aber Sie wissen nicht, wie ich leide. Legen Sie ein gutes Wort für mich ein bei Julian. Ich fürchte, er ist nicht ganz zufrieden mit meiner Wenigkeit. Daß ich in die hiesige Schwadron kam, – nun, Strafversetzung ist's ja nicht gerade; es sind allerhand Unbescholtene hier unter uns, aber wer ausgezeichnet werden soll, na, dem erspart man dies. Ich, – nun, Sie als Menschenkennerin, das waren Sie doch früher? – werden begreifen, daß die Kehrseite meiner Tugenden nicht im Talent liegt, gerade ein extra musterhafter Offizier zu sein. So etwas wie ich paßt eigentlich nicht in solch einengenden Waffenrock.“

„Nein,“ sagte sie, „Sie haben recht, und damit Sie sehen, daß Sie auch lyrisch aufzufassen sind, will ich Ihnen gestehen, daß mir vorhin bei Ihrem Eintritt jenes Lenausche Lied von den drei Zigeunern in den Sinn kam. Dem, der da im Abendschein liegt, ›in den Händen die Fiedel‹, und das Leben dreimal verachtet, was ihn aber nicht hindert, dabei ein ›lustiges Liedel‹ zu spielen, dem gleichen Sie. Ich glaube allerdings kaum, daß Ihre Novellen lustig sind, die taxiere ich für furchtbar ‚modern‘.“

„Wenn Sie schrieben, gnädige Frau, würde wohl auch nichts Unmodernes zutage kommen!“

Sie wurde plötzlich rot. Ihr Buch fiel ihr ein, das fast vergessene, verstoßene Buch, in das sie einst das ganze Leid ihres jungen, mit so viel Bitterkeit gewürzten Lebens ausgeströmt hatte. Wie weit das zurücklag, woran sie das gemahnte...

Die letzten Gäste brachen auf. Travers ging mit ihnen, da Julian ihn nicht hielt. Julian war müde geworden von seinen Hausherrnpflichten und streckte sich erleichtert auf das Sofa hin.

„Nun, Ulrike,“ sagte er, ihre Hand nehmend, „war's nicht nett heute?“

„Ach ja,“ rief sie, „wie ein frischer Luftzug! Gott, wie wohl das tut.“

„Ja, ja,“ meinte Julian, „es sind aber auch wirklich reizende Kerle in meinem Regiment.“

* * *

Julian zog sich zu einem ausgiebigen Nachmittagsschlaf zurück, und Ulrike machte ihre tägliche Promenade.

Seit sie am Anfang des letzten Winters, von einem rieselnden Landregen empfangen, zum erstenmal ihre neue Heimat betreten hatte, war es ihr ein tägliches, ungestümes Bedürfnis, wenigstens eine Stunde lang mit ihren raschen, kräftigen Schritten aus dieser Stadt herauszulaufen auf der öden, pappelbestandenen Chaussee, die dem nächsten »lieblichen« Hügel entgegenführte.

Ihr war bei diesen Wanderungen, als lief sie vor sich selber weg, und immer kehrte sie mit neuem Mut und neuen Vorsätzen zurück, tapfer in dem falschen Fahrwasser weiter zu steuern, in das sie geraten war.

Ja, sie hatte mit ihrer Verheiratung einen Mißgriff begangen, darüber war sie sich lange klar. Frauen wie sie paßten, so meinte sie, in keine Ehe, wenigstens in keine mit einem Mann, der so ausgesprochen aus der alten Schule war, der zwar alle Vorzüge des „*vieux jeu*“ besaß, aber auch alle Nachteile!

Es hatte damit angefangen, daß er – kaum verlobt – die Tante nach Rapperswyl kommen ließ, weil er die Existenz seiner Braut

zu selbständig fand . . . Ja, er liebte sie, das glaubte sie schon; aber ganz aus blödem Zufall hatte er sich in sie verliebt, ohne Sinn und Verstand, ohne abzuwägen, ob er einem Wesen wie ihr auch gerecht werden konnte. Dann, als er merkte, daß nicht alles an ihr seinem Schema entsprach, hatte er ihre Eigenart für Fehler genommen und sie auszurotten versucht. Immer die Tante zur Hilfe geholt, die Tante, die Tante!

Fort von Rapperswyl hatte er sie gezwungen, in das Damenstift hinein; dort, im Beisein der sämtlichen adeligen Fräulein, war die Trauung vollzogen. Dann in die Garnison; zur Hochzeitsreise gab's keinen Urlaub mehr.

Sie sagte sich beständig vor, daß sie ihn liebe; sie vergab ihm alles, selbst das vorzeitige Fortgerissenwerden von der geliebten schattigen Heimstätte am Züricher See. Sie glaubte es anfangs wirklich, daß es so sei, und eines Tages merkte sie doch, daß sie sich belog.

Es kam zur ersten Szene. Die Gartenmauer vor dem alten Hause in Rapperswyl war eingestürzt. Sie wollte hinfahren, nur für fünf Tage, um die notwendigen Änderungen zu besprechen. Er erlaubte es nicht; er duldete das selbständige Reisen nicht bei seiner Frau. Zur selben Zeit kam Doris Katz nach Berlin. Ulrike wollte sie einladen. Er erlaubte auch das nicht. Die seltsame Erscheinung einer Doris Katz würde im Regiment Anstoß erregen, behauptete er.

Zum ersten Male widersprach sie ihm energisch. Er hielt ihr eine lange Rede, bei der er nicht einen Augenblick die gute Form außer acht ließ, nicht einen Moment in heftige Tonart geriet. Er sagte, daß Szenen etwas sehr Häßliches und Unweibliches wären, und daß die Frauen seiner Familie sich immer vor leidenschaftlichen Ausbrüchen gehütet hätten. Sie müsse sich bemühen, diesen Frauen zu gleichen.

Dann kam statt Doris Katz die Tante zu Besuch, – zu jedem christlichen Fest die Tante. Wie ein roter Faden zogen sich die Besuche der alten Stiftsdame durch das ganze Jahr, und der Manöverurlaub wurde natürlich dazu verwendet, sich für das freundliche Kommen der Tante dankbar zu erweisen durch einen vierwöchentlichen Besuch in der Stiftsstadt.

Das war die Leidensgeschichte von Ulrikes erstem Ehejahr. Danach bemaß sich ihre Zukunftsaussicht...

Nach jener ersten Szene hatte sie einen Entschluß gefaßt. Die Frage: Wie lange hält man ein solches Leben aus? klang ihr tagelang in den Ohren. Endlich fand sie die Antwort: So lange, bis man es eben nicht mehr aushält!

Bis dahin aber wollte sie den Schein wahren, vor der Welt, vor sich, vor Julian.

Er liebte sie ja auch, auf seine Weise. Er tat ihr oft fast leid, daß er sich so vergriffen hatte. Sie versuchte immer aufs neue, gerecht gegen ihn zu sein. Er besaß Vorzüge, hatte gute Momente, wäre in den Augen vieler anderer Frauen ein Musterehemann gewesen. Auf ihren Promenaden im Sturmschritt betete sie sich krampfhaft alle seine Tugenden vor.

Nur heute nicht.

Heute dachte sie gar nicht an ihn. Nur an ihr altes Leben dachte sie, an die schöne Freiheit der letzten Mädchenjahre, an ihr einstiges Ich, an ihr Buch, an die warme, goldene Sonne, die über fremden, fernen Ländern schien.

* * *

Inzwischen saß Travers mit übereinander geschlagenen Beinen in der »Sympathie«, dem Biergarten des Städtchens: rechts eine grüne Planke, links ein abgeblühtes Rosenboscett.

Er rauchte seine letzten Berliner Zigaretten auf und fragte sich immer wieder:

„Wie kommt die Frau zu dem Mann?“

* * *

Zu Julians guten Eigenschaften gehörte große Gastfreiheit gegen seine Familie. Mit derselben Wärme, mit der er immer wieder die alte Tante einlud, öffnete er auch Fritz Travers sein Haus. So kam es, daß bald kein Tag verging, an dem dieser depossedierte Großstadtlöwe nicht eine Stunde wenigstens mit dem für sein Glück berühmten Ehepaar zusammensaß. Und in der

ganzen Stadt merkte nur Fritz Travers, daß es mit diesem Glück nicht so gut bestellt war, wie die Leute dachten, daß die beiden Menschen, die da gemeinschaftlich einen Mißgriff begangen hatten, jenen unverdienten Ruf nur ihrem Selbstbeherrschungstalent verdankten.

Er tat, als bemerke er nichts, da die Stunde noch nicht gekommen war, in der Ulrike ohne Maske mit ihm zu verkehren geruhte. Sie sprachen harmlos von ihren alten Beziehungen; er ließ sich von Ulrike trösten, wenn er sich einmal gar zu kleinstadtkrank fühlte. Mit Julian sprach er von militärischen Dingen, von Avancements und Militärstraßprozeßordnung, und so lebten die drei Menschen im besten Einvernehmen hin, ja, Travers erreichte sogar, daß er dem Ehepaar eines Abends seine neueste Novelle vorlesen durfte.

Die Novelle hob scheinbar harmlos an, ein Stimmungsbild, wie mit matten, dünnen, zarten Wasserfarben hingemalt; nur ein Kenner merkte sofort die verhaltene Glut, die unter all den stillen Worten loderte.

Julian tadelte natürlich, daß der Vetter schriftstellerische Neigungen hatte, aber sein verwandtschaftlicher Sinn war so groß, daß er dem jungen Löwen diese Untugend zu gute hielt, solange er seine Sachen nur nicht drucken ließ.

Ulrike hatte vor der schon seit längerer Zeit angekündigten Vorlesung ein ängstliches Vorgefühl empfunden. Sie fürchtete, es könne ihr wie dem Riesen gehen, der, als er die Erde berührte, die alte Kraft zu fühlen begann. Sie wollte nicht zu viel denken müssen an ihre eigenen, ehrgeizigen Stunden, da ihre Feder so rasch über das Papier geflogen war in der Gartenlaube von Rapperswyl, während durch das Zweigegewirr der See heraufblaute und die Dampfer stolz und schwer und majestätisch durch die Wellen rauschten. Sie hatte seit Jahr und Tag ihre Vergangenheit verleugnet und mochte nicht daran erinnert werden, daß sie es getan.

Es war ein Abend am Dezemberanfang. Das erste große Schneetreiben war über die Dächer gebräust, und all die winterliche Traurigkeit lag in der Luft, die so viel schwerer zu ertragen ist beim Anbeginn, wenn das Schlimmste noch kommt und man sich erst durch endlose Frostage durchquälen muß, ehe man sich den Frühling verdient.

Travers saß neben einer grünverschleierte Lampe und begann seine Lektüre. Julian lehnte resigniert in der Sofaecke, und Ulrike hatte ihren Stuhl aus dem Bereich des Lichtes gezogen, um ihre nervöse Unruhe zu verbergen.

Julian hörte eine kurze Zeit aufmerksam zu, fing aber bald an, sich zu langweilen und schlummerte dann ein, die Hand über die Stirn gelegt, so daß die Pose auch für die eines gespannten Zuhörers gelten konnte, der die Augen schließt, um sich durch nichts Sichtbares den Genuß des Hörens stören zu lassen.

Travers Stimme wurde schneller, aber leiser, die Handlung der Novelle ereignisvoller und stürmischer. Auf dem sorgsam bereiteten Untergrund schritt, in kurzen Zügen geschildert, ein wildes Drama dahin, dessen Held Travers selber war, unverleugnet und unbeschönigt.

Hastig jagte seine Stimme über die Seiten. Er wußte, daß Julian schlief, daß er lesen konnte wie er wollte, mit der ganzen sentimental Ironie und dem heiseren Pathos, das in seiner nervösen Stimme lag. Er wußte auch, daß seine Arbeit so am besten zur Geltung kam, wenn er sie selber vorlas in der zuckenden, ruckweisen Manier, in der er zu schreiben pflegte.

Als er geendet hatte, legte er das Manuskript leise auf den Tisch und zog sich einen Schemel neben Ulrike.

„Nun,“ fragte er, „ist noch etwas zu ändern?“

„Ja,“ sagte sie in einer Erregung, wie er sie noch nie an ihr bemerkt, „der Schluß, sonst aber ist es tadellos. Es ist eine tüchtige Arbeit, so aus einem Stück, von einem ganzen Mann! Nur der Schluß, wissen Sie, der muß zusammengekommen, der muß fester herausgearbeitet werden,“ und sie machte eine Bewegung mit der Hand, als preßte sie einen schweren Gegenstand mit aller Kraft zusammen.

„O, ich weiß schon!“ rief er. „Ja, so herum! Ich dachte auch schon daran, aber es ging nicht. Die rechte Stunde war nicht da.“

„Soll ich es Ihnen machen?“ fragte sie.

„Ja, können Sie *das* denn?“ entgegnete er gespannt.

Sie lachte. Fast hätte sie sich verraten. »Es käme auf einen Versuch an,« sagte sie schnell gefaßt.

„Und dürften Sie denn?“ Er sah nach Julian hinüber, dann zu ihr mit einem fragenden Blick, der alles wissen zu wollen schien,

was in ihrer Seele vorging. „Und wenn Sie nicht dürften?“ fügte er hinzu.

„Dann täte ich's auch natürlich nicht,“ sagte sie kurz.

In diesem Augenblick wachte Julian auf. Er fand sich schnell in die Situation zurück und rief Travers zu:

„Daß du mir das aber nicht drucken läßt, mein Freund!“

„Ich denke nicht daran“

„Und wie urteilst du, Ulrike?“ fragte er mit jener ritterlichen Höflichkeit, die er immer für seine Frau hatte und die so viele Leute über das wirkliche Verhältnis der beiden täuschte.

„Ich fühlte mich lebhaft auf den Vesuv versetzt,“ entgegnete sie. „Da gibt es auch Strecken, die ganz harmlos und eintönig aussehen – ein Weinberg liegt da in der Sonne, ein kleiner blütenbeladener Obstbaum reckt sich rosig aus den Lavatrümmern heraus; man denkt, so gefährlich könne die Sache gar nicht sein; und dann mit einem Male geschieht das Ungeheure, und man sieht die Feuerlohe aus der stillen Landschaft heraus zum Himmel steigen! Das ist die Technik unseres Freundes. Erst das fein hingemalte Milieu und dann plötzlich die Tragödie wie eine Flammengarbe daraufgesetzt. Fast schade, daß Sie nicht irgendwo als hungerndes Gebirgskind geboren sind! Mit dem Talent in der Tasche könnten Sie sich die Welt erobern; so muß es brach liegen, und Sie haben nur Vorteil davon in Ihrem stummen Bewußtsein. Das ist wirklich ein Malheur.“

Travers trank begierig das Lob von ihrem schönen roten Munde. Sie war der erste Mensch, der ihn ermunterte. Seine Kameraden, denen er in Ermangelung eines anderen Auditoriums zuweilen etwas vorzulesen pflegte, wenn die Abende zu langweilig wurden, die hatten bloß dazu gelacht.

„Potz tausend,“ sagte Julian und musterte die beiden, „was habt ihr zwei aber für rote Köpfe gekriegt! Nun, ich hoffe, das Abendessen kühlt euch wieder ab. Ich für mein Teil bin sehr hungrig.“

Nachdem Travers bald nach dem Abendessen gegangen war, zündete Julian sich eine neue Zigarre an.

„Ulrike,“ begann er nachdrücklich, „wie findest du eigentlich Fritzens Arbeit im Ernst? Schwach? Nicht? Ich begriff nicht

recht, daß du ihm solche Elogen machtest. Es ist nicht gut für ihn. Ich möchte dich bitten, es nicht wieder zu tun.“

„Ich habe ihm mein Urteil gesagt,“ versetzte sie. „Die Arbeit ist nicht schwach. Ich glaube, du bist kein gerechter Beurteiler eines Autors, da für dich die Welt ebenso gut ohne Autoren sein könnte. Du brauchst die ganze Literatur nicht.“

„O bitte, ich lese doch zum Beispiel Moltke.“

„Jawohl, Moltke, das schlägt ja auch ins Fach, und zuweilen mal humoristische Sachen, aber Fritzens Genre liegt dir nicht, und darum bist du ungerecht gegen seine Arbeit.“

„Du sagst das ja fast wie einen Vorwurf!“

„Keineswegs,“ erwiderte sie und dämpfte ihre etwas erregt gewordene Stimme. „Siehst du, Julian, diese Novelle von Fritz hat den ganzen zarten Timbre einer Erstlingsarbeit, jenen gewissen Schmelz, den spätere Sachen nie mehr haben können. Es liegt ein jugendlicher Zauber über dem Ganzen, wie der frische Hauch einer Kraft, die zum ersten Male ihre Schwingen prüft. Das hat einen unsagbaren Reiz für mich, und die Fabel der Geschichte tritt in meinen Augen ganz hinter diesem Vorzug zurück. Die Fabel ist ja auch wirksam, aber zum Schluß kommt eine Unwahrscheinlichkeit. Die muß heraus. Ich habe ihm gesagt, daß ich versuchen will, ihm den Schluß zu ändern. Hoffentlich hast du nichts dagegen, Julian.“

Er sah sich verwundert nach ihr um, die hastig durch das Zimmer schritt.

„Du? Das verbiet' ich, Ulrike!“ sagte er mit Entschiedenheit.

„Warum?“ fragte sie, stehen bleibend.

„Weil ich nicht mag, daß du dich da hineinmengst. Du weißt, ich hasse literarische Umtriebe bei Frauen überhaupt, und bei der meinen will ich es nun gar nicht. Mag Fritz moderne Novellen schreiben, so viel er Lust hat, aber wenn er ansteckend auf dich wirkt, werde ich ihm verbieten, das ganze Thema in meinem Hause wieder zu berühren. Er ist ohnehin eine Persönlichkeit, die mit Vorsicht genossen werden muß. Man soll Verwandte nicht kritisieren und nicht bemängeln, aber ich möchte dich doch bitten, ihn nicht mit deinen Lobsprüchen zu sehr zu verwöhnen. Solche junge Dachse vertragen das nicht.“

Ulrike war stehen geblieben und hörte der Rede ihres Mannes mit stumpfer Ergebung zu.

„Gut,“ sagte sie, „mag er sich den Schluß selber ändern. Aber sage, Julian, hast du auch etwas dagegen, wenn ich dann und wann mal ein kleines Feuilleton über irgend etwas Landschaftliches schreibe? Über römische Gebirge, die pontinischen Sümpfe oder belgische Städte?“

„Wie kommst du plötzlich auf dergleichen!“ rief er. „Fritz hat dich doch angesteckt. Ja, ich habe *wohl* etwas dagegen! Du sollst dich mit deinem Haushalt beschäftigen, mit dem Regiment. Ich finde es ohnehin nicht richtig, daß du dich so sehr von den andern Damen zurückhältst. Ich weiß, man redet darüber. Wende deine Interessen lieber auf diese Pflichten. Ich begreife nicht, wie du plötzlich auf Schreibideen verfallst!“

Sie trat an ihn heran und legte ihre schlanke, kräftige Hand leise auf seine Schulter.

„Ist dir nie der Gedanke gekommen, Julian,“ fragte sie leise, „daß mir in dieser Stadt, bei dieser Art von Leben etwas fehlen könnte?“

Sie sah ihn erwartungsvoll an, als müsse nun irgend eine Entscheidung kommen, aber die Frage glitt gänzlich an ihm ab.

„Eine ordentliche Frau hat sich nicht zu langweilen,“ versetzte er ungehalten. „Nimm dir ein Beispiel an den andern Regimentsdamen, die langweilen sich auch nicht. Denke an die Majorstöchter. Den ganzen Tag lang arbeiten die Mädchen, brennen oder malen und sind tätig für irgend einen Bazar.“

„Aber Julian!“ rief Ulrike. „Der Himmel behüte mich, daß ich jemals so weit herunterkomme, zu Brennapparat und Farbenkasten zu greifen und ohne Talent darauf los zu wirtschaften wie diese Majorstöchter. Verzeihe, ich habe aber durch meine Reisen zu hohe Begriffe von der Kunst bekommen, als daß ich je meine Befriedigung darin sehen könnte, Veilchen auf Zigarrentaschen zu malen und Windmühlen auf Stiefelknechte zu brennen, und noch dazu alles so verzeichnet, wie die armen Mädchen das machen.“

„Du urteilst sehr ungerecht,“ erwiderte Julian. „Es hat etwas unendlich Beglückendes für ein Familienleben, wenn solche kleine Talente ausgebildet und Menschen damit erfreut werden. Ich begreife gar nicht, daß du so ungerecht denkst. Als du dir neulich die Sachen ansahst, machtest du doch ein so

liebenswürdig interessiertes Gesicht dabei, daß ich mich noch über meine anmutige Gattin freute.“

„Ich bin deinetwegen liebenswürdig,“ rief sie, heftiger werdend, „nur aus Rücksicht auf dich! Wäre ich aufrichtiger, so ränge ich die Hände über die Spießbürgerlichkeit des Lebens hier.“

„Ulrike!“ rief er vorwurfsvoll. „Ich bitte, verschone dich und mich mit einer Szene. Warum wirfst du solche Fragen auf? Wenn du durchaus schreiben muß, so schreibe Briefe.“

„An die Tante?“ fragte sie ironisch.

„Es würde dir gar nicht schaden, öfters an die Tante zu schreiben. Sie lebt auch in Verhältnissen, die dir vielleicht spießbürgerlich scheinen. Nimm dir ein Beispiel an ihr, wie dankbar sie ihr Los trägt.“

„Ja, sie hat auch nie eine andere Art von Leben kennen gelernt. Ihre Reisen reichten nicht weit. Von der wirklichen Welt hat sie keine Ahnung.“

„Ulrike,“ sagte er und warf seine Zigarre fort. „Wenn es dir so schwer war, dein bisheriges Leben aufzugeben, warum hast du mich denn geheiratet?“

Sie wollte eine rasche, vernichtende Antwort geben, aber gewohnt, sich zu beherrschen, hielt sie noch in der letzten Sekunde an sich.

„Aus Liebe,“ versetzte sie statt dessen friedfertig. „Du weißt es ja. Ach, Julian,“ rief sie, die Hände faltend, „laß uns im Frühling ein paar Wochen auf Reisen geben, bitte, bitte! Wir haben ja gar keinen Grund, es nicht zu tun! Und wir wollen es so genießen, du und ich! Siehst du, auf Reisen haben wir uns ja kennen gelernt! Das würde dann wie eine Rekapitulation unserer ersten Beziehungen sein. Laß uns erst nach Rapperswyl gehen in das alte, graue, liebe Haus, nach dem ich mich oft so sehne. Und dann hinunter nach Italien. Fühlst du nicht, was für ein Zauberhauch in dem bloßen Gedanken liegt, fort aus den Schneewehen und Frühlingstürmen hinunter zu eilen in ein so beglücktes Land? Und ich bin dann dein Cicerone! Ich kenne ja alles so gut. Ich zeige dir Rom und Florenz, und dann müssen wir bis Pästum hinunter, wo die Tempel stehen. Du sollst sehen, das Herz wird dir aufgehen, und wir wollen so glücklich sein!“

„Ulrike,“ wehrte er ab. „Du hättest wirklich deinen Reisefanatismus in der Ehe begraben können.“

„O, Julian,“ bat sie, „sage nicht nein, ich will mich den ganzen Winter nur dem Regiment widmen. Ich will mich nicht mehr um Fritzens Novellen kümmern, wenn ich diese Aussicht habe. Laß uns reisen! Vier Wochen Urlaub bekommst du doch sicher.“

„Nein, Ulrike,“ sagte er energisch, „wir reisen in diesem Frühjahr nicht. Es ist kein Gedanke daran. Ich begreife nicht, daß du dich so aufregst. Ich stehe dicht vor dem Major – ich kann nicht fort. Du hättest dir das alles vor deiner Verheiratung überlegen sollen.“

Er ging rasch aus dem Zimmer. Sie hörte die Türen schlagen, wie er in den Stall ging, um nach den Pferden zu sehen.

Sie war allein. Sie hätte sich nicht zu beherrschen brauchen, hätte aufschreien, nach Herzenslust die Hände ringen können, aber sie stand nur in stummer Verzweiflung bewegungslos da und flüsterte vor sich hin: „Ein hoffnungsloser Fall...“

Und diese Hoffnungslosigkeit war es, die wie ein schwerer Alp auf sie herniedersank. Ihr schönes, reiches Leben – was war daraus geworden? Eine jener geknechteten Existenzen, denen Millionen Menschen überhaupt nicht das Recht zugestehen würden, sich zu beklagen, die Fernerstehende sogar beneiden um ihr äußerlich so gutes Los, und die dennoch, wenn sie mit sich allein sind, Bergeslasten auf der Seele fühlen, unter denen sie zu ersticken glauben.

Ja, ihre Jugend war freudlos gewesen; sie hatte die Menschen niedrig bewerten gelernt dank eigner, bitterer Erfahrung, aber nachher war doch alles so gut geworden; aus vollen Bechern einer schönen Gegenwart hätte sie sich Entschädigung trinken können für alte Leiden. Und da setzte sie freiwillig den Becher von den Lippen, gab ihre Freiheit hin, opferte ihre Persönlichkeit, schmiedete ihr Dasein an eine enge, kleinliche Welt, zu der sie nicht paßte und sie nicht zu ihr, und um welchen Preis?

Ja, sie hatte Julian „aus Liebe“ geheiratet, aber wieviel Dummheiten werden nicht „aus Liebe“ begangen? Tag für Tag. Stunde für Stunde fallen Menschenkinder solchem Liebesirrtum zum Opfer. Freilich, sie würde ihn noch lieben, wäre er geblieben, wie er ihr damals erschienen im Rahmen des Gebirges, ein ernster, ritterlicher, sympathischer Mann, damals in jenem

Nachmittagszwielicht von Rapperswyl, da er so schneidig und schnell ihr und sein Geschick in die Hand nahm. Aber er gehörte auch zu denen, die in vollster Abhängigkeit von ihrer jeweiligen Umgebung sind, die wohl in einem fremden Lande, in Ausnahmszeiten, losgelöst von ihrem eigentlichen Milieu, einmal freier und rascher zu empfinden vermögen, die aber, heimgekehrt in den gewohnten Zwang, sofort wieder von der alten Horizontverengung, der alten Pedanterie befallen werden. Und loslösen wollte er sich ja nicht wieder von dem Zwang der Scholle. Er stand ja vor dem Major! Vor dieser berausenden Perspektive mußte einstweilen jeder Wunsch seiner Frau in den Hintergrund treten.

Sie lachte ironisch auf, als ihr diese Aussicht einfiel. Ach, sie war so ganz unmilitärisch, das hatte nicht die Spur von Reiz für sie.

Dann fiel ihr ein, daß sie ja in jeder Minute dieser Art von Leben ein Ende setzen könne. Sie brauchte ihm nur zu sagen, wer der Autor jener „Modernen Leiden“ war, die er so wenig goutierte. Dann kam es zur Katastrophe, so oder so.

Aber ihr ästhetisches Gefühl, ihr gutes Herz und ihr ernster Sinn sträubten sich gegen das gewaltsame, vorzeitige Herbeizerren einer so unschönen Lösung. Sie war eine sehr gerechte Natur. Sie schrieb sich weit mehr als ihm die Schuld zu, daß es mit dem Eheglück bei ihnen so mangelhaft bestellt war. Sie tat sich leid, aber er dauerte sie noch mehr, daß er in blindem Gefühlsirrtum gerade auf sie hatte verfallen müssen. Sie besaß eine große Objektivität in ihrem Urteil über ihn. Sie wußte, daß es tausend Mädchen gab, die an diesem Mann nie etwas zu tadeln gefunden hätten. Aber sie war keine vom Tausend; sie war eine von einem neuen, noch seltenen Typus, den die neue Zeit geschaffen hat, eine von den schroffen, unerschrockenen Seelen, die männliche Energie besitzen und doch in ihrer äußeren, reizvollen Erscheinung durch Weiblichkeit, Eleganz und Schönheit den Leuten ohne Menschenkenntnis gefährlich werden, jenen Leuten, die den »Blaustrumpf« nur in reizlosen, schlecht montierten Geschöpfen vermuten und seine höhere, verfeinerte Art, seine verbesserten Gegenwartsauflagen noch nicht begriffen haben.

Sie hätte zu ihm gehen mögen und sagen: „Armer Freund, du hast kein gutes Los gezogen und ein besseres verdient. Laß mich

gehen, woher ich kam. Laß uns in Frieden scheiden und wir werden beide glücklicher sein.“

Aber sie wußte, daß er sich nie auf eine solche Lösung einlassen werde. Er betrachtete das Verheiratetsein als lebenslänglichen Zwang, als ein pflichtgetreues Aushaltenmüssen auch auf verlorenem Posten...

Das heißt, wenn er überhaupt die ganze Größe der Misere empfand! Denn oft schien es ihr, daß er ganz glücklich mit ihr war. Ihre Beherrschung, ihre erzwungene Freundlichkeit täuschten ihn. Er tadelte zuweilen dies und das, aber ein wenig Nörgeln gehört ja manchem Manne zum Leben.

Die Schuld lag also an ihr...

Sie seufzte tief auf. Sie sagte sich wieder und wieder, daß sie ihre Rolle weiterspielen müsse, daß sie kein Recht besitze, sich zu befreien.

Und sie nahm die Lampe vom Tisch und leuchtete ihm entgegen, als er von den Pferden kam, nachdem sie ihn schon zwei Minuten vorher den Burschen hatte schelten hören.

Er war sichtlich erfreut, daß sie ihr Unrecht eingesehen zu haben schien. Seine ärgerliche Scheltstimme verwandelte sich ihr gegenüber sofort in das galante, wohlklingende Salonorgan, und vor der Hand ging alles wieder im alten Gleise weiter.

* * *

Weihnachten kam, als Vorbote natürlich die Tante aus dem Stift.

Das alte Fräulein faßte eine schwärmerische Zuneigung für Fritz Travers, und es verging kein Tag, an dem der junge Husar nicht ein- oder zweimal die Stufen von Julians Haus emporklirrte.

Ulrike machte in dieser Zeit eine unangenehme Erfahrung, die sie noch mehr gegen die kleine Stadt einnahm. Sie bekam einen anonymen Brief, der die häufigen Besuche des schönen Löwen in einer Weise beleuchtete, die ihr noch nie in die Gedanken gekommen war.

Anonyme Briefe sollte man verbrennen und vergessen; aber das ist gerade das nichtswürdigste an diesen vergifteten Pfeilen

aus dem Hinterhalt, daß doch etwas von ihrem Gift selbst an dem klügsten Leser hängen bleibt.

Sie hatte keine Freude mehr an Travers' Besuchen und fing an, ihn weniger gut zu behandeln, ja, als er eines Abends wieder mit einer Arbeit ankam, um sie ihr und der Tante vorzulesen, behauptete sie, daß sie Weihnachtskuchen zu backen habe, und ließ ihn mit der Stiftsdame allein.

Travers verzog keine Miene und ließ nichts von seiner Verstimmung merken, doch als Ulrike auf einige Minuten wieder hereinkam, flammten seine fragenden Blicke wie unheimliche Leuchtfeuer zu ihr hin. Aber mit Worten fragte er nicht.

Wenn Ulrike auch, wie mancher finden mochte, alle Nachteile ihres Genres besaß, so hatte sie doch einen großen Vorzug dieser Frauenart: Courmachereien waren ohne Reiz für sie, ein Bedürfnis nach Flirt empfand sie nicht. Sie hatte genug zu denken und zu fühlen: ihr Geist barg eine solche Fülle von Interesse für alles Große, Schöne und Wunderbare dieser Welt, daß wirklich keine jener Lücken in ihrem Innenleben vorhanden war, in die einen Courmacher hinzupflanzen andere Frauen sich gemüßigt fühlen. Sie hatte Travers immer gern gehabt, und sein starkes, eigenartiges Talent fesselte sie, aber nun ihr die Unbefangenheit genommen, verflog ihre Freude an diesem Verkehr.

Sie fing an, seine Blicke zu beobachten; sie merkte plötzlich, daß Verehrung und Liebe in ihnen geschrieben stand; das wollte sie nicht!

Wenn es doch über kurz oder lang mit Julian und ihr zu Ende ging, wegen Travers sollte es nicht sein. Nicht wegen einer Courmacherei, eines müßigen Geredes, wie es tausendfach in Romanen und im wirklichen Leben vorkommt, wollte sie aus Verhältnissen scheiden, in die sie voller Liebe eingetreten war.

Aber wie?

Was sollte werden?

* * *

Das neue Jahr brach an.

Ein trostloser Winter mit Regenschauern und Schneewehen regierte über dem deutschen Osten, all die kleinen Städte, die verstreut in ihm dalagen, in grauen Trübsalsflor einspinnend oder mit weißen Schneebergen sie umtörmend wie im alten Liede von der Gottesmauer.

In langsamer Monotonie vergingen die Monate. Der Verkehr mit der Außenwelt stockte. Nicht einmal die Zeitungen gelangten in diesem schneereichen Winter pünktlich in die vom Weltverkehr abgelegene Garnison. Ulrike stellte selbst ihre gewohnten Spaziergänge ein, weil die Erde zu häßlich und die Wege zu schmutzig waren. Aber die »Geselligkeit« blühte dafür aufs üppigste. Man tanzte bei schlechter Musik in engen Zimmern; man gab Dinners, bei denen alles unfehlbar nach der Rangliste saß und jeder im voraus berechnen konnte, wer sein Nachbar sein und was der reden werde; man war unendlich vergnügungssüchtig, und mit dem Humor der Verzweiflung stürzte sich Travers mitten in das banale Treiben hinein, nur darauf bedacht, sein Löwentum vor Ulrike aufzuführen und ihr mit seinen Salonkünsten wenigstens zu denken zu geben. Sie tanzte nicht mehr, nicht einmal mit ihm. Sie wurde immer unnahbarer, und sämtliche Regimentsdamen fanden, daß man mit ihr doch „gar nicht von der Stelle komme“, „gar nicht warm bei ihr werde“, „daß sie hochmütig sei – nur nicht gegen Travers“ – und natürlich klatschte man über Travers und sie.

Travers merkte das und ärgerte sich, daß so wenig Grund dazu vorhanden war. Er fing an, Julian zu hassen, den ruhigen, fischblütigen Julian, der seine Frau so schlecht zu behandeln verstand. Und doch war es Julian, der ihn immer wieder in sein Haus einlud, weil er die Tante erfreuen wollte. Julian erschien ihm fast beleidigend eifersuchtslos. Allerdings, bei einer Ulrike war Vorsicht kaum nötig; die bewachte sich selbst, dank ihrer Kälte; sie vermied ja fast, ihn anzusehen, ihm allein zu begegnen, und wenn er in Gesellschaften einmal zu lange bei ihr saß, so schickte sie ihn energisch zu den jungen Mädchen zurück.

* * *

Eines Sonntags – Travers war alle Sonntage bei seinen Verwandten zu Tisch – schien er besonders aufgeregt. Nach Tisch zog er plötzlich eine Zeitung aus der Tasche.

„Wissen Sie schon,“ fragte er die Stiftsdame, „daß man ein neues Schriftstellertalent entdeckt hat? Ulrich Krieger – hörten Sie den Namen schon? Der Rezensent der literarisch einflußreichsten Berliner Zeitung macht gewaltig Propaganda für dies neue Licht, ein Rezensent, der sonst sehr kritisch und absprechend zu sein pflegt ‚Moderne Leiden‘ heißt das Buch – steckt draußen in meiner Manteltasche. Mein Berliner Buchhändler schickte es mir letzter Tage schon zu, ich kam aber erst letzte Nacht zum Lesen – diensteshalber – ich jagte es in einem Zuge durch, konnte mich nicht von ihm losreißen, so famos ist es. Und heute beim Frühstück lese ich zu meinem Erstaunen in der Zeitung, daß Ulrich Krieger kein Mann, sondern eine junge Dame sein soll. Nun, wahrhaftig, eine Dame, die selbst ich fast um ihre Schneidigkeit beneide, alle Wetter! Übrigens ist dieser Fall wieder ein Beweis, wie sehr der Ruhm eines Autors vom Zufall abhängt. Seit anderthalb Jahren existiert das Buch schon, und kein Hahn hat danach gekräht. Nun fällt es einem Kenner in die Hände, der sich für das neue Talent enthusiasmiert, sich zu seinem Schildkappen aufwirft – und ich wette, binnen kurzem ist dieser junge Krieger, oder Kriegerin vielmehr, so sehr die Mode des Tages, daß die ‚Modernen Leiden‘ auf jedem Tisch liegen werden.“

Er spielte mit der Zeitung, nach der es Ulrike nervös in den Fingern zuckte; aber sie beherrschte sich und schwieg.

„Und Sie, gnädigste Cousine,“ fuhr Travers fort, „die Sie sich doch vorübergehend auch für schöne Literatur interessierten, wenn dies Interesse auch jetzt hinter den Freuden der Saison zurückgedrängt scheint, haben Sie denn von diesem neuen Sterne noch nicht gehört? Sie waren doch einst so *au fait* aller derartiger Dinge.“

Ulrike verlor ihre Geistesgegenwart, so sehr elektrisierte sie die Nähe der Zeitung, aus der es ihr wie ein erster Windeshauch von Ruhm entgegenwehte, und sie sagte unvorsichtig: „Nein“

Der Kaffeetisch wurde hereingetragen. Sie machte sich fern von den andern zu schaffen. Julian, der im Nebenzimmer rauchend auf und ab ging, trat zu ihr und half ihr die Flamme des

Samowars anzünden; wie im Traum hantierte sie mit den Tassen, immer sah sie die Zeitung vor Augen, in der die Stiftstante ein wenig geblättert hatte.

„Komm, ich will dir Platz für die Tassen machen,“ sagte sie und nahm das Blatt vom Tisch. „Ach, der Likör fehlt ja noch.“ Ihr war, als zitterte ihre Stimme, als müßten alle es merken, und endlich nahm sie den Schlüsselkorb und daneben, so unauffällig als möglich, die Zeitung in die Hand und ging aus dem Zimmer, eilte über den Vorplatz in den kleinen Salon hinein, der nach der Straße lag, in den winterlich fahl das Zwielflicht hereinblaute...

Und da stand sie und las mit fliegendem Atem von ihrem Buch, ihrem Talent, ihrem Ruhm. Und berauschend wie feuriger Champagner strömte es ihr durch die Adern. Sie fühlte sich warm wie noch nie in dieser Stadt, wo sie immer so gefroren hatte. Sie fühlte, daß sie ein Wesen voll Leben sei von eigner Art, mit Kraft und Können.

Das Buch, das verstoßene Buch, von dem sie seit ihrer Hochzeit kein Exemplar mehr im Hause gehabt hatte, aus Furcht, es könne sie verraten, das Erstlingsbuch, an dem eine so lange Geschichte haftete von Ehrgeiz und Arbeitsstolz und Sorgen, mit einem Male trat es wieder in ihr Leben, wichtiger und bedeutungsvoller als je. Das war ihr Ich, ihre Eigenart, ihr ganzes unterdrücktes Selbst, das ihr nun wieder entgegenkam, vom Zufall in ihren Weg getrieben, die Hälfte ihres Wesens, die sie hatte loslösen wollen und die nun mächtiger als je ihren Platz in ihr verlangte.

Gelbe Streifen zeichnete draußen die sinkende Sonne über den stahlgrauen Himmel. Die schieferbedeckten Kirchtürme standen finster wie immer über den roten Dächern. Aber sie sah mit anderen Augen, eine andere Welt war's, die sich plötzlich vor ihr aufgetan.

Sie hörte nicht, daß jemand in das Zimmer trat, der mit seltsamen Blicken in ihren Zügen forschte und ihre heißen Augen so beseligt auf das Zeitungsblatt gerichtet sah.

Erst als sie ihren Namen rufen hörte, erwachte sie aus ihrem Traum.

Travers stand neben ihr.

Es arbeitete in seinen Zügen. Er riet und kombinierte; seine Gedanken eilten in Windesschnelle von einer Vermutung zur anderen.

„Sie interessieren sich ja sehr für den unbekannten Autor,“ sagte er, und zum ersten Mal nahm seine Stimme ihr gegenüber etwas Herrisches an, „daß Sie die Rezension sogleich mit so durstigen Blicken verschlingen, wie man als Kind Märchen verschlang. Aber wir können Sie am Kaffeetisch nicht entbehren, Julian seinen Likör nicht, und ich die Herrin des Hauses nicht. Die Stiftstante sitzt schon über den ›Modernen Leiden‹, und Julian alteriert sich darüber, daß Frauen solche Bücher schreiben. Julian kennt das Buch nämlich und behauptet, Sie kennten es auch, es habe in Ihrer Verlobungsgeschichte eine Rolle gespielt. Entweder verwechselt das Julian oder Sie haben es vergessen. Nicht wahr, kleine Städte fallen aufs Gedächtnis?“

Ulrike blickte beunruhigt zu Travers empor. Und wie sie in seinen Augen forschte, ob er etwa einen Argwohn hegte mit bezug auf sie und das Buch, las sie erschreckt darin, daß er sie liebte, leidenschaftlich liebte.

Und dieser Mann stand im Begriff, hinter ihr Geheimnis zu kommen!

Ihr fröstelte; sie schritt eilig vorauf, als müsse sie ihm entfliehen.

Da saß die Tante, die „Modernen Leiden“ in der Hand, und Julian sagte gerade: „Ich hab's gar nicht zu Ende gelesen, ich begreife nicht, wie Frauen solches Zeug schreiben mögen. Lyrische Gedichte können sie meinethalben machen, obschon eine solche Frau auch nicht mein Fall wäre – nun, Ulrike, bringst du den Kognak?“

„Aber, Cousine, verteidigen Sie doch Ihre Geschlechtsgenossinnen!“ rief Travers.

„Ich streite nicht über Meinungen,“ sagte Ulrike kalt, halb feindselig und nahm eine Arbeit in die Hand.

„Dann muß ich wohl Anwalt sein,“ meinte Travers. „Ich sage: wer Talent hat, soll schreiben. Wer den Mut seiner Überzeugung besitzt, hat wohl das Recht, vor die Menge hinzutreten und zu sagen: Seht! So ist das Leben! So habe ich's gesehen mit diesen meinen gesunden Augen. Eine ernste Sache ist's, und an tausend spitzen Steinen reißt man sich beim Wandern durch das Erdental

die Füße wund. Warum soll man's verschweigen? Warum beschönigen, was nicht schön ist? Jeder, der zu reden versteht, tut unrecht, wenn er schweigt. Unsere Epoche hat auch unter den Frauen gute Redner gezeitigt, wer will's leugnen? Talent entschuldigt alles, und wenn ein Frauenbuch allzu männlich ist, so chokiert's wohl die kleinen Geister, aber die großen läßt's ungeschoren. Bücher sollen beurteilt werden als Ding an sich; auf den Autor kommt's nicht an. Hat er was ganzes geschaffen, so ist er eben ein ganzer Mensch. Von einem starken Geist sind diese ‚Modernen Leiden‘, das fühlt man auf jeder Seite, und das tut wohl in dieser verfahrenen Zeit.“

„Aber, Graf Fritz,“ sagte die Stiftsdame und rückte an ihrer Brille. „Ihnen spukt Berlin doch noch in allen Gliedern. Sie denken ja schrecklich modern.“

„Ich bin aufgeklärt und vorurteilslos,“ versetzte er, mehr nach Ulrike hinüber. „Ich sehe nicht ein, warum ich mich verstellen soll. Ich würde nicht leben können in ewiger Verstellung.“

Ulrikes Hände zitterten. Jedes Wort, das Travers sprach, war ihr aus der Seele gesprochen, und doch atmete sie auf, als er endlich aufbrach und sein kluges, aufgeregtes Zigeunergesicht nicht mehr in ihrer Nähe war. Sie wußte, daß er Verdacht zu schöpfen begann, sagte sich aber auch, daß er nichts Bestimmtes wissen könne, und beschloß, sich gegen ihn, seine Ahnungen und seine Liebe zur Wehre zu setzen mit aller Kraft, die ihr zu Gebote stand.

Sobald sie allein war, las sie die Zeitung wieder und wieder.

Ihr erster Erfolg – verkümmert und beschnitten – und doch Erfolg.

* * *

Travers führte, wie viele Menschen, die sich selbst ein Problem sind, ein Tagebuch.

„Wie töricht auch die klügsten Frauen sind!“ schrieb er am selben Abend. „Jahrelang spielen sie gut Komödie, und dann verraten sie sich in einer Sekunde durch einen Blick! Warum sagte sie ‚nein‘, als ich sie harmlos fragte? Es zitterte etwas in

diesem ‚nein‘, das nach Lüge klang. Das machte mich aufmerksam. Dann die nervöse Unruhe, die in die statuenhaften Formen kam, fast hätte sie sich an der Flamme des Samowar die Finger verbrannt. Und wie sie die Zeitung vom Tisch herabeskamotierte und meinte, ich sähe es nicht. Haha! Julian sieht nichts, aber ich sehe alles. Wie sie weg stürzte! Sogar die Tür schlug sie, was sie noch nie getan. Und dann am Fenster in der blassen Dämmerung... dies Fieber in den Augen, dies Zucken in der Hand, da wußte ich's: es war ihr Buch. Und Julian ahnt nichts davon! Sie hat ihr Geheimnis, ihren *jardin secret* so gut wie andere, und dabei will sie mir nicht helfen, steckt sich hinter Julians Verbot. Sie ist unglücklich, und vor mir verleugnet sie's. Sie paßt zu niemand in dem Nest hier, nur zu mir. Wir verstehen uns; wir fühlen und denken dasselbe; wir sind von gleicher Art, bloß daß sie's nicht zugeben will. Arme, schöne Frau, du bist schlimm daran. Du bist mal *mariée* und verschmähst dabei Trost. Willst du so weiterleben ohne Liebe? Dein Talent vergraben?

Mir helfen soll sie, ich komme allein nicht weiter. Alle meine Novellen hapern am Schluß. Wir wollen gemeinsam arbeiten, es gibt geistige Bande, die so reizvoll sind. Und dann liebe ich sie; ich kann an nichts anderes mehr denken als an sie.

Seltsam, daß ich es war, der dem noch ledigen Julian einstmals Bericht erstatten mußte über die Verhältnisse seiner Flamme. Und wie kühl ich es tat, wie objektiv...

Aber sie ist auch anders geworden seitdem. Das skeptische Mädchen, das so deplaziert im Kreise reicher Biedermänner stand, nimmt sich anders aus als schöne Frau auf dem elenden Hintergrund dieses Provinznestes.

Es ist so viel Rasse in ihr..."

* * *

Julian geriet in dieser Zeit aus seinem Gleichgewicht. Unbedachte Menschen stampfen mit fabelhaftem Leichtsinne Gerede aus dem Nichts, und solch ein Gerede war's, das aus einem Ballgespräch, welches nicht für ihn bestimmt war, plötzlich an seine Ohren drang.

Also man sprach über Ulrike und Travers! Das „man“ der kleinen Stadt und des Regiments fand den fast täglichen Verkehr eines so gut aussehenden, für prinzipienlos bekannten Husarenleutnants in Julians Hause bedenklich.

In derselben Minute, in der Julian die leise getuschelten Worte zweier Ballmütter vernahm, sah er seine Frau und seinen Vetter in der Fensterbrüstung stehen. Ihm schien, daß alle Blicke auf ihnen ruhten, daß Travers' leichtsinnige Augen seltsam glänzten und ein ungewohnter Glanz auf Ulriken's Zügen lag.

Sein Verdacht war zwar unbegründet. Ulrike schlug Travers gerade einen Walzer ab, und Travers fragte nur, welchen Grund sie eigentlich habe, ihn immer wie den letzten der Sterblichen zu behandeln. Von dem vermuteten Geheimnis schwieg er. Er hatte einen Berliner Freund beauftragt, in dem Verlag der »Modernen Leiden« um jeden Preis die Wahrheit zu erforschen, und sparte sich diesen Effekt, bis er klar sah.

Julian hatte keinerlei Grund zum Argwohn. Ulrike benahm sich durchaus korrekt, und doch war heute zum ersten Male die Brandfackel der Eifersucht in seine ruhige Seele geschleudert.

Er litt darunter, wie unter etwas Unwürdigem, aber er begann Ulrike genau zu beobachten.

Die kühle Korrektheit, die nach dem wärmeren Anfangsgefühl sein Verhältnis zu ihr gekennzeichnet, hatte er nie als etwas Störendes empfunden. Er haßte demonstrative Zärtlichkeiten und temperamentvolles Sichgehenlassen. Ulrike war ja eigentlich genau, wie er seine Frau gewollt hatte, und nur ihre plötzlich auftauchenden seltsamen Ideen, ihr Zug in die Ferne störten ihn zu Zeiten. Ihre Nachgiebigkeit, durch die sie die wenigen Szenen, die sie ihm gemacht, sofort wieder auszugleichen gesucht, hatte er als schuldigen Tribut hingenommen. Trotzdem kam es ihm zuweilen vor, als habe er sich doch eigentlich in ihr getäuscht. Dann sah er sich die Ehen in seiner Umgebung an und beruhigte sich in dem Gedanken, daß eben überall die Welt unvollkommen sei. Allzuviel über derartige Fragen zu grübeln, hatte ihm bisher auch sein anstrengender Dienst nicht gestattet.

Seinem Mißtrauen Worte zu verleihen, hielt er für unvornehm und schwieg. Ulrike merkte jedoch in den nächsten Tagen, daß irgend etwas in seinem Wesen sich geändert hatte. Sie wußte nicht, welchem Umstand das galt. Vielleicht bekam er auch

anonyme Briefe, vermutete sie. Sie grübelte, ob eine gewisse kühle, von ihm zur Schau getragene Mißbilligung Travers oder dem Buche gelten könne. Der Sache, an der sie unschuldig, oder jener, an der sie schuldig war? Fragen mochte sie nicht. Sie fürchtete verhängnisvolle Explosionen.

Die Tante las sich in diesen Tagen mehr und mehr in die „Modernen Leiden“ hinein. Mit dem fanatischen Leseeifer eines angehenden Backfisches beugte sich die kleine Gestalt über das rote Buch, das wie ein bedenklicher Gast immer wieder neben ihrer Näharbeit auftauchte und Ulrike stets aufs neue unter die Augen kam.

Ja, das Buch!

Es war so lange her, daß sie darin geblättert! Nun drängte es sie fast wie mit liebender Sehnsucht zu dem Werk der Vergangenheit hin, es einmal wieder zu halten und zu lesen. Sie hatte es ja fast ganz vergessen in dem letzten Jahr. Nur dunkel besann sie sich auf dies und das und wagte doch nicht recht, es zu berühren.

Mit dem dumpfen Druck, unter dem sie in diesen Tagen lebte, mit der Winterschwere und der Kleinstadtmisere da draußen kontrastierten scharf die Briefe von Doris Katz, die aus dem welschen Frühling heraufgeflogen kamen in die kalte Öde ringsum.

Ulrike schloß die Augen sehnsüchtig, wenn sie die heiteren Zeilen gelesen hatte. Sie fühlte sich dann wie auf Windesschwingen südwärts getragen, glaubte Zypressen rauschen zu hören oder das Flüstern florentinischer Brunnen: Arno-Wellen und Blumen zu riechen, all den Glanz mit halbverdursteten Blicken zu trinken.

Doris Katz verlebte den März in San Gimignano, jener weltabgelegenen Bergstadt Toscanas, in der die Geschlechtertürme des Mittelalters stumpf, absonderlich und märchenhaft in die Lüfte ragen, wo zarter Frühlingshauch duftend über beglückter Erde lag und sieghaft leuchtender Sonnenglanz auf dem uralten Gemäuer.

Das kluge Mädchen hatte längst gemerkt, daß Ulrikes Glück eine Schimäre gewesen war, im Wind zerflattert schon nach kurzer Zeit. Mit feinfühligter Sympathie tröstete sie die Freundin,

indem sie ihr von Erfolg und Ruhm erzählte und von den neuen Auflagen der „Modernen Leiden“, die reißend verkauft würden.

Jeder Brief machte Ulrikes Verlangen größer, auch wieder die Schwingen zu entfalten. Sie war eine reisehafte Natur, ein Wandervogel. Sie paßte in keinen Käfig.

Und während ein Meer von Gedanken sie in die Ferne zog, mußte sie sich zum Ball anziehen, den der Oberst im Kasino gab.

Es roch nach Gas und nach Staub im heißen Saal des Kasinos, und wenn die Türen aufgingen, drang außerdem noch Küchengeruch herein. Die jüngsten Mädchen und die ganz jungen Leutnants merkten davon natürlich nichts. Ulrike aber ging es auf die Nerven.

Sie zog sich in die hinterste Saalecke zurück und setzte sich resigniert neben den Orangenbaum in grünem Riesenkübel, der der Stolz des Kasinowirts war und jedem Fest, das den Saal durchtobte, unfehlbar beizuwohnen hatte.

Müde lehnte sie sich in den Stuhl zurück und überlegte sich, wer in dieser Umgebung deplazierter sei, sie oder der Orangenbaum, als plötzlich Travers mit blitzenden Augen auf sie zukam. Er war erst eben erschienen: es zuckte etwas wie erhöhtes Daseinsgefühl in seinen Mienen, als komme er direkt von einem erfrischenden Erlebnis oder habe ein solches vor sich.

„Werden Sie heut mit mir tanzen, gnädigste Cousine?“ fragte er.

„Ich tanze überhaupt nicht.“

„So erlauben Sie mir wenigstens, daß ich Ihnen zu dem enormen Erfolg der ‚Modernen Leiden‘ gratuliere. Die zweite Auflage ist ja bereits vergriffen.“

Er sah triumphierend auf sie nieder.

Sie war überzeugt, daß er ihr das Geheimnis entlocken wolle. „Erfreulich für den Verleger,“ sagte sie mit erzwungener Gelassenheit, „im übrigen interessiert es mich nicht sonderlich.“ Dabei sah sie den eleganten Offizier, der mit so musterhafter Ritterlichkeit vor ihr stand, scharf prüfend an. Ach! er eignete sich so wenig zum Vertrauten einer vorsichtigen Frau, dies Mittelding zwischen schöngeistigem Freund und leidenschaftlichem Courmacher, der in jeder Minute bereit war, alle Grenzen zu überschreiten, sobald sie es nur gestattete.

Ihre Verstellung ärgerte Travers.

„Sie haben wirklich viel Mut, schöne Cousine,“ sagte er. „Sie bleiben in der Festung ihrer Geheimnisse und geben keine Mauer preis. Selbst den Freund, den Bundesgenossen, lassen Sie nicht über die Zugbrücke. Wäre es nicht viel einfacher. Sie sagten jetzt zu mir: ‚Nun wohl, ich habe das bewußte Buch geschrieben, aber, was kümmert es Sie? Sie sind zu klug, es nicht zu würdigen, zu sehr Kavalier, mich zu verraten.‘ Wäre es denn so schrecklich, ein Geheimnis mit mir zu teilen?“

„Ja, Graf Fritz,“ versetzte sie mit Nachdruck, „das wäre schrecklich! Sie würden mir auf dies Geheimnis hin binnen kurzem ja doch auf Tod und Leben den Hof machen, und das will ich nicht – und was würden die Menschen dazu sagen?“

„Auf Tod und Leben die Cour machen? Aber meinen Sie denn, daß die Menschen das nicht schon jetzt von uns behaupten? Dafür ist's zu spät...“

„Aber die Menschen lügen!“ rief Ulrike. „Wir haben unser ehrliches Bewußtsein.“

Travers drehte nervös an seinem Schnurrbart. „Ein Bewußtsein, das mir keinen sonderlichen Genuß verleiht,“ lächelte er.

Ulrike stand ungeduldig auf. Der Boden brannte ihr unter den Füßen. Was wußte dieser Mann von ihrer Autorschaft? Und wenn er sie wirklich kannte, wenn seine Vermutung zur Gewißheit geworden war, was mußte er von ihrer Ehe denken, in der der Mann von seiner Frau im Grunde nichts kannte, als ihre äußerliche Erscheinung?

„Noch eine Minute,“ bat Travers. „Ich möchte Ihnen den Rat geben, mit Ihrer Abendzeitung heute vorsichtig umzugehen. Ich rede natürlich nicht vom hiesigen Käseblättchen, sondern von Ihrer und meiner Berliner Zeitung. So viel ich weiß, ist sie nur in unseren beiden Exemplaren hier vertreten, so daß die kleine Notiz dem Pack hier kaum in die Hände fallen wird. Es handelt sich aber um die Stiftstante, die sich ja neuerdings zur Leseratte ausgebildet hat, und um Julian...“

Er weidete sich an ihrem jähem Erröten. „Ja, Sie sind anders als andere Frauen,“ fuhr er fort, während er ein zusammengefaltetes Papier aus dem Ärmelaufschlag zog. „Ich hätte Sie jetzt auf Erblassen tariert und Sie wählen die Purpurfarbe. Hier ist die Notiz, wenn der Fall Sie doch interessieren sollte...“

Sie griff wie mechanisch nach dem abgeschnittenen Zettel und las hastig.

Unter der Rubrik „Literarische Notizen“ standen folgende Sätze:

„Die vielen Erkundigungen, die an unsere Redaktion in betreff des Pseudonyms ‚Ulrich Krüger‘ gerichtet werden, können wir dahin beantworten, daß die Verfasserin der ›Modernen Leiden‹ die Gattin eines höheren Offiziers in der oberschlesischen Garnison St.... ist. Vermutlich werden wir demnächst imstande sein, den wahren Namen der Dame mitzuteilen, die ohne Übertreibung zu den ersten Talenten der modernen Literatur gezählt werden kann.“

„Ja,“ sagte Travers mit überlegenem Lächeln, „wer das hier liest und seine fünf Sinne nur einigermaßen bei einander hat, dürfte wohl kaum fehlraten. Wahrhaftig, ich beneide Ulrich Krüger um seine Lorbeeren.“

Ulrike atmete tief auf.

„Ich danke Ihnen, Graf Fritz,“ sagte sie und sah ihm zum ersten Mal nach langer Zeit voll und aufrichtig ins Gesicht. „Sie haben mir einen Dienst geleistet, wenn er auch vielleicht andere Konsequenzen hat, als Sie meinen. Und nun bitte ich um Ihre Hilfe weiter. Helfen Sie mir von diesem Ball fort! Sie werden begreifen, daß ich hier nicht mehr bleiben mag, während vielleicht die Tante jetzt gerade die Abendzeitung liest. Das Blatt muß in Sicherheit gebracht werden, so lange es noch Zeit ist. Das weitere muß dann später überlegt werden.“

„Ja,“ entgegnete er, „Sie haben vollkommen recht. Vor allem darf die Zeitung Julian nicht in die Hände fallen. Er würde das alles ja doch nicht begreifen können, Julian mit seinem übertriebenen Abscheu gegen alles, was modern, kraftvoll, nicht nach dem alten Zopf ist. Sie brauchen ihn ja auch nicht als geistigen Berater, dafür haben Sie ja mich...“

„Ja, ich habe Sie,“ sagte Ulrike, und über ihr lebhaft gewordenes Antlitz glitt ein Zug von Ironie, der ihm jedoch entging. „Ich verschwinde jetzt,“ fuhr sie schneller fort, „unter dem alten Kopfwehvorwand, der immer neu ist. Ich bitte die kleine Kommandeurstochter, mich zur Garderobe zu geleiten. Julian wird bleiben, denn gleich beginnt seine Quadrille mit der Majorin, die er um keinen Preis wird aufgeben wollen. Ich gehe

ohne Julian, und vor allem, Graf Fritz, ohne Sie. Bleiben Sie Julian unter den Augen, damit er Sie nicht auch vermißt. Man kontrolliert unsere Unterhaltung bereits von allen Seiten. Bitte, ein recht gleichgültiges Gesicht, und nun gute Nacht für“ – sie stockte – „für vorläufig.“

Sie glitt davon. Er blieb in der vorsichtigsten Pose stehen, aber nachschauen tat er ihr doch. Wie schön sie war! Keine regelmäßige *beauté* zwar, nichts für die große Menge, – nein, der war sie zu kalt, – aber etwas für den feinen Kenner.

Und ihre Toiletten dazu, die ihn „Unter die Linden“ versetzten, vor die Schaufenster von Bister oder Michaelis.

Und der Nimbus des aufgehenden Literatursterns...

Er fühlte sich seltsam und schmerzlich erregt und doch auch zum ersten Mal wieder *à son aise*, seit er das schlechte Pflaster der östlichen Garnison zuerst mit seinen schmalen Lackstiefeln betreten.

Um seine Lippen spielte es wie leiser Triumph. Ich kenne die Weiber! dachte er. Sie stürzt nach Hause, um die Zeitung zu unterschlagen, damit keiner sie lese, weder die Tante, noch die Diensten, noch Julian. Sie würde sorgen, daß keine weiteren derartigen Notizen kämen... Und Graf Fritz nahm dem vorbeigehenden Diener das Bowlenglas vom Teebrett und leerte es in Gedanken auf sie und – wenn es nicht anders sein sollte – die geistige Freundschaft, deren fähig zu sein er sich bisweilen einbildete.

Julian beunruhigte Ulrikes Verschwinden, aber die Majorin konnte er unmöglich mit der Quadrille im Stich lassen. Er paßte sorgfältig auf, ob nicht auch Travers verschwand, und fühlte sich wenigstens hierüber beruhigt, als er den gefährlichen Vetter flott und lebhaft von einer Regimentstochter zur anderen gaukeln sah.

Er beschloß, den Ball sofort nach der Quadrille zu verlassen. Das war er ja auch seinem Nimbus als tadelloser Ehemann schuldig.

* * *

„Wie lange hält man ein solches Leben aus?“ fragte sich Ulrike, als sie durch die schweigende Nacht, von einem blöde dreinschauenden, in eine zu enge Livree gesteckten Burschen gefolgt, ihrem Hause zuschritt.

Das hatte sie sich schon oft gefragt. „Bis man es eben nicht mehr aushält!“ lautete die Antwort.

Heute war sie so weit.

Sie atmete auf nach all dem Druck. Sie fühlte, daß es so nicht weiter gehen könne, daß Klarheit und Wahrheit in ihre Verhältnisse kommen müsse. Die Halbheit und innere Unwahrheit ihrer Existenz erschien ihr mit einem Male nicht mehr ertragbar.

Als sie das Wohnzimmer betrat, sah sie die Stiftstante über den Tisch gebeugt, einen Zug atemloser Spannung im runzeligen Gesicht, links die Näharbeit, rechts die „Modernen Leiden“, gerade vor ihr die Zeitung.

Ulrike kam zu spät – auch gut!

„Du bist schon zurück?“ fragte die Tante, und aus ihrer Stimme klang Verlegenheit. Sie erhob sich, und wie sie so bescheiden dastand im rötlichen Licht der Lampe, schien sie äußerlich ganz der Typus der alten Jungfer der alten Generation, und doch sah es in ihrem Innern gar nicht so altmodisch aus! Da waren, seit sie Ulrike kennen gelernt hatte, Gedanken aufgelebt, vor denen sie manchmal selber erschrak. Zu einem recht persönlichen Verhältnis war es zwar bisher zwischen ihnen nicht gekommen. Ulrike hatte die Tante mit beständiger Rücksichtnahme umgeben, sie niemals kritisiert, sie hingenommen, wie sie zu sein schien, aber ohne den Herzenston wirklich liebevoller Empfindung. Sie erwartete jetzt eine Frage, einen Vorwurf; sie glaubte, daß der enge und hochmütige Sinn der Reiffensteins, welcher der Neuzeit keine Konzession machte, jetzt gegen sie ins Gefecht geführt werde... Kampfbereit sah sie der Tante entgegen, während die Jungfer die riesige weiße Federboa, Handschuhe und Fächer hinaustrug.

„Setz dich doch, du siehst so blaß aus,“ sagte die Tante statt dessen leise und etwas befangen, „hat dich jemand geärgert? Julian oder Travers?“

„Ach nein.“

Die Tante wurde immer verlegener. Eine schwüle Pause entstand. „Weißt du,“ begann dann das alte Stiftsfräulein mit plötzlichem Entschluß, „daß mir das Buch hier, die ‚Modernen Leiden‘, sehr viel zu denken geben, daß sie mir wirklich imponieren und mich klar werden lassen über vieles, was auch ich zu Zeiten dunkel gedacht habe.“ Sie spähte ängstlich zu Ulrike hinüber. „Verzeih! Ich will mich gewiß nicht in deine Geheimnisse eindringen, aber, liebe Ulrike, wenn dir große Schwierigkeiten erwachsen sollten, auf mich kannst du zählen, natürlich nur, soweit es sich mit meiner Liebe zu Julian vereinigen läßt.“

Ulrike war erstaunt und gerührt.

„Du hast also die Zeitung gelesen?“

„Ja,“ entgegnete die Alte fast schuldbewußt, „aber wundern tat mich die Entdeckung eigentlich nicht. Ich dachte mir immer, daß du Geheimnisse hättest, und – vergieb, ich glaubte mehr, sie hingen mit dem hübschen Travers zusammen. Weißt du, unsereins wittert überall Liebesgeschichten; das ist Brauch bei uns alten Jungfern. Und siehst du, mit Travers, das wäre unrecht gewesen gegen Julian, während du für diese Sachen –,“

„Du bist sehr tolerant. Ich hätte Julian nichts verschweigen sollen. Darin liegt meine Schuld.“

Die Tante zuckte die Achseln. „Ich selber habe ja nicht viel erlebt, aber ich weiß doch, daß Dinge, die einfach erscheinen, oft die verwickeltsten sind. Ich richte ungern. Was geschehen ist, kann niemand ändern. Nur darf Julian jetzt nichts erfahren – jetzt nichts mehr...“

Ulrike fuhr auf. „Wie denkst du dir das? In dieser schiefen Lage soll ich weiterleben, wo du und Travers wissen, daß Julian nichts weiß?“

„Du hast den rechten Moment, es ihm zu sagen, verpaßt,“ erwiderte die Tante. „Jetzt mußt du weiter. Denn denkst du, daß Julian dich sonst behält? Und darauf wirst du es doch nicht ankommen lassen wollen! Lieber nehme ich die Autorschaft des Buches auf mich!“ Die kleine alte Dame legte beide Hände feierlich auf die „Modernen Leiden“.

Ulrike mußte lächeln. „Meinst du, man glaube es dir?“ fragte sie.

Da ging die Haustür. Ein eiliger Schritt kam treppauf.

„Julian!“ rief die Tante, „er kommt. Um Himmelswillen, lege die Zeitung weg!“ Mit fast jugendlicher Schnelle stürzte sie auf den Tisch zu.

„Laß!“ rief Ulrike und hielt ihre beiden Hände fest. „Heraus kommt's doch einmal, wenn nicht heut, so morgen. Und wie es kommen soll, mag's kommen. Ich verberge nichts mehr.“

Julian trat ein und musterte die beiden erstaunt. „Was ist?“ fragte er beunruhigt. „Ihr seht ja aus, als wäret ihr mitten in einer Verschwörung.“ Er maß Ulrike mit forschendem Blick. Etwas Kaltes schaute ihm aus ihren Augen entgegen und sein geheimer Argwohn flammte auf.

„Was für Geheimnisse habt ihr denn auf dem Tisch?“ Er trat heran. „Nur die Zeitung? Ist das alles?“

Die Tante verlor alle Geistesgegenwart. „Lies sie nicht, Julian!“ bat sie unvorsichtig. „Lies sie nicht. Es ist besser für dich!“

„Was ist denn los?“ rief er. „Was in aller Welt?“

„Dann will ich wenigstens nicht dabei sein,“ sagte die Alte, die eben noch heroisch angeboten hatte, die ganze Angelegenheit auf sich zu nehmen, und mit einem geängstigten Blick auf Ulrike stürzte sie aus dem Zimmer.

Diese stand mit verschränkten Armen am Kamin. Die elegante Gestalt in der hellen Balltoilette mit den blitzenden Diamanten und der vornehmen Haltung paßte so ganz in Größe und Art zu der stattlichen Erscheinung des blonden Offiziers im Waffenrock, der mit mühsam verhaltener Aufregung nach der Zeitung griff. Sie waren wie ein ausgesuchtes, für einander geschaffenes Paar, äußerlich – nur schade, daß das seelische Zusammenpassen von anderen Dingen abhängt.

Ulrike fühlte eine eisige Ruhe in sich einziehen, je näher der entscheidende Moment kam. Ihr war mit einemmal, als sei sie gar nicht mehr persönlich an diesem Konflikt beteiligt, als schaue sie nur mit psychologisch geschultem Kennerauge dem Ganzen zu, gespannt, wie die Personen nunmehr agieren würden.

Julian erwartete irgend etwas zu lesen, was mit Travers in Verbindung stand, etwas Unvermutetes, wovor ihm graute. Minutenlang irrte sein Blick umsonst durch die Spalten – da, endlich fiel er auf die verhängnisvolle Notiz.

Und plötzlich begriff er...

Ihm war, als flimmere es ihm vor den Augen, als fiele eine Binde von ihnen herab. Hundert Dinge wurden ihm mit einemmal klar. Über das letzte, vergangene Jahr, über den sommerhellen Tag von Gandria warf ihm die plötzliche Erkenntnis eine Reihe unruhiger Lichter, in deren Schein er deutlich erblickte, was ihm bisher verborgen gewesen war.

Und während seine Augen sich noch nicht entschließen konnten, zu Ulrike hinüberzuschauen, schweiften sie über die Zeitung weg auf den Tisch, und jählings blieben sie haften an dem roten Punkt auf der dunklen Decke, an dem Buch, das neben der Näharbeit seiner Tante lag.

Das waren sie, die „Modernen Leiden“.

Mechanisch nahm er sie in die Hand, und mit fast neugierigem Blicke besah er das Buch seiner Frau.

Im ersten Moment hatte er sich instinktiv wie erlöst gefühlt, weil es sich nicht um Travers handelte; im zweiten fühlte er sich so tief gekränkt, daß ihm schien, als seien mit einem Schlage alle seine Gefühle für die Täterin erstorben.

Und nun begegneten sich ihre Augen.

In beiden Menschen war in diesem entscheidenden Moment der erste Impuls, unter allen Umständen die Haltung zu bewahren, die sie einander schuldig zu sein glaubten.

„Das Buch ist von dir?“ fragte er.

Sie nickte.

„Du hast mich also betrogen!“ fuhr er auf.

„Wenn du es Betrug nennen willst, daß ein Mensch sich irrt,“ entgegnete sie ruhig. „Ich denke aber, Julian, wir sparen uns die ‚grands mots‘. Ich gestehe ein, daß alles Unrecht auf meiner Seite liegt, und ich bin vollkommen bereit, jede Konsequenz zu tragen, die du daraus ziehst.“

„Dich von mir trennen und Travers heiraten?“ fragte er bitter.

Sie warf ihm einen leidenschaftlichen, gequälten Blick zu. „Wie wenig kennst du mich, Julian, um mir die Trivialität zuzutrauen, mir eines courmachenden Leutnants wegen mein Leben zu verderben.“

„Ja, ich kenne dich kaum,“ rief er, „denn wenn ich dich gekannt hätte, wie ich dich jetzt kenne –,“ er hielt inne, über die Heftigkeit seiner eigenen Stimme erschreckt.

„Würdest du mich nicht geheiratet haben,“ ergänzte sie. „Aber du glaubtest mich zu lieben, Julian, vergiß das nicht! Und ich glaubte dich auch zu lieben. Ja, Julian, und dieser Liebe zu dir brachte ich mein ganzes Selbst, all mein Streben und mein Talent zum Opfer. Ich versuchte, ein anderer Mensch zu werden – das Weib, wie du es wolltest – und ich wurde unglücklich darüber. Ich kann nicht in Unfreiheit leben! ‚Geschiedene Welten sind's, daraus wir stammen‘, – und du, der du stets den glatten, vorgeschriebenen Weg gegangen bist, den deine Pflicht, wie du sie verstehst, dir vorschrieb, du kannst mir nie gerecht werden. Du vergißt immer, daß mein Leben schwieriger, verwickelter war als das deine, daß ich mehr draußen gestanden habe im großen Treiben und anders geworden bin als die Menschen um dich. Du hast mir alle geistige Freiheit beschnitten, und da ich zur Sklavin kein Talent habe, kann ich nur sagen: es ist gut, daß wir so weit sind, und daß du alles weißt.“

„Und was soll nun werden?“

„Das, was für dich und mich das Beste ist, muß geschehen,“ versetzte sie entschieden. „Siehst du, Julian, ich weiß, wie du über mein Buch denkst und immer denken wirst, ja denken mußt. Und dies Buch wirst du künftig nicht mehr trennen können von mir. Und doch mußt du dich damit abfinden auf die eine oder andere Weise. Es soll dir erleichtert werden. Ich verreise für einige Zeit; jetzt wirst du mir den Urlaub nicht mehr vorenthalten. Das weitere wird sich finden, wenn wir ruhiger geworden sind – so finden, wie du es willst. Wir könnten uns jetzt viele Dinge sagen, bei denen wir ohne Zweifel bitter werden würden. Andere Menschen schelten sich einen Teil ihres Grolls von der Seele. Du bist zu ritterlich dazu, Julian, und auch ich, ich kann es nicht. Wir haben zusammen einen Mißgriff begangen und sehen das ein. Als Galeerensklaven uns weiter zu quälen, dazu sind wir beide zu gut. Und der Leute wegen Fesseln zu tragen, die uns ersticken würden, das sind wahrhaftig »die Leute« nicht wert. Du wirst bald genug wegkommen von hier, und was dann auch hier geredet wird, du hörst's ja nicht. Und ich – ach, ich – „Sie fuhr sich über die Stirn und sah träumend vor sich hin.

„Und du wirst aufatmen, wenn du fort bist,“ rief er. „Verzeih, Ulrike, daß ich dich jemals für ein Weib hielt; mir scheint jetzt, du bist im Grunde nichts als eine Schriftstellerin. Wahrhaftig!

Eine Ironie des Schicksals, daß das mir begegnen muß. Aber freilich! Ich muß dich wohl eigentlich um Entschuldigung bitten, daß du hier so unglücklich gewesen bist!“ Er lachte bitter.

Sie trat auf ihn zu. „Sprich nicht so,“ bat sie, „sei großmütig. Es steht dir so wohl an. Gönn mir die Erinnerung an jene ersten, ungetrübten Glücksstunden, die ich dir verdanke. Ich war immer pessimistisch und habe mir nie verhehlt, daß Menschenglück eine Stundenblume ist, die einem nur kurz blüht. Mit unserm Glück ist's schon seit langem vorbei.“

„Durch deine Schuld!“ sagte er schroff. Es kränkte ihn tief, daß die Frau so unglücklich gewesen war, die da an seiner Seite mit dem Lächeln der Zufriedenheit durchs Leben ging. Er hatte kein Mitleid mit den sogenannten „Unverstandenen“, die in ein falsches Wasser geraten waren, in dem sie nicht zu schwimmen vermochten.

„Fühlst du denn nicht, daß ich krank bin?“ rief Ulrike mit plötzlicher Leidenschaft, „daß ich Heimweh habe, Heimweh, Heimweh!“

Sie brach, ihre Haltung verlierend, im nächsten Sessel zusammen und schluchzte krampfhaft.

Er starrte ratlos auf sie nieder.

Ja, jetzt wußte auch er, daß er mit seiner Heirat einen Mißgriff begangen hatte! An einer eisigen Kälte in seinem Innern fühlte er, daß der letzte Rest seiner Liebe hingestorben sei. Alles, was seinen festesten, seinen heiligsten Überzeugungen zuwiderlief, Dinge, die er nie verwinden konnte, das war ihre Welt! Sie war ihm unbegreiflich und fremd. Mochte sie handeln, wie sie wollte, ihm fiel nichts ein.

Er ging mit schweren, langsamen Schritten aus dem Zimmer.

Er ließ sein Pferd satteln und ritt zur Stadt hinaus, planlos in die Nacht hinein.

Der Tante hatte er sagen lassen, daß er dienstlich fort müsse und vor dem nächsten Mittag kaum zurück sein werde.

* * *

Im Morgengrauen reiste Ulrike ab.

Die Tante begleitete sie auf den kleinen menschenleeren Bahnhof und schluchzte, als der Zug herangebraust kam. Sie versprach, alles zur Versöhnung beizutragen, was in ihren schwachen Kräften stand, obgleich Ulrike mit keinem Wort um dergleichen bat. Im Hirn der Tante malte sich ja die Welt mit ganz anderen Farben als in dem ihren – mit dünnen, altmodischen Wasserfarben aus einem verblaßten Malkasten. Einen Mann aufzugeben, so lange er sich noch irgend halten ließ, schien ihr unfassbar.

Ulrike wußte, daß man zwei Minuten vor einer Abreise, wenn man mit Gepäckstücken und Coupésuchen zu tun hat, die Weltanschauungen eines anderen Menschen nicht mehr zu ändern vermag. Sie schwieg und dachte ihr Teil. Sie hatte durchaus das Gefühl, das Rechte zu tun, so daß kein sentimentaler Gedanke in ihr aufkam. Ja, sie gönnte es Julian, daß er von ihr befreit wurde. Türen schlagen, eilige Rufe, ein langgezogener Pfiff – und dann verschwand die winkende, weinende Tante im Morgennebel des Bahnhofperrons. Neben dem dahinsausenden Zug tauchte noch einmal die kleine Stadt in ihrer ganzen hoffnungslosen Öde auf, naßgeregnet unter einem grauen Himmel, in den die Chausseepappeln schnurgerade hineinragten. Lichtlos lagen die weiten, grauen Felder wie ein blasser Gürtel in der morgendlichen Landschaft, aber eine seltsame Wärme wehte von der feuchten Erde hinauf in das geöffnete Coupéfenster, an dem Ulrike hochaufgerichtet stand, jene müdemachende Wärme eines Märztages, von dem man nicht weiß, ob er noch zum Winter oder schon zum kommenden Frühling zu rechnen ist.

Da sah sie noch einmal die Chaussee, die sie so oft in erfolglosem Grübeln entlang gestürmt war, die niederen Hügel, deren monotone Linien ihrem schönheitsdurstigen Auge so oft wehgetan hatten. Eine glühende Sehnsucht nach Sonne und Lenz überkam sie.

Plötzlich war alles vorbei, und ein Tannenwald verdeckte die Aussicht.

Sie lehnte sich in das Polster zurück und schloß die Augen. Gen Süden ging ihre Fahrt! Sie war wieder in ihrem alten Element der Freiheit! Ihr Heimweh, an dem sie winterlang gelitten, sollte gestillt werden – morgen schon...

In Gedanken sah sie wieder die altersgrauen Mauern am Züricher See, die mächtigen Kastanien am Ufer, die knospenden Linden, die das alte Polenschloß umstanden, und weiter hinaus blaue, lichtumwogte Berglinien, über die der Weg nach Italien ging, ins gelobte Land der Sonne, zu den lenzgeschmückten Höhen Toskanas...

Freiheit und Streben, Arbeit und Ruhm – in reicher Fülle lag die Zukunft vor ihr.

Nur zur Liebe schien sie kein Talent gehabt zu haben; darin war sie Stümperin geblieben.

* * *

Auf der Terrasse des Hotels „Baur au Lac“ in Zürich saß in hellem Reisezivil Travers vor dem Vielliebchengeschenk einer einstigen Berliner Flamme, einer eleganten Schreibmappe, deren vordere Innenseite mit Veilchen bemalt war, – die Flamme hatte er ausgeblasen, die Gabe benutzte er noch.

Er verreiste sein erstes Novellenhonorar. Der junge Stürmer fand Absatz. Eine moderne, gutzahlende Zeitschrift hatte sich erboten, seine Sachen fast unbesehen zu nehmen. Er war also im Fahrwasser des Erfolgs und brauchte keinen Mithelfer mehr. Nicht deshalb schrieb er an Ulrike. Der Brief hatte anderen Inhalt, jener schnell hingeworfene Brief, der da, schon vorher zurechtgedacht, unter seiner eilig hinrastenden Feder entstand zwischen den Blütenbäumen des schönen Seegartens, neben der interessanten Japanerin, die sich unter der Veranda in der Hängematte dehnte und zuweilen einen müden Blick unter schweren Augenlidern hervor auf ihn richtete. Er schrieb:

„Gnädige Cousine!

Ich weiß seit einigen Tagen, daß Ihre Trennung von Julian eine definitive ist. Seit einem halben Jahr, seit Ihrem plötzlichen Entschwinden, habe ich das Martyrium des Schweigens auf mich genommen, mit niemand von Ihnen gesprochen, weder Julian noch die Tante nach Ihnen gefragt. Ich war vorsichtig bis zur Übertreibung – Ihretwegen.

Dann bekam Julian seine Versetzung an den Rhein. Die Tante zieht mit dem neugebackenen Major dorthin. Da hielt's mich nicht länger. Ich fragte die Tante aus sie ließ sich alles entlocken, selbst Ihre Adresse, Ihren augenblicklichen Aufenthalt!

Verzeihen Sie, aber ich mußte klar sehen!

Mit Mühe erlangte ich eine Urlaubswoche. Nun sitze ich mit seltsam bewegtem Gefühl an demselben See, dessen Wellen Ihr Rapperswyl bespülen.

Warum ich Ihnen von mir rede? Ihnen, die mich seit jenem Kommandeurball, an dem ich so unmotiviert glücklich war, keines geschriebenen Wortes, keines Grußes mehr gewürdigt, die mich scheinbar mit jener ganzen östlichen Garnisonswirtschaft definitiv *ad acta* gelegt hat?

Weil ich, Fritz Travers, Ihnen zu beliebiger Verwendung zur Verfügung stehe!

Gnädigste Cousine – erhören Sie mich!

Die Tante teilte mir mit, daß Julian und Sie ohne ausgesprochene Scheidung getrennt leben wollen, bis der eine oder andere Teil an eine neue Verbindung denkt. Julian wird es nicht; er fühlt wohl selber, daß er bei einer alten Tante besser aufgehoben ist als bei einer jungen Frau – doch ich will nicht bitter werden!

Aber warum nicht Sie?

Ich habe Ihren Bruch mit Julian, ohne es zu wollen, herbeigeführt. Ich bin daher berechtigt, mich Ihnen zur Verfügung zu stellen – und ich liebe Sie!

Was für eine Art Gatte ich werde, steht bei Ihnen, jedenfalls kein schlechterer als Julian.

Antworten Sie nicht, ich hole mir die Antwort selber. In tiefster Verehrung

Fritz Travers.“

* * *

Heiße Septembertage in Rapperswyl...

Glutgetränkt flimmerten die Ufer, und wie ein grünes Märchen, still und verloren, schwamm die Ufenau im lichten See.

Um Ulrikes Haus blühten die Rosen, letzte Sommerrosen mit süß betäubendem Duft. Alles atmete Harmonie. Doris Katz malte, fleißig wie immer, im großen Saale, und Ulrike war wieder die alte Ulrike geworden, etwas gedämpfter vielleicht, wie Menschen, die eine Niederlage erlitten haben, aber dank angeborener Kraft auch über ein Fiasko mutig hinweggekommen sind.

Sie hatte die Krisis überstanden; sie konnte wieder arbeiten. Sie wollte sich und der Welt beweisen, daß sie mit ihrer Handlungsweise recht getan, daß sie etwas schaffen konnte, etwas noch Besseres und Abgeklärteres als die „Modernen Leiden“.

In den ersten Monaten in Italien hatte sie daran gezweifelt, sich gelähmt gefühlt. Der stille Sommer, die ruhigen Wochen im alten Rapperswyl brachten ihr Können zurück.

* * *

Und noch einmal fuhr jemand um Ulriken willen mit hoffendem Verlangen von Zürich her über den See.

Travers war kein Minnesänger. Ohne ihr Vermögen und ihr Talent hätte er Ulrike nicht begehrt; er liebte diese Eigenschaften herzlich mit; sein Gefühl für sie war nicht goldecht, aber immerhin von heißem, starkem Temperament.

Ungeduldig erwartete er Rapperswyl.

Die Schneehäupter von Glarus, die in der Ferne blitzenden, an denen die Blicke anderer Touristen wie hypnotisiert hingen, kümmerten ihn wenig, wenig auch der Zauber der Weingärten, deren reifende Trauben sich fast im Wasser spiegelten, die man vom Schiffsrand verheißend winken sah wie herbstliche Üppigkeit, wenn der Dampfer anlegte und das Wasser dann lauter rauschte und schwoll.

Travers war für gewöhnlich durchaus nicht verständnislos in Bezug auf landschaftliche Schönheit: nur heute interessierten ihn weit mehr als die Hügel und Seeorte die eigenen Empfindungen, die Gefühle eines in eine schöne Frau und eine gute Partie zu gleichen Teilen verliebten „*décadent*“.

Endlich war er am Ziel.

Plötzlich wollte er vor ihr erscheinen wie einstmal's Julian.

Da sah er Ulrike im Garten stehen, unter den Kastanien, mit handbeschattetem Auge einem weißen Segel zuschauend, das wie ein riesiges Blütenblatt über die Wellen gaukelte. Er war noch nicht am Gartentor, machte aber kurzen Prozeß und sprang mit einem Satz über die niedrige Mauer, mit jenem berühmten Traversschen Sprung, den er nach lustigen Liebesmählern wohl über gedeckte Tische zu machen pflegte, ohne auch nur mit der Spitze seines schlanken Fußes ein Glas zu verletzen.

Plötzlich fiel sein langer Schatten vor Ulrike auf den Kies.

Sie erschrak weder, noch wurde sie rot – aber ein ausgiebiges Lächeln legte sich um ihre Lippen.

„Steigen Gespenster auf?“ fragte sie, ihn mit einer freundlichen Handbewegung einladend, ihr auf dem schmalen Gartenpfad in der Richtung nach dem Hause hin zu folgen.

„O, ich bin sehr Fleisch und Blut! Ich will meine Antwort!“

Sie sah ihn kopfschüttelnd an. „Graf Fritz, Sie haben doch im ganzen verzweifelt wenig Verständnis für eine Persönlichkeit wie mich. Sie ahnen überhaupt nicht, um was es sich für mich bei jener schweren Katastrophe in erster Linie gehandelt hat. Sie denken immer nur an Romane und Flirt! Wenn ich mir meine Freiheit zurücknahm, tat ich es ganz und um mich nie wieder zu binden. Mag Julian für sich denken, wie er will. Sollte er noch einer Frau begegnen, die so ist, wie ich nicht zu werden vermochte, so würde ich ihm mit Freuden die Wege ebnen zu ihr. Für mich aber ist ein solcher Weg verschlossen. Ich habe mit der Liebe abgerüstet, nachdem ich mich einmal vergriffen. Wenn Sie mich zum Kritiker Ihrer Novellen brauchen, nun gut, – zum Gegenstand Ihrer Neigung – nein! Ich habe jetzt einen großen Strich unter mein früheres Leben gemacht. Gegen weitere Mißgriffe bin ich gefeit...“

„So, das die Antwort auf Ihren Brief. Diese Seite der Sache wäre hiermit wohl definitiv abgetan. Im übrigen, Graf Fritz, steht mein Haus jedem vorbeifahrenden Freunde, der aus Freundschaft kommt, zur Verfügung. Wenn Sie mein Gast sein wollen? Ich habe eine sehr ungewöhnliche Hausgenossin, die Ihnen gewiß menschlich und auch als Studium gefallen wird, und wer gern an

blauen Wellen, unter schattigen Kastanien ausruht, für den ist mein altes Haus wie gebaut.“

Travers hatte viel Enttäuschung hinuntergeschluckt während Ulrikes gelassener Rede, aber er war der Mann, der sich aus jedem Mißerfolg heraus wieder auf den Posten eines Herrn der Situation zu schwingen vermag. Wie ein Stück fesches Menschenleben stand er in dem stillen Garten und versuchte ironisch über die Welt, sich und seine Gefühle zu lächeln.

„Ausruhen?“ fragte er. „Glauben Sie, daß man so nah' dem Feuerkreise, Ruhe findet?“

Ulrike sah ihm lachend in die Augen.

„Feuerkreis? Beruhigen Sie sich! Es ist kältestes Polareis.“

* * *

Travers blieb einige Tage. Er fand es zwar seltsam, daß er bei der Eigenart ihrer Beziehungen die Gastfreundschaft seiner gewesenen Cousine genoß.

Aber schließlich warum nicht? War nicht alles eigenartig an Ulrike und ihrem Milieu? Das ganze alte Haus mit seinen aparten Ecken und Winkeln, mit seinen Bildern und Statuen, die abends so malerische Schatten über die roten Wände warfen, dies Gemisch von Kunst und Behaglichkeit, diese tiefen Fensternischen, an die der Ahorn pochte. Und die Menschen erst, die Ulrike in ihrem Haus versammelte: Doris Katz in ihrer ursprünglichen Künstlerinnenfrische, der alte Pfarrer von Rapperswyl mit seinem charaktervollen Schweizergesicht, Travers selber, der sich so ultramodern ausnahm auf diesem fein abgetönten Hintergrund, wenn er abends mit übereinandergelegten Knien am italienischen Marmorkamin saß und seine neuesten nervenzerreißenden Werke zum besten gab.

Und er lernte von Ulrike, was er noch von keinem Menschen gelernt hatte, der ihm auf dem Eitelkeitsmarkt seiner bisherigen Existenz begegnet war: daß besondere Naturen sich ihr Leben nach eigenem Geschmack zurechtzimmern können, ohne der Schablone auch nur die geringste Konzession zu machen, daß Selbsterkenntnis und Duldsamkeit starke Waffen sind in der

Hand eines selbständigen Menschen, – Waffen, die aber auch alle Schärfen zu mildern vermögen, welche ein ernster Konflikt in das Leben trug. Ulrike hatte ihre Arbeit, ihr Talent, das gab ihr Befriedigung und Gleichgewicht...

Als Travers abreiste und Ulrike und Doris Katz ihm mit weißen Tüchern von der Gartenmauer her die letzten Grüße nachwinkten, da seufzte der sonstige Herzenbrecher aber dennoch melancholisch auf.

„Abgeblitzt!“ sagte er vor sich hin. „Das erste Mal! Aber ich hab' was von ihr gelernt. Frauen sind doch nicht alle blos auf den Flirt gestellt. Es gibt Ausnahmen . . . leider!“

Semblanza



JUAN MANUEL MARTÍN MARTÍN

Realizó estudios de Filología Alemana en la Universidad de Salamanca y en la Universidad de Heidelberg y de Filología Hispánica en la UNED y en la Universidad de Salamanca.

Su tesis doctoral *Victimismo y culpa: la transformación del discurso literario sobre el pasado en la Alemania actual* (2011)

se enmarca en el ámbito de los estudios culturales. Profesor

Ayudante Doctor desde 2017 en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca, sus líneas de investigación se desarrollan en dos direcciones diferenciadas. Por un lado, las relaciones de la memoria histórica con la literatura y el cine en el ámbito cultural alemán; por otro lado, los estudios de género, dirigidos tanto a la recuperación de escritoras olvidadas de la Modernidad como a la investigación de autoras actuales.

MEMORIA DE MUJER

El libro del destino es una novela corta de Emmi Lewald (1866-1946), publicada bajo el seudónimo Emil Roland, que nunca ha vuelto a ser reeditada después de 1904. La autora, olvidada como tantas otras, desempeñó un papel activo en el movimiento burgués que abogaba por la emancipación de la mujer. Su participación en diversas organizaciones del Berlín de la época, así como su actividad literaria, son muestra de un decidido compromiso con los cambios que los nuevos tiempos traían consigo. Ulrike Gade, la protagonista de la obra, encarna los conflictos internos en los que se veían inmersas las mujeres que tenían la valentía de desafiar los marcos establecidos. Se pone de manifiesto en la novela que las transformaciones sociales requieren de esfuerzos individuales que han de ser desarrollados prácticamente en soledad. Tras un efímero entusiasmo amoroso, Ulrike tiene que optar entre la resignación y la asunción de los riesgos que traería consigo la ruptura de un matrimonio aparentemente ideal. Cualquiera de los dos caminos conlleva aflicción y renuncias. La escritora hace aquí un retrato del desmoronamiento de las férreas estructuras de la sociedad guillermina en lo relativo al antes incuestionable papel de las mujeres. Precisamente, la figura del esposo abandonado, un oficial de alta graduación, anticipa de forma simbólica el futuro fracaso de una institución fundamental en el Reich, donde gozó durante décadas del mayor prestigio.

Este volumen ofrece la primera traducción de una obra de Lewald al español, así como un anexo con el texto íntegro en alemán utilizando las grafías actuales, ya que solo se había editado previamente con caracteres de la denominada letra gótica (*Frakturschrift*).

